





AÑO 8.º

NÚM. 88

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

LA

# ESPAÑA MODERNA

---

Director: J. LÁZARO

—  
ABRIL 1898  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

1.650.—*San Bernardo, 92.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

## LOS JESUÍTAS DE PUERTAS ADENTRO

Ó UN BARRIDO HACIA FUERA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

**N**o hace muchos días que, con el título que antecede y sin nombre de autor, salió á luz un libro en extremo interesante por el asunto de que trata y de agradabilísima lectura por el ingenio, la gracia, la fecunda vena satírica y el estilo castizo y magistral con que está redactado. Sin que se adviertan mucho el esfuerzo y la afectación, el libro no parece escrito en el lenguaje vulgar y corriente de ahora, sino como un autor clásico de la edad de oro de nuestra literatura hubiera podido escribirle.

Aunque no hubiesen llegado á mi noticia por diversos caminos claros indicios de quién es el autor del libro, creo que de seguro hubiera yo adivinado el nombre del autor; pero como él entró en el palenque y combate con la visera calada, yo no quiero ser ni seré quien le quite la visera y descubra su rostro y su nombre. Diré, sin embargo, que es, en mi sentir, persona apasionada, movida por quejas justas, y que deja notar en cuanto afirma cierto enojo hartado motivado, que tal vez le impulsa á ir más allá de lo merecido en la reprobación y en la censura.

Como yo en este punto, remedando al historiador romano, puedo decir de los jesuítas que no los conozco *nec beneficio, nec injuria*, trataré aquí del libro y daré sobre él y sobre la

Compañía mi opinión imparcial, movido por el aliciente que tiene para mí la materia, y exponiéndome á no agradar á nadie, ni á los jesuitas, ni al autor incógnito.

Como el primer fundamento de las acusaciones es la supuesta carencia de humildad cristiana que hay en los jesuitas, empezaré por hablar de la humildad y de la manera en que yo la entiendo.

Bueno y santo es ser humilde, no rebajar á nadie para realzarse á sí propio, y reconocer nuestra condición miserable y pecadora, sobre todo cuando pensamos en Dios y en sus perfecciones infinitas, y cuando, encendidas ya en amor de Dios nuestras almas, volvemos los ojos hacia las criaturas que son obra de Dios y á quienes por amor de El amamos, procurando, en vez de rebajarlas, poner en ellas un reflejo, un destello, un trasunto de las mencionadas perfecciones divinas. Así, por virtud de este procedimiento mental, el buen cristiano ensalza y encomia á cuantos seres le rodean y se muestra lleno de candorosa indulgencia para con todos ellos, siendo sólo severo consigo mismo y reconociendo y confesando los propios defectos, pecados y vicios. Esto, á mi ver, es la humildad cristiana. Pero si miramos el caso de otra manera y con más hondo mirar, yo creo que el cristianismo, en vez de hacernos humildes y abyectos, según no pocos impíos le acusan, eleva los espíritus y los corazones y los enorgullece, magnifica y endiosa. ¿Qué razón ni motivo tiene el buen cristiano para humillarse después de exclamar con San Agustín: *gran cosa es el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios?* Y no sólo su alma sino su cuerpo tiene mucho de digno y no poco de sagrado cuando se considera como templo del espíritu, cuando se piensa que el mismo Verbo divino, no sólo se unió á un alma humana, por inefable y sublime misterio, sino también á un cuerpo de hombre de la condición y forma de nuestro cuerpo, deificando así hasta cierto punto nuestra doble naturaleza, y dándole para término de sus aspiraciones y para blanco de sus esperanzas la misma perfección de Dios. Es extraño, aunque

se comprende y se admira, que sea, con pequeñísima diferencia, el fin que propuso el demonio del orgullo á nuestros primeros padres casi idéntico al consejo ó más bien al precepto principal que nos dió Cristo en el Sermón de la Montaña. Si coméis del fruto del árbol prohibido, seréis como dioses, dijo la serpiente. Y Cristo dijo: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre que está en el cielo.*

El error, pues, está en el camino que hay que seguir para llegar á la perfección, pero no en aspirar á ella. Y ciertamente quien aspira á ser perfecto como Dios, no se comprende que pueda ser humilde, á no ser en el primer sentido arriba expresado.

Y si descendemos de las alturas teológicas y pensamos en esto de la humildad ó de la soberbia, mundanamente y en la práctica, yo no me explico tampoco cómo el muy humilde, á no ser exterior su humildad, confundiéndose con la buena crianza y con la afable dulzura, acierte á hacer cosa de provecho y á ser útil para algo. Lo primero es tener confianza en el propio valer y contar con que no han de fallecernos las fuerzas y el ánimo. El individuo ó la colectividad que acomete grandes empresas y que tiene elevados propósitos y miras, no puede menos de tener también el inevitable orgullo ó sea la creencia de que es capaz de dar cima á aquellas empresas y de realizar aquellos propósitos, claro está que contando siempre con el auxilio divino, lo cual será muy piadoso, pero, francamente y en realidad, no es humilde. La humildad existirá acaso con relación al Omnipotente, mas para todo lo que hay, y no es Dios, no entiendo yo qué humildad cabe en la firme esperanza de que Dios ha de ayudarnos á fin de que se logre y se cumpla lo que queremos.

Partiendo de las anteriores consideraciones, entiendo yo que el autor de que hablo, acusa con poca razón á los jesuitas de no ser humildes, sino orgullosos. Nada más natural, en mi sentir, que creer la mejor del mundo la sociedad ó compañía á que pertenecemos. Todavía, si el acaso, si circunstancias

independientes de nuestra voluntad ó si una providencial disposición nos colocase entre ésta ó entre aquella gente, podría parecer soberbia de nuestra parte el considerar como la mejor del mundo á la gente entre la cual estuviésemos colocados. Y con todo, aun así, más suele aplaudirse que vituperarse este modo de sentir y de pensar. Yo no soy español, por ejemplo, porque lo he querido, sino porque el cielo ha dispuesto que lo sea, y, sin embargo, no pocas personas celebran y muchas disculpan el elevado concepto que tengo yo de los españoles. Y si esto es así en una sociedad en donde yo no entro voluntariamente, ¿cómo ha de poder censurarse el altísimo concepto que forme cualquiera de la sociedad ó compañía en cuyas filas se alista por voluntad propia? Nadie ama sino bajo el concepto de bueno; todos buscan y procuran lo mejor; y el hombre honrado que se asocia con otros hombres, no sólo es disculpable que crea, sino que debe creer que la tal asociación es la mejor del mundo, y que los fines á que se ordena y endereza son por todo extremo excelentes.

Justo es, pues, y sobre justo inevitable, que todo jesuíta, y más aún mientras mayores sean su candor y su buena fe, esté persuadido de que la Compañía de Jesús es la mejor del mundo, de que no hay virtud ni ciencia que en ella no resida y de qué proceden de ella y procederán muchos bienes para el linaje humano.

No creer lo antedicho y hacerse, sin embargo, jesuíta, presupondría falta de discreción ó razones y motivos egoístas y bajos en quien tal hiciese. Alistarse en las filas del jesuitismo sin creer en su superior condición, sólo se explicaría entonces por la gana de tener una posición ó una carrera, de buscarse un modo de vivir, de ingeniarse ó de industriarse en suma. Y aun así, aun en esta bajeza, la predilección precedería á la elección, y todavía, sin elevarse sobre tan bajos motivos, ó carecería de juicio el que se hiciese jesuíta, ó consideraría que el serlo era mejor profesión ó carrera que todas las otras que hubiera podido seguir.



Por consiguiente no hay pecado, ni falta, ni defecto en la voluntad de los jesuitas cuando forman de la Compañía á que pertenecen un concepto sublime. Esto no se opone á que en dicho concepto haya error ó exageración del entendimiento.

Apartando de mi espíritu toda prevención apasionada, no considerando el asunto ni como católico, ni como sectario de ninguna otra doctrina religiosa, aceptando por un momento la más completa indiferencia en punto á religión, hablando y decidiendo en virtud de un criterio librepensador y racionalista, yo, lejos de condenar la Compañía de Jesús, me siento irresistiblemente inclinado á glorificarla y á dar por seguro que honra en extremo á España que entre nosotros naciese su fundador, cuya obra pasmosa me parece que importó muchísimo en la historia del linaje humano, haciendo de Ignacio de Loyola, no sólo el digno rival de Lutero, sino el personaje que se le sobrepone y le eclipsa. Se diría que cuando la Reforma parecía que iba á extenderse como voraz incendio por todo el mundo civilizado, y ya que no á extinguir á empequeñecer la cristiandad católica, Dios suscitó para ésta un campeón poderoso, cuyas huestes combatieron sin descanso la herejía y la vencieron á menudo en Europa, mientras que al mismo tiempo extendían la fe católica por el resto del mundo, ganando para ella más almas en países remotos y en inexploradas regiones que las que en Europa había perdido por culpa de Lutero y de los otros heresiarcas del siglo XVI.

En la Compañía hay que admirar el feliz consorcio del pensamiento y de la acción, de lo práctico y de lo especulativo. Fué un ejército conquistador, sin más armas que la palabra, que se extendió por el mundo con extraña rapidez, avasallándole y dominándole. Si contemplamos en espíritu al fundador glorioso en el momento de su muerte, nos parece á modo de un Alejandro íncreuto. Sus dominios se han dilatado ya sobre toda la redondez de la tierra. La Compañía tiene casas y colegios, gran poder é influjo en Castilla, en Portugal, en Alemania, en Francia y en las Indias Orientales y Occi-

dentales. Bien puede sin vanidad ni soberbia exclamar el Padre Rivadeneyra que al mismo tiempo que Martín Lutero «quitaba la obediencia á la Iglesia Romana y hacía gente para combatirla con todas sus fuerzas, levantaba Dios á este santo capitán para que allegase soldados por todo el mundo y resistiese con obras y con palabras á la herética doctrina».

Y no hay sólo en el P. Ignacio el espíritu conservador, sino también el de reforma y el de progreso. «Todos sus pensamientos y cuidados, dice el ya citado biógrafo, tiraban al blanco de conservar en la parte sana ó de restaurar en la caída, por sí y por los suyos, la sinceridad y limpieza de nuestra fe.» Todavía hay otra idea elevadísima, si no desconocida y seguida en otros institutos religiosos, por ninguna observada y seguida con más firmeza y perseverancia que por la Compañía de Jesús: la idea y el propósito de divulgar las ciencias, las letras y toda cultura, haciendo de ellas y del progreso humano preciosos y dignos auxiliares de la religión.

Con notable injusticia se acusa á la Compañía de que aniquila las voluntades y nivela y pone trabas á los entendimientos con los firmes y duros lazos de su obediencia ciega. No puede haber acusación menos razonable. Jamás se ha formado una sociedad con el intento de producir *genios*. El genio es una virtud ó un poder que tiene algo de sobrehumano, y que aparece individualmente en el espíritu de este ó aquel hombre cuando Dios ó la naturaleza así lo decretan. Y este genio, virtud ó poder, ni hay sociedad que le cree ni tampoco hay sociedad que le destruya. Es además harto arbitrario y vago el determinar ó medir la altura que ha de tener un hombre para ser genio y no ser medianía. No seré yo quien clasifique y coloque entre las medianías ó entre los genios á muchísimos Padres de la Compañía de Jesús; pero sí me atrevo á asegurar que, durante los tres siglos XVI, XVII y XVIII, hasta después de su extinción bajo el pontificado de Clemente XIV, figura en ella una brillantísima serie de varones admirables por la acción, como predicadores, viajeros, mártires

heroicos y exploradores atrevidos de países incógnitos y bárbaros, y una lucidísima cohorte de hombres eminentes en ciencias y en letras, descollando entre ellos muchísimos españoles, por lo cual, estando España hoy tan decaída, no goza acaso el nombre de ellos de toda la fama y el alto aplauso que merecen.

Para infundir en la mente de mis lectores un elevadísimo concepto y para entonar un himno en alabanza de la Compañía de Jesús, no he de ir yo á buscar frases y datos en libros escritos por jesuitas, ni en disertaciones é historias de católicos fervorosos y hasta fanáticos, sino que tomaré los datos y frases en un autor inglés, criado en el protestantismo y librepensador más tarde: en el famoso historiador y *ensayista* lord Macaulay. Harto merece ser traducido todo lo que él dice de los jesuitas y de su fundador; pero, á fin de no ser prolijo, me limitaré á traducir algunos trozos. «Ignacio de Loyola en la gran reacción católica tuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento del protestantismo. Pobre, oscuro, sin protector, sin recomendaciones, entró en Roma, donde hoy dos regios templos, ricos en pinturas y en mármoles y jaspes, conmemoran sus grandes servicios á la Iglesia; donde su imagen está esculpida en plata maciza; donde sus huesos, en una urna cubierta de joyas, se ven colocados ante el altar de Dios. Su actividad y su celo vencieron todas las oposiciones, y bajo su mando el orden de los jesuitas empezó á existir y creció rápidamente hasta el colmo de sus gigantescos poderes. Con qué vehemencia, con qué política, con que exacta disciplina, con qué valor indomable, con qué abnegación, con qué olvido de los más queridos lazos de amistad y parentesco, con qué intensa y firme devoción á un fin único, con qué poco escrupulosa laxitud y versatilidad en la elección de los medios riñeron los jesuitas la batalla de su Iglesia, está escrito en cada página de los anales de Europa, durante muchas generaciones. En el Orden de Jesús se concentró la quinta esencia del espíritu católico: la historia del Orden de Jesús es la histo-

ria de la gran reacción del catolicismo. Este Orden se apoderó de todos los medios y fuerzas con que se dirige y manda el espíritu del pueblo: del púlpito, de la prensa, del confesonario y de las academias. Donde predicaba el jesuíta, la iglesia era pequeña para el auditorio. Su nombre en la primera página aseguraba la circulación de un libro. A los pies del jesuíta la juventud de la nobleza y de la clase media era guiada desde la niñez á la edad viril y desde los primeros rudimentos hasta la filosofía. La literatura y la ciencia, que parecían haberse asociado con los infieles y con los herejes, volvieron á ser las aliadas de la ortodoxia. Dominante ya en el Sur de Europa, la grande Orden se extendió pronto, conquistando y para conquistar. A despecho de Océanos y desiertos, de hambre y peste, de espías y leyes penales, de calabozos y torturas y de los más espantosos suplicios, los jesuítas penetraban, bajo cualquier disfraz, en todos los países; como maestros, como médicos y como siervos; arguyendo, instruyendo, consolando, cautivando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, presentando el Crucifijo ante los ojos del moribundo. El orbe antiguo no fué bastante extenso para la extraña actividad de los jesuítas. Ellos invadieron todas las regiones que los grandes y recientes descubrimientos marítimos habían abierto al emprendedor genio de Europa. Los jesuítas aparecían en las profundidades de las minas del Perú, en los mercados de esclavos de Africa, en las costas de las islas de las Especias y en los observatorios de la China; y hacían prosélitos y conversiones en países adonde ni la avaricia ni la curiosidad habían tentado aún á sus compatriotas para que penetrasen; y predicaban y disputaban en idiomas de los que ningún otro natural de nuestro Occidente entendía palabra.»

Cuando la Reforma se levantó contra la Iglesia católica, el clero secular y regular, aun en la misma Roma, estaba corrompido y viciado y hasta lleno de descreimiento: «solo el Orden de los jesuítas, añade nuestro historiador, pudo mostrar muchos hombres no inferiores en sinceridad, constancia,

valor y austeridad de vida á los apóstoles de la Reforma». A los jesuitas, pues, á su poder persuasivo y al influjo de su palabra, se debió en gran parte la restauración y reverdecimiento en el seno de la Iglesia católica de aquel hondo sentir religioso y de aquella «extraña energía que eleva á los hombres sobre el amor del deleite y el miedo de la pena; que transforma el sacrificio en gloria y que trueca la muerte en principio de más alta y dichosa vida».

Declara asimismo Macaulay que el prodigioso cambio, que el triunfo inesperado del catolicismo sobre el protestantismo se debió en gran parte á los jesuitas y á la profunda política con que Roma supo valerse de ellos. «Cincuenta años después de la separación de Lutero, el catolicismo apenas podía sostenerse en las costas del Mediterráneo: cien años después apenas podía el protestantismo mantenerse en las orillas del Báltico. Grandes talentos y grandes virtudes se desplegaron por ambas partes en esta tremenda lucha. La victoria se declaró al fin en favor de la Iglesia romana. Al expirar el siglo XVI, la vemos triunfante y dominante en Francia, en Bélgica, en Baviera, en Bohemia, en Austria, en Polonia y en Hungría. El protestantismo en los siglos que han venido después no ha podido reconquistar lo que perdió entonces.» Y añade Macaulay: «He insistido detenidamente sobre este punto, porque creo que de las muchas causas á las que debió la Iglesia de Roma su salvación y su triunfo al terminar el siglo XVI, la causa principal fué la profunda política con que dicha iglesia se aprovechó del *fanatismo* de personas tales como San Ignacio y Santa Teresa.»

Es muy de notar que esto que Macaulay, con su criterio protestante ó racionalista, llama *fanatismo*, podrá ser llamado así por el brío y la intensidad con que se sintió y se pensó, pero tanto el sentimiento como el pensamiento, analizados, examinados y juzgados hasta por un hombre descreído del siglo XIX, fueron, en el siglo XVI, permitánsenos las palabras, más razonables y más progresistas que cuanto Lutero, Calvi-

no y los otros apóstoles de la reforma pensaron, sintieron y dijeron. No fué el misticismo español de entonces huraño, egoísta y meramente contemplativo, aspirando á elevarse y á unirse con Dios para aniquilarse allí confundiéndose en la esencia infinita y desvaneciéndose en un perpetuo *nirvana*. El amor de Dios y la aspiración á unirse con él, según mil veces lo explican nuestros místicos, fueron una preparación y habilitación de las almas para que obrasen luego, en la vida terrenal, inauditos prodigios de amor al prójimo, y para que diesen cima á casi sobrehumanas empresas. Las almas, según dichos místicos, cuando ardían en el fuego del amor divino y derretidas por la fuerza de este fuego se diría que se identificaban con Dios, eran como la espada que parece fuego en la fragua, de donde sale después con más fino temple y con superior aptitud para ejercer sus funciones. Lo místico y lo contemplativo en los jesuitas no fué el fin, sino el medio para apercibirse á la acción y cobrar fuerzas y virtud mayores con que alcanzar en ella la victoria. Y no fué la victoria en favor solo del catolicismo, sino también para conservar ó restaurar el lazo ó principio unificante de la civilización europea, que los protestantes habían roto; para hacer que triunfase dicha civilización, amenazada por nueva barbarie, y para salvar la libertad y el valor y mérito de nuestras obras, casi negados por el fatalismo cruel y pesimista con que los protestantes denigraban y hacían odiosa á la divinidad y esclavizaban á la humana naturaleza, sacrificándola en aras de una *predestinación* y de una *gracia* caprichosas y ciegas.

Nadie podrá acusar de jesuítico al célebre y malogrado historiador y polígrafo Oliveira Martins, y, sin embargo, en este punto que tocamos ahora, ensalza como nadie á los jesuitas, haciendo que la gloria de ellos y su triunfo en el Concilio de Trento aparezcan acaso como el mayor triunfo y como la más espléndida gloria de la civilización ibérica en el siglo XVI. «Los protestantes, dice Oliveira Martins, no excluyen las buenas obras; pero no es el mérito de ellas el que redime: es

únicamente el mérito de Cristo, independiente del hombre. Esta doctrina, añade, es la condenación del hombre y de su actividad, de su voluntad, de la fuerza íntima que constituye su vida. Condenando al hombre, los protestantes condenan el mundo: transfiguran la realidad y conducen á los abismos de la esclavitud trascendente. En cambio, la doctrina de los jesuitas Salmerón y Lainez, vencedora en Trento, diviniza al mundo y al hombre, revelando y haciendo resplandecer la justicia de Dios en la fe del hombre y en sus buenas obras, cuyos méritos elevan á la gracia. El genio español, añade Oliveira Martins, fué, pues, por la boca elocuente de Lainez y de Salmerón, el defensor de la cultura humana, deteniendo á Europa en la pendiente de una predestinación fatalista.»

Debo observar que yo no cito aquí á Oliveira Martins como quien cita á un padre de la Iglesia; que en asunto tan difícil como la conciliación de la gracia y del libre albedrío, no le doy autoridad alguna; y que no hago á los jesuitas pelagianos, ó semipelagianos, para ponderar lo que valían. Sólo afirmo que, sin incurrir en error contra la fe, porque ni el molinismo, ni menos su mitigación por el congruismo de Suárez fueron nunca calificados de heréticos, los jesuitas defendieron y sostuvieron la libertad del hombre, sin salir fuera del círculo de la creencia católica, y en cuestión la más oscura y difícil de la teología, y aun de todo pensar filosófico, por donde será siempre para teólogos y filósofos manantial y semillero de disputas hasta la consumación de los siglos. No quiero seguir ponderando aquí y recapitulando todo lo que en alabanza de los jesuitas puede decirse y se ha dicho hasta la extinción de la Orden en el siglo pasado. Las acusaciones lanzadas contra ellos y la multitud de enemigos acérrimos que tuvieron, primero entre los protestantes, después entre los jansenistas, y, por último, entre los librespensadores, redundan en cierto modo en elogio de los jesuitas, ya que prueban el extraordinario poder y la importancia que tenían. El mérito de ellos, no obstante, tiene que ser reconocido hasta por sus

mayores contrarios, si se precian de candorosos é imparciales. Así, por ejemplo, Mosheim dice: «El candor y la imparcialidad me obligan á confesar que los adversarios de los jesuitas, al mostrar la torpeza y negrura de varias de sus máximas y opiniones, han ido más allá de lo que debían, y han exagerado las cosas para abrir más extenso campo á su celo y á su elocuencia. Fácil me sería probarlo con ejemplos sacados de las doctrinas de la *probabilidad* y de la *restricción mental* imputadas como un crimen á los jesuitas; pero esto me apartaría demasiado de mi asunto. Observaré sólo que en la disputa se han atribuido á los jesuitas principios que sus enemigos sacan por inducción de la doctrina de ellos, sin que ellos los confiesen; que no siempre han interpretado sus términos y sus expresiones en el verdadero sentido, y que nos han presentado las consecuencias de su sistema de una manera parcial, que no está de acuerdo con la equidad exacta.»

Esta confesión de Mosheim en favor de los jesuitas los honra mucho, porque es uno de sus más declarados enemigos, y porque sin nombrarlas censura de parcialidad y de más ó menos inconsciente falsía las encomiadas *Provinciales* de Blas Pascal, obra que, según muchos afirman, ha hecho más daño á los jesuitas que la indignación de los soberanos y que todas las calamidades que han caído después sobre su Orden.

No he de dilatarme yo más, defendiéndola aquí. No ataca ni condena su pasado el autor incógnito del libro de que doy cuenta. Sólo añadiré, para terminar, que nadie puede pretender, ni los más fervorosos jesuitas, que la Compañía estuvo exenta de faltas y que todos sus individuos, que se contaban por miles, fueron unos santos, sin pecado y sin vicio, hasta la extinción de la Compañía en 1773.

Al caer entonces los jesuitas cayeron como los héroes de una noble tragedia, donde toda la simpatía y el aplauso fué para las víctimas, y la reprobación, en los más elevados espíritus, para los tiranos y opresores; para Pombal, para la Pompadour, para Tanucci y para el conde de Aranda. Las ala-



banzas de la Orden extinguida se renovaron ó surgieron entonces, derramándose sobre ella como sobre fúnebre monumento un diluvio de flores. Los más eminentes personajes de Europa, aun entre los no católicos, habían celebrado ó celebraron á los jesuitas: Enrique IV de Francia, Catalina II de Rusia, Rousseau, Diderot, Leibnitz, Lessing, Herder y mil otros.

Voltaire dice de ellos: «Tienen escritores de un mérito raro, sabios, hombres elocuentes y *genios*.» D'Alembert: «Los jesuitas se han empleado con éxito en todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría y literatura profunda y agradable. Apenas hay disciplina en que no cuenten ellos hombres de primer orden.»

Federico el Grande de Prusia escribía á Voltaire: «Esta Orden ha dado á Francia hombres del *genio* más elevado.»

Después de suprimida la Compañía, los jesuitas, arrojados impiamente de todos los dominios españoles y refugiados en Italia, se esmeraron en dar clarísimo testimonio y brillantes muestras de su valer, redundando así cuanto hicieron en mayor vergüenza y descrédito de sus perseguidores y en alta honra de España, su patria. Jamás, desde la toma de Constantinopla por los turcos y la venida á Italia de los sabios griegos, había penetrado en aquella península hueste más lucida y docta de extranjeros fugitivos. La historia científica y literaria de los ex jesuitas españoles, que por toda Italia se difundieron, carece todavía de un historiador digno. De esperar es que lo sea con el tiempo el erudito y elegante escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Entre tanto, no faltan eruditos italianos que se ocupen con amor en este asunto. Recientemente la Real Academia de Ciencias de Turín ha publicado sobre él una hermosa memoria, debida al saber y talento del doctor Victorio Cian. Al dar cuenta de esta memoria el ya citado Menéndez y Pelayo, en el número de Enero último de la *Revista crítica de historia y literatura*, amplifica y esclarece las noticias del Dr. Cian con no pocas más que demuestran la importancia y el valer de aquellos nuestros ilustres compatriotas.

Los Padres Andrés, Arteaga, Eximeno y Masdeu son elogiados por el Dr. Cian según su mérito; pero en cambio, sólo hace rápida mención de Hervás y Panduro, creador de una nueva ciencia: la filología comparativa: del Padre Juan Bautista Gener, autor de los seis primeros tomos de una enciclopedia teológica, que implica la renovación de los estudios eclesiásticos; del P. Tomás Serrano, elegante y sabio humanista; del gramático Garcés, cuyo libro del *Vigor y elegancia de la lengua castellana* se lee aun con fruto; del P. Aponte, egregio helenista, maestro del cardenal Mezzofanti; del insigne historiador de Méjico Clavijero; del naturalista chileno Molina; de Landival, cuyo *Rusticatio Mexicana* es uno de los más curiosos poemas de la latinidad moderna, hasta por lo original y exótico del asunto, y de Márquez, tan benemérito, por sus libros, de la arqueología romana y de la historia de la arquitectura.

Aunque el Dr. Cian diga poco ó nada sobre los mencionados escritores, todavía basta con los que celebra para hacer que se forme elevadísimo concepto de los jesuitas españoles emigrados en Italia y de cuanto trabajaron y escribieron desde 1767 hasta 1814. Acrecientan la elevación de este concepto, las nobles palabras con que el Dr. Cian termina y resume su memoria: « Aquellos hombres — dice — arrojados de su patria, obligados á vivir entre las desconfianzas, las envidias, los rencores antiguos y recientes, en país extranjero, guardan celosamente el culto de la patria en su corazón, y al mismo tiempo se enlazan en afectuosa amistad con algunos de los nuestros y de los mejores, estudian y adoptan é ilustran la lengua y la literatura del país que les ha dado hospitalidad; pero cuando ven que algún italiano quiere lanzar la más leve sombra sobre el honor literario de España, se levantan con fiereza caballeresca, propia de su raza, y no temen defenderse, y pasar muchas veces de la defensa á la ofensa vigorosa y audaz... No podemos menos de sentir una admiración profunda por estos emigrados que en tan breve período de años res-

pondieron tranquilos y altivos, con la mejor de las venganzas, á las injurias de la fortuna, á las persecuciones, á los odios de los hombres que pretendían extinguirlos; y se levantaron y se purificaron á los ojos de la historia, á nuestros propios ojos, á los ojos de aquellos mismos que creían y aspiraban á verlos aniquilados para siempre. Su producción múltiple, varia y á veces profunda y original, es un fenómeno singularísimo. En vano se buscaría en la historia de las literaturas europeas otro fenómeno semejante de *colonización literaria*; violenta, forzada en sus causas y en los medios con que fué realizada; espontánea, duradera y digna en sus complejas manifestaciones; útil y gloriosa para aquellos colonos, dotados de extraordinaria flexibilidad y gran virtud asimiladora; no ingloriosa para la madre patria que los desterraba; ventajosa y honorífica para la nueva patria latina que los acogía en su seno hospitalario. »

Harto reconocerá el lector por lo expuesto hasta aquí que yo soy un admirador fervoroso y sincero de la antigua Compañía de Jesús; pero esto no se opone á que yo dé crédito é importancia á las tremendas acusaciones que lanza contra la Compañía el autor anónimo, cuyo libro me induce á escribir este artículo.

No recuerdo quién dijo, tal vez fué Cervantes, que las segundas partes nunca fueron buenas; y yo confieso que me siento inclinado á aplicar el dicho á la Compañía de Jesús restaurada, desde 1814 hasta ahora.

La primera revolución francesa, con tantos horrores y tanta sangre y dando por último resultado á un déspota que sin propósito fijo, civilizador y humano, mantiene durante años la confusión y la guerra en Europa; la propensión del pensamiento filosófico hacia el pesimismo y hacia el más grosero ateísmo y la aparición ó la mayor difusión y el más hondo arraigo de espantosas doctrinas que, no sólo tiran á subvertir el organismo social, sino á arrancar de cuajo los fundamentos en que el orden actual se sostiene, han apocado acaso, con la

repugnancia y el terror que inspiran, el espíritu religioso de muchos individuos é instituciones, y entre éstas la de los jesuitas sin duda. Lo cierto es que ya no son como eran antes. A mi ver, ya no pueden decir: *sint ut sunt, ut non sint*. Ya son otros de lo que eran. Antes, al defender la fe católica, de que se hicieron y fueron maravillosos adalides, se pusieron en el camino del progreso, á la cabeza de la humanidad, levantando el lábaro y apareciendo casi, así por el amor de la religión como por el amor de la ciencia, semejantes á la columna de fuego que guió en el desierto á los israelitas durante la noche.

Hoy, por el contrario, faltos de fe los jesuitas y engañados por el pesimismo, imaginan sin duda que la civilización ha descarrilado, que se ha extraviado, saliendo de la senda que debía seguir, y en vez de ponerse delante y servir de guía, se han puesto á la zaga y hacen todos los posibles esfuerzos porque ceje y retroceda hacia un punto absurdo y fantástico que jamás existió y con el que ellos sueñan. De aquí que todo progreso, toda elevada cultura, todo pensamiento sano de libertad y de mejoras, sea tildado por ellos de *liberalismo* y aborrecido de muerte. Esto es peor que carecer de un ideal, es tener un ideal falso é inasequible por ser contrario á las ideas y á las esperanzas de la porción más activa, inteligente y hábil de la novísima sociedad humana.

En esta situación, sin verdadero entusiasmo, porque reacción tan disparatada no puede inspirarle, no es extraño que los jesuitas modernos tengan todas las flaquezas y pequeñeces é incurran en cuantos vicios y pecados el autor anónimo les imputa en su iracunda y despiadada sátira.

Todo lo que el autor anónimo nos declara que hay ahora de malo en la Compañía, pudo existir y existió probablemente en ella, hasta cierto punto, desde su origen. No era posible que entre millares de hombres, formando una asociación poderosísima, no se albergasen la ambición, la codicia, el apetito de deleites y regalos y otras mundanas pasiones; pero en-

tonces era tan elevado el propósito, era tan generoso y fecundo el pensamiento capital que informaba á la Compañía, y era tan numerosa y refulgente la falange de sus héroes, de sus santos, de sus exploradores, de sus sabios y de sus mártires, que deslumbraban con su resplandor y no dejaban ver lo vicioso y lo malo que había en la Compañía y que es tan inherente y propio y tan difícil de extirpar por completo de nuestra decaída naturaleza.

Es asimismo de recelar que el jesuitismo moderno, si bien fustiga con sobrada acritud los vicios del día, se haya dejado, sin sentirlo, inficionar por algunos de ellos, y en particular por los que afean más ahora á las clases medias y elevadas de la sociedad, con las que los jesuitas tratan y alternan frecuentemente. La afición, pues, al regalo, á la pompa, á ciertos refinamientos y elegancias y al dinero que lo proporciona todo, no deja de ser natural que se haya infiltrado en las almas de los decaídos sucesores de Francisco Javier, de Francisco de Borja, y de tantos y tantos gloriosos misioneros, confesores y mártires de la fe de Cristo.

Cuantos hechos, anécdotas y casos refiere el autor incógnito para rebajar y humillar á los jesuitas del día, tienen traza de verdaderos y dejan hartos mal parados á los Padres. Referidos con notable primor de estilo, desenfado y gracia, entretienen tanto ó más que una novela picaresca. Así los dos capítulos *Cuestión de cuartos* y *Los dineros del sacristán*, nos pintan á los Padres sedientos de oro y valiéndose para adquirirle de mil medios poco decorosos; de la usura, del agio y de la adulación para con los ricos, á fin de conseguir de ellos donaciones y herencias: y nos los pintan al mismo tiempo manirroto, despilfarrados y faltos de juicio, de buen gusto y de previsión, para gastar, ó más bien para derrochar estas poco bien adquiridas riquezas. En el capítulo *El Politiqueo* aparecen los Padres como facciosos, excitadores á guerra civil y tan partidarios de D. Carlos, que cantaban el *Te Deum* cuando ocurría algún suceso funesto para las armas de España,

v. gr.: la muerte del caballeroso y heroico marqués del Duero.

Para no fatigar á los que me lean no seguiré extractando aquí el inmenso cúmulo de acusaciones que lanza contra los jesuitas el autor anónimo. Recomendaré, sin embargo, la lectura del capítulo *El Mujerío*, porque tiene muchísimo chiste. Sobre todo en cuanto se refiere á las relaciones espirituales de los Padres con las duquesas, marquesas y condesitas, y en la descripción que hace de la devoción elegante, del misticismo cómodo y de la religiosidad *high life* y á la moda.

Todo esto, no obstante, por más que sea digno de reprobación y deba ser condenado en éste, en aquel ó en el otro individuo, tal vez afecte menos á la Compañía en general de lo que el autor anónimo imagina y pretende. En una asociación tan numerosa y que alcanza extraordinario influjo y crédito, es difícil, es casi imposible evitar que algunos, que tal vez muchos de los que á la asociación pertenecen, no se prevalgan de ese influjo y de ese crédito para lograr provechos y ventajas materiales. Y por otra parte, el despilfarro de esos provechos, casi siempre en cosas deleitables para la colectividad ó que satisfacen y lisonjean su orgullo, prueba que no hay grande egoísmo en el individuo que los ha logrado, é inclina á creer que la codicia jesuítica más que viciosa es poco juiciosa.

En mi sentir, pues, los capítulos de mayores culpas del libro del autor anónimo contra los jesuitas, son los dos que se titulan: *De ciencia y santidad, la mitad de la mitad*.

Ni en ciencias, ni en literatura ni en artes, llegan hoy los jesuitas de España á lo que fueron en lo pasado. Quedan además muy por bajo del nivel de los escritores seculares y de los escritores del clero y de los otros institutos religiosos. La fama al menos no hace resonar mucho sus nombres ni difunde su gloria.

En este punto, sin embargo, y si hemos de dar crédito al autor anónimo y no tildar de exageración sus alabanzas, él las prodiga de tal suerte al P. Juan José Urraburu, que le co-

loca muy por encima de todos los filósofos, pensadores y escritores aficionados á la filosofía que ha habido en nuestra nación en el siglo presente. No he de negar yo que sean muy estimables las obras filosóficas de Balmes, del P. Zeferino González, de D. Manuel Orti y Lara, de Sanz del Río y de la turba de sus prosélitos; pero de ninguno de ellos se podría afirmar sin exagerada benevolencia lo que el autor anónimo afirma de la obra filosófica del P. Juan José Urraburu, declarando que es notabilísima, que hace honor á España, y que debe contarse entre las mejores, si ya no es la mejor publicada en Europa, después de la restauración filosófica pregonada por León XIII. Es cierto que el autor anónimo limita luego la alabanza, considerando la obra del P. Urraburu, como mera exposición de la sana filosofía escolástica. Pero aun así, la alabanza es muy grande, si la tal exposición es completa y si es la mejor que se ha hecho en Europa, comparando bien la antigua filosofía que expone, con todos los ulteriores sistemas, y sacándola ilesa de los ataques, y victoriosa y colocada por cima de todos.

Fuera de los méritos de este P. Urraburu, del que confieso ingenuamente que ni había oído hablar, poco ó nada hay que el autor anónimo celebre y estime en algo, en el movimiento intelectual de los jesuitas. Y la verdad es que ninguno de sus escritos ha alcanzado en España la popularidad y el aplauso que las obras de otros escritores pertenecientes al clero. No tienen poetas, como Mosén Jacinto Verdaguer; ni ardientes y fervorosos polemistas como D. Miguel Sánchez; ni entusiastas y candorosos moralizadores, de fecunda inspiración popular, como el excelente P. Claret, harto injustamente ridiculizado por la pasión política y por la ligereza de liberales y libre-pensadores.

La revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*, está, según el autor anónimo, muy por bajo de *La Ciudad de Dios*, de los Padres Agustinos. Y lo que más desgracia dicha revista ó *Mensajero*, siempre, según nuestro autor, son las novelas y

cuentecitos que allí se insertan, «donde hierven tales osadías de ideas y tales arrojamientos de frases y de palabras, y donde se refieren lances y percances tan crudos y poco decentes y situaciones tan escandalosas que muchos padres de familia, luego que recibían el tal *Mensajero*, le escondían con cuidado para que no le leyese sus hijas».

Son más de extrañar estas libertades si se atiende, según afirma el autor anónimo, á que los Padres jesuitas de España han censurado al Cardenal Wiseman por su *Fabiola* y al inocentísimo Fernán Caballero por varias de sus novelas, y á que (¡apenas parece creíble!), en un gran colegio de la Compañía celebraron una muy devota procesión y quemaron muchos libros por impíos, liberales y poco decentes, entre ellos *El Quijote*.

El autor anónimo niega también historiadores á la moderna Compañía de Jesús en España.

En lo que toca á ciencias naturales, no tienen nada de que jactarse. No sólo, dice, «no pueden presentar una obra como la del Agustino P. Blanco sobre la flora de Filipinas, pero ni un observador de la naturaleza como el escolapio Padre Ainsa».

En mi sentir, hay un punto sobre el cual no vierte bastante luz el autor anónimo, ni nos habilita, fiándonos de lo que dice, para dar una sentencia adversa ó favorable. Es este punto la virtud ó capacidad docente de los Padres de la Compañía. Sobre ello, por lo tanto, no daremos nuestra opinión, pero si diremos que la del público en general es muy favorable á los Padres, y lo prueban la multitud de colegios que tienen, su prosperidad, y el empeño con que muchas personas, hasta opuestas al jesuitismo, liberales y librepensadores, envían á sus hijos á los colegios de los jesuitas para que allí se eduquen. Y no puede negarse que el buen éxito de los jesuitas en este ministerio de la enseñanza de la juventud produce y puede producir los mejores efectos, aunque no sea más, que despertando la emulación y excitando el celo de otros establecimientos



pedagógicos, ya, por ejemplo de los Institutos oficiales y laicos, ya de otras Ordenes religiosas ó clericales congregaciones. Los Padres Agustinos, sin duda, se esmerarán más en sus enseñanzas para competir con los Padres de la Compañía y vencerlos, si pueden. Y es probable, que, contemplando la prosperidad y crédito de los jesuitas como cuerpo docente, los canónigos del Sacro Monte se hayan animado y resuelto á ampliar los estudios de su colegio, convirtiéndole en Universidad católica, donde ya se enseña la jurisprudencia y donde se aspira y se quiere enseñar, como complemento y corona de las asignaturas de teología, griego, hebreo y árabe y otras lenguas orientales, así como muchas ciencias profanas y muchas teorías y descubrimientos novísimos, á fin de ponerlos en armonía con la Religión revelada y de que valgan para su sostén y concurran á su triunfo en vez de parecer, como parecen, un aríete en manos de los incrédulos.

Concretándome ahora al examen del libro del autor anónimo, y expresando aquí sobre él mi parecer franco y sincero; diré, para concluir, aunque me acusen como han sido acusados con frecuencia los jesuitas de tener la manga muy ancha, que los pecados y vicios que saca á la vergüenza el autor anónimo, si bien sería de desear que no los hubiese, no me mueven tanto á condenar la Compañía, compuesta de seres humanos, entre los cuales no puede menos de haber bastantes pecadores, como la carencia del espíritu elevado, amplio, civilizador y progresivo que la inspiró en mejores días. Volver á informarse de este espíritu es, en mi sentir, lo que la Compañía necesita, y no las mejoras y modificaciones de sus institutos, que el autor anónimo propone, manifestando deseo de que la Iglesia las adopte y establezca.

No va por un lado el espíritu del siglo y no va por el lado opuesto el espíritu de la verdadera Religión. Ambos caminan y deben caminar unidos á fin de que la mente y el corazón de hombres se eleven á superiores esferas. Cristo no enseñó cuanto hay que saber, sino que dejó mucho, aun en las cosas

más esenciales, para que los hombres lo averiguasen y lo enseñasen con el transcurso del tiempo. El adelanto, el desenvolvimiento de la metafísica y de toda doctrina social, política y hasta ética, no está reñido con la revelación, que no fué ni pudo ser de una vez, sino que en cierto modo y altamente aceptada, es progresiva. Las mismas palabras del Redentor lo declaran: *Adhuc multa habeo vobis dicere, sed non potestis portare modo*. Lo que entonces no dijo Cristo, porque no hubieran acertado á entenderle; lo que, aun después de descender sobre los apóstoles las lenguas de fuego, cuando estaban congregados en el Cenáculo, no quiere ó no puede revelar San Pablo, constituye la ulterior revelación, y presta, digámoslo así, una flexibilidad sublime á nuestro dogma religioso, que le hace capaz de contener dentro de sí, sin romperse ni quebrantarse, toda civilización futura, por grande y maravillosa que sea.

Yo entiendo, pues, que la mejor reforma que pudieran adoptar los jesuitas sería la de inspirarse en tan sublime y fundamental pensamiento que, sin salir fuera de las vías católicas y sin cobardes condescendencias y transacciones con incrédulos é infieles, hiciese posible la aspiración de Jaime Freeman Clarke al terminar su obra sobre las *Diez grandes Religiones*, y al proclamar la cristiana como la religión definitiva é impercedera del humano linaje: que no se amengüe la libertad del espíritu; que no se acepte con ceguedad lo que contradiga al sentido común; que no se achique ó mutile la ciencia por miedo de que triunfe de la fe; que ningún placer inocente, que ninguna natural alegría de la vida y que nada de cuanto hay de hermoso en la literatura, en el arte, en la sociedad y en el hogar doméstico, sea sacrificado; sino que todos los hombres vengan á Jesús y hallen en él el medio más poderoso de elevarse hasta su Eterno Padre y la revelación más cumplida de perdón, paz, esperanza y vida eterna, indispensable para el desarrollo perfecto y completísimo de nuestro ser humano.

---

En los jesuitas hay en nuestro tiempo una limitación y una estrechez de miras harto contrarias á las susodichas aspiraciones. Se olvidan de que la letra mata y el espíritu vivifica, y se olvidan de que el espíritu de verdad hará resplandecer toda verdad ante los ojos de los que le siguen.

JUAN VALERA.

## LAS NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES

---

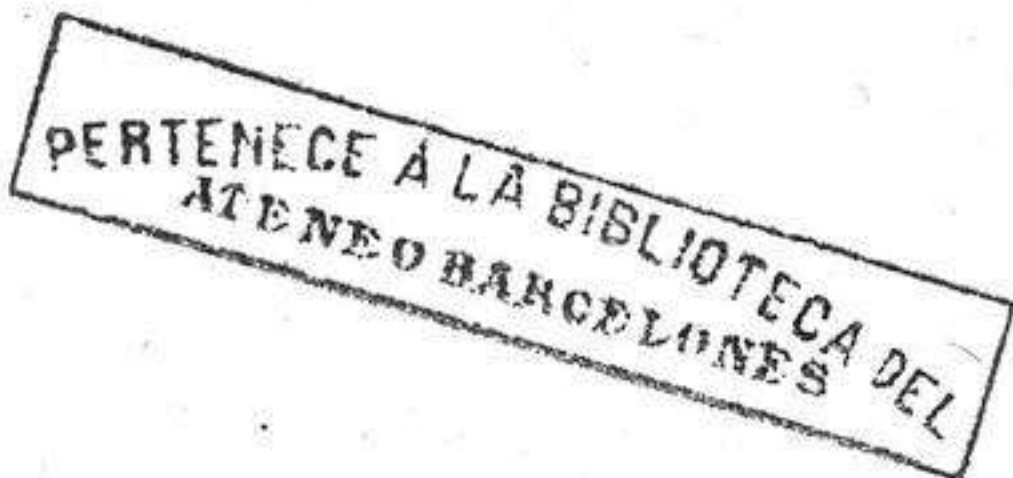
### I

**L**ícito le es al hombre recorrer los distintos países de la tierra, pero sólo á su alma inmortal es dado viajar por todos los países *y por todos los siglos*.

Y si al espíritu, como al cuerpo, es provechoso siempre y necesario á veces ese *cambio de aires*; ¡cuán provechosas, y aun necesarias, no han de ser las puras brisas natales del siglo de oro de nuestra literatura á los que en el último tercio del décimonono vivimos en atmósfera más ó menos inficionada de *realismos y naturalismos* en los dominios del arte! ¡Cuán agradable no ha de ser aspirar aire puro, ambiente suave, rico de luz, de colores y de perfumes en las creaciones inmortales de Cervantes!

¿Qué importa que no hayamos de examinar su *Ingenioso Hidalgo*? El sol del genio *no se pone* en las obras de escritor tan ilustre, como el sol de la creación no se ponía en los dominios de aquel gran Rey, á cuyo servicio se halló *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*. Además, LAS NOVELAS EJEMPLARES, son, después de aquella obra sin igual, la más importante, que produjo la sublime fantasía del Príncipe de los Ingenios españoles.

## II



Los griegos y romanos, maestros de nuestros escritores del siglo de oro, no conocieron la novela. Lo poco de este género, ó que á este género se asimila, que de ellos nos queda, es tan insignificante en sí, y hasta por el nombre de sus autores y por la época de decadencia á que pertenecen, que bien puede admitirse por entero la verdad de aquel aserto. Se comprende: faltó á esos pueblos la verdadera noción del hombre moral ó interior, elemento espiritual que es como el alma de la novela, hasta el punto de desconocer la misma dignidad humana. Hallábase, por lo menos, tan oscurecida, que con facilidad dejaban de verla en los esclavos, en las mujeres, en los bárbaros, en las muchedumbres... Ni les interesaba, pues, la vida y costumbres de éstos, objeto de la novela; ni daban la debida importancia al mundo moral de afectos y pasiones que cada uno de ellos llevaba dentro de sí; ni tenían, en fin, regla fija ó seguro ideal al que acomodar, y por el cual juzgar esos movimientos del hombre interior y sus acciones exteriores, como no fuera la ciega fatalidad del *Destino*. Por eso refirieron sus hazañas y ficciones, no á hombres, sino á dioses, héroes y semidioses, y las contaron ó cantaron en dos géneros literarios, abandonados luego casi por completo, precisamente por ese su carácter sobrehumano ó *poco humano*, si se me permite hablar así: el poema épico y la tragedia. Solamente en sus últimos tiempos trataron en la comedia objetos que podían ser asunto de novelas, y aun entonces fué mezquino y poco noble el círculo en que las encerraban, formado invariablemente por un padre, ó cruel y avaro en extremo, ó por todo extremo complaciente; su hijo, que le hurta ó estafa con ayuda del astuto esclavo; la madre, y una joven abandonada ó ro-

bada en sus más tiernos años, y que concluye por casarse con el anterior mancebo, con otras figuras secundarias como la del soldado fanfarrón y la del *parásito*.

### III

Descubrió el cristianismo toda la grandeza del mundo moral, y elevó la dignidad del hombre y de todos los hombres, hermanos entre sí, hijos de Dios y rescatados con su sangre.

El elemento espiritual, la idea moral, pudo desde entonces dar vida y alma á la novela y referir ésta sus ficciones, no á dioses y semidioses, sino á hombres de todo estado y condición, presentándonos en deleitoso cuadro la vida humana con sus dolores y con sus alegrías, sus virtudes, sus pasiones y las luchas interiores del alma. Y al lado de los problemas que de esta manera planteaba, pudo darnos también su solución, mostrarnos el juicio que de ellos ha de formarse, hacernos, en suma, conocer y distinguir el bien y movernos á amarlo.

### IV

Dice nuestro Cervantes en el Prólogo de sus NOVELAS EJEMPLARES: «y más que me doy á entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana». Y escribe más tarde en su *Viaje al Parnaso*, confirmando y explicando la misma idea:

- «Yo he abierto en mis novelas un camino,
- »Por do la lengua castellana puede
- »Mostrar con propiedad un desatino.»

Que Cervantes dió gran importancia á su innovación se demuestra, no sólo por los párrafos transcritos, sino además por otros dos de la dedicatoria y prólogo de sus NOVELAS. A pesar de su singular modestia, escribe en la dedicatoria al conde de Lemos: «Sólo suplico que advierta vuestra excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que, á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, pudieran ponerse al lado de los más pintados.» Por el mismo estilo dice al lector en el Prólogo: «Sólo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, *algún misterio tienen escondido, que las levanta.*» Es, pues, indudable que nuestro autor creyó introducir una gran novedad con sus NOVELAS EJEMPLARES, y no únicamente con relación á su título de *novelas*, tomándolo del italiano, como algunos han creído.

Probar que realmente introdujo esa gran novedad, que sus novelas se distinguen hasta tal punto de las que les precedieron, que, sin violencia de lenguaje, puede afirmarse que forman un género literario aparte, y son las primeras que reúnen las condiciones naturales y aun esenciales de la novela, será tanto como aclarar el punto más importante, y con mucho, entre cuantos ofrece el juicio crítico de las NOVELAS EJEMPLARES; descubrir «el misterio que tienen escondido que las levanta»; y mostrar, en suma, que no son inexactas ni pretensiosas en demasía, como algunos han juzgado, las afirmaciones que de ellas hace su egregio autor y más arriba quedan copiadas.

Examinar el estado del género novelesco á la aparición de las NOVELAS EJEMPLARES y los nuevos principios que éstas trajeron á él y nuevas condiciones en que lo colocaron, parece el medio natural de conseguir tan interesante y principal objeto.

## V

En consonancia con las costumbres guerreras y caballerescas que el estado de anarquía y otras causas habían creado, ocupóse al principio la novela española (como las de otros países) en referir los encantamientos, prodigios é inauditos combates y proezas de los caballeros andantes.

Refugiose en días más ordenados, y como cansada de tan descomunales batallas y asendereada vida, en bosques y prados apacibles, entreteniéndose en poblarlos con pastores y pastoras, cuya vida se pasaba entre desmayos y suspiros, entre discretísimos y cortesanos coloquios y armoniosas músicas y dulces cantares, enamorándose, y metidos siempre en peregrinas aventuras, á la manera que la mitología había llenado los bosques sagrados de la Grecia con los no mucho más inverosímiles sátiros y ninfas.

Vino á poco, merced á nuevos hábitos de vida, y cuando el descubrimiento de las Américas daba ocasión á que se desarrollase el espíritu aventurero en los que marchaban á Indias, y el *picaresco* en los que trataban de vivir á expensas de los allí enriquecidos, la novela así llamada, *picaresca*, creación puramente española, en la que un *pícaro* cuenta sus aventuras y la vida y milagros de los amos á quienes sirve, y de las personas con quienes se roza.

Puede considerarse como novela semejante á la anterior (aunque mucho más antigua que ésta) la *Celestina*, con sus numerosas imitaciones, cuyos personajes son meretrices, rufianes y terceros.

Entrelázanse con todas las referidas las novelas, que dándose la mano con los libros de caballerías, relatan, como ellos, inverosímiles maravillas y prodigios, v. gr., la *Historia de los*



*amores de Clareo y Florisea*, á cuyos portentos se unen á veces alegorías, que nuestros autores copiaron muy principalmente de la literatura árabe, como sucede en la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, y los cuentos, como los antiquísimos de D. Juan Manuel y los del *Patrañuelo*, de Timoneda, tomados de Bocaccio y de otras partes.

Pueden, pues, clasificarse en esta forma las novelas que precedieron á las ejemplares: Caballerescas ó libros de caballerías, pastoriles ó fábulas pastorales, alegóricas ó maravillosas, Celestinas, picarescas, cuentos.

Refiérense las dos primeras á una sociedad y unos personajes y unos sucesos que ni han existido ni es posible que existan. Pecan, casi tan gravemente como las anteriores, contra toda verosimilitud, las que he denominado alegóricas y maravillosas. Aquellas, que, del nombre de la principal y notabilísima entre ellas, he llamado Celestinas y las picarescas, por su color subido (especialmente las primeras) y por la baja de las personas y sucesos que en ellas se tratan, faltan al fin moral de la novela y la limitan á un círculo ú obsceno ó cuando menos bajo. En los cuentos, pecan también unos por su color subido, y todos, á causa de sus diminutas proporciones, se hallan faltos de espacio para llegar á la verdadera novela.

He hecho caso omiso del precioso libro *Las Guerras civiles de Granada*, porque esa y las demás novelas históricas ó precedentes de ésta, forman un género especialísimo y completamente aparte.

## VI

Era, pues, necesario, si había de existir la verdadera novela, que aspirase á algo más que á ocuparse *en cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos y sin*

*verdad alguna*; es decir, sin verosimilitud, sin aplicación al mundo real ni parecido con éste, como á propósito de las fábulas pastorales escribe nuestro autor en el *Coloquio de los Perros*, y pudo decir también, y con repetición lo dijo en el *Quijote*, de los libros de Caballería; que cuando abrigase aspiraciones á pintar ese mundo real, no lo encerrase en la estrechez de un cuento, ni lo limitase al círculo obscuro de las Celestinas ó al bajo de las picarescas, ni nos lo mostrase tal como lo juzga un *pícaro*, sino desde más nobles, generales y verdaderos puntos de vista; que no faltase, en fin, á la moral en el fondo ni en la forma. Así lo comprendió Cervantes y á maravilla lo realizó en sus NOVELAS EJEMPLARES.

¿Será necesario insistir mucho ni poco para que se crea que en lo de pintar costumbres y retratar caracteres es en efecto verosímil, natural, verdadero é incomparable? ¿No es cierto que al leerlo no parece sino que asistimos á la bulla y desorden de los mesones, y los gritos y las riñas y los venteriles regocijos penetran en nuestros oídos y se entran por nuestros ojos? ¿No llegamos á conocer *el cautiverio de Argel*, como si en él hubiéramos acompañado al más ilustre de sus cautivos? ¿No parece, para fijarnos en alguna de sus descripciones, que verdaderamente entramos en la famosa ciudad de Sevilla «que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes» y penetramos en sus casas y alegres patios, y admiramos «la grandeza y suntuosidad de su mayor Iglesia» y el Estudio de la Compañía de Jesús con «el término, la solicitud y la industria, con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños», y vemos llegar numerosos extranjeros *en días de vendeja*, y nos perdemos entre el *concurso de gente del río en tiempo de cargazón de flota*, y hacemos conocimiento con todo linaje de personas, desde los ricos mercaderes «que mostraban su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en la de sus hijos», y desde «ese género de gente ociosa y holgazana, á quien comúnmente suelen llamar gente

de barrio» hasta los *alguaciles*, *giferos*, *muchachos de la espordilla* (*ladrones para servir á Dios y á la buena gente*) y demás *rufianes de la congregación de Monipodio*? ¿No presenciarnos con envidia la vida estudiantil, en la que «se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose?» ¿No sentimos que se alborota la imaginación y bulle la sangre, al acompañar camino de Flandes ó á otras aventuras á la inquieta y alegre juventud? ¿No reposa apacible el ánimo y respira sosiego, llaneza y cristianidad en las pacíficas moradas, condición y vida ordenada y piadosa de los buenos hidalgos y caballeros principales de aquellos tiempos? Y los caracteres de todos estos, y el del celoso viejo casado con mujer joven y hermosa, «ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones de dueñas de monjil negro y tendido y tocas blancas y luengas», y el del *curioso impertinente* (que puede y debe contarse y se cuenta entre las NOVELAS EJEMPLARES) el cual, con partes «que suelen ser el todo, son que los hombres suelen y pueden vivir contentos (vivía) el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo», y los de tantos otros ¿no están pintados... como de mano de Cervantes? Con sólo emplear una ú otra palabra nos descubre á veces la maestría de esa mano, como cuando hablando de la primera entrada que la hermosa *Gitanilla* hizo en Madrid, dice: «y corrían los muchachos á verla y los hombres á mirarla.»

Ni hay necesidad de añadir que á la verdad de los cuadros y caracteres acompaña la verosimilitud de los hechos; pues que ésta es consecuencia de aquélla ó, si se quiere, su natural compañera.

Y no se limitan esos admirables cuadros de costumbres, esos interesantes y diversos hechos á determinado círculo de gentes. Refiérense, por el contrario, las NOVELAS EJEMPLARES á todo linaje de personas, caracteres y circunstancias. Ni ven y aprecian el mundo al modo de aquellos calaveras que cono-

cen tan sólo la mala parte de él, y desde tan limitado y erróneo punto de vista desenfadadamente lo juzgan, y torpemente se equivocan; que tal era la idea que del mundo hacían formar las novelas picarescas y éste el defecto en que incurrían.

Pues si pasamos ahora al otro requisito esencial de la novela, del que algo queda dicho en lo que antecede: la moralidad, vemos que Cervantes escribe en el prólogo á las suyas. «Y así te digo (otra vez, lector amable), que destas novelas que te ofrezco, en ningún modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere.» Insiste en la misma idea y concluye ponderándola de ésta manera. «Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya (dice con encantadora naturalidad) para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.» Abundando en las mismas ideas escogió su título. «Heles dado el nombre de *Ejemplares* (dice en el mismo prólogo), y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso, y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí.»

He de limitarme á manifestar en este punto, que pues Cervantes comprendió tan bien la importancia de la moralidad en las novelas y con el calor que hemos visto se expresó en la materia, y pues le sobraba entendimiento para cumplir propósitos tan firmes, y creyó, en efecto, haberlos cumplido, los cumplió sin duda; que también yo temo alargar dema-

siado *este sujeto*, mostrando el *sabroso y honesto fruto*, que se podría sacar así de todas juntas como de cada una de por sí de sus novelas, y hacerme pesado si insisto en cosas de todos conocidas y sabidas.

Si volvemos ahora la vista á los encantamientos y prodigios de los libros de caballerías y á las no menos inverosímiles fábulas pastorales, y á la obscenidad de las *Celestinas*, y á la bajeza de las picarescas, y á los cuentos inmorales y de color subido unos, encerrados en pocas líneas todos, y á las historias maravillosas, como la de *Clareo y Florisea*, que puede aspirar á parecerse de lejos al *Persiles*, hemos de confesar que es grande la distancia que hay de todo eso á las NOVELAS EJEMPLARES; que hicieron éstas dar un paso de gigante al género novelesco, que forman época, y, en suma, que Cervantes creó la verdadera novela, noble y honesta, moral y verosímil.

## VII

Y digo que la creó, porque ni en las literaturas extranjeras pudo encontrarla. La más adelantada entre esas literaturas, la única que se adelantó á la nuestra y que fué muy imitada por nuestros insignes escritores, fué la italiana. Ahora bien; los cuentos de Bocaccio eran todo lo que ésta había llegado á producir en lo que, aunque impropriamente, podemos llamar novela de costumbres; porque por largo tiempo se dejó sentir en esa literatura la influencia del autor famoso del *Decameron*, y tuvo numerosos imitadores, los cuales, según el autorizado y no sospechoso testimonio del italiano César Cantú en su *Historia Universal*, y de otros, convirtieron la novela italiana de esos tiempos en impuro lodazal.

Sea de esto lo que quiera, es grande el abismo que separa á los cuentos de Bocaccio, cortos, como todo cuento, y sin otro fin muchos de ellos que promover la risa y halagar la sensua-

lidad, y á todas sus imitaciones, de las NOVELAS EJEMPLARES de Cervantes.

Extendióse á Francia la influencia de Bocaccio, como lo prueban la colección titulada *Cent nouvelles nouvelles du roi Louis XI* y el *Heptameron* de Margarita de Valois. En 1535 se publicó la *Vida inestimable del gran Gargantúa*, por Rabelais, libro satírico lleno de alegorías y de alusiones. Pertenecen á la primera mitad del siglo XVII, las llamadas *novelas largas* (*longs romans*) de d'Urfé, Magdalena Scuderi, etc. Comprende alguna de ellas nada menos que veintitrés volúmenes. Semi-pastoriles y semi-heroicas, monótonas y pesadas, llenas de aventuras inverosímiles, de discretísimos y eternos diálogos y de alegorías, y sobrecargadas con innumerables episodios, extraños al asunto principal, su lectura se haría hoy insoportable. Y sin otra cosa digna de notarse en el género especial de que tratamos, llegamos á Mad. de Lafayette y sus obras, y especialmente su *Princesa de Cleves*.

Dice M. Lefranc, en su *Historia de la Literatura francesa*, que puede considerarse á esa autora como la creadora de la novela moderna (*peut être regardée comme la creatrice du roman moderne*). Y el distinguido crítico é historiador apoya así su afirmación: «En las novelas anteriores (*les longs romans* ó *novelas largas* de que he hablado), por disfiguradas que estuviesen ó aparecieran por los grandes nombres de la antigüedad y por lo empalagoso de un amor pretensioso ó falso, existía cierto nuevo y puro sentimiento de moralidad que, mejor comprendido y desarrollado, debía constituir el fondo é interés natural de la novela. Así lo comprendió Mad. de Lafayette, y en esto está el secreto del éxito de su obra *Zaida*, y más aún de su *Princesa de Cleves*. Encuentra en ellas el lector aventuras verosímiles, escritas de una manera interesante y llena de elegancia, y sentimientos verdaderos, expresados con delicado tacto y naturalidad. Nunca han sido pintadas con mayor decoro las pasiones y sus luchas con el sentimiento del deber.»

«Mad. de La Fayette peut être regardée comme la creatrice du roman moderne. Dans les romans, qui la précédèrent, si défigurés, qu'ils fussent par les grands noms de l'antiquité et par les fadeurs d'une tendresse prétencieuse et fausse, il avait bien *un sentiment nouveau de pureté morale, qui, mieux saissi et développé devait faire le fond et l'intérêt naturel du roman*. Ce fut le secret de Mad. de La Fayette; c'est la merite de *Zaide* et surtout de la *Princesse de Cleves*. On y trouve *des aventures raisonnables écrites avec intérêt et elegance, des sentiments vrais exprimés avec un tact délicat et naturel, jamais la passion combattue par le devoir n'a été peinte avec plus de réserve.*» (M. Lefranc, en la obra citada). En suma: M. Lefranc cree que Mad. de La Fayette fué la primera en dar á la novela sus condiciones naturales y puede ser considerada por esto como la fundadora de la novela moderna; porque hizo del sentimiento moral la base de ésta; porque relató aventuras verosímiles y expresó sentimientos verdaderos y naturales; y porque pintó con un decoro desconocido hasta entonces las pasiones humanas y sus luchas con el deber.

Aplica, pues, éste historiador al examen de las novelas de su ilustre compatriota el mismo criterio que yo he aplicado al de las *Ejemplares*; porque ¿qué otra cosa he pretendido yo hacer ver, sino que el mérito principal de éstas consiste en haber reunido esas naturales y aun esenciales condiciones, que no reunieron las anteriores: verosimilitud en los hechos, verdad y naturalidad en los sentimientos, moralidad en el fondo, decoro en la forma, para usar las palabras mismas del escritor francés? No se extrañará, por consiguiente, que me haya detenido algo en citarlo y comentarlo. Ahora bien; el mérito y la gloria que atribuye en su libro á Mad. de La Fayette, ¿pertenece de derecho á ésta ó á Cervantes? La contestación no es dudosa: *La Princesa de Cleves* se publicó en 1678; LAS NOVELAS EJEMPLARES se habían publicado sesenta y cinco años antes, en 1613. Y no sólo se habían publicado, sino que se habían traducido al francés y eran muy leídas y apreciadas en

Francia y muy recomendadas para el estudio de la lengua castellana, como consta en documentos auténticos muy vulgares y conocidos. Las conoció, pues, indudablemente Mad. de La Fayette, y es de creer que tuvieran en sus obras mayor y más saludable influencia que las *novelas largas* de principios del siglo.

Estas *novelas largas* son también posteriores á las *Ejemplares*, pues el primer tomo de la más antigua de entre ellas, *La Astrea*, de d'Urfé, se publicó en París en 1610, época en que andaba ya por aquella ciudad la traducción francesa de *El Curioso Impertinente*, por Carlos Oudin (1608), y cuando Cervantes debía tener escritas las demás, aunque no las publicó hasta tres años más tarde; pues al publicar en el *Quijote* la citada, añadió *que aún quedaban otras en el cartapacio*, y en otro capítulo, cita entre estas otras la de *Rinconete y Cortadillo*. El segundo tomo de *La Astrea* no se publicó hasta 1620.

## VIII

Ni en la literatura patria, ni en la italiana, ni en lo que pudo conocer de la francesa, halló, pues, nuestro ilustre autor nada que se pareciese á sus NOVELAS EJEMPLARES.

Este es, en mi opinión, su mérito principal, y esta la razón del especialísimo y muy importante lugar que ocupan, ó deben ocupar, en la historia de la literatura.

Para comprenderlo cumplidamente, debemos distinguir en ellas (como en toda obra de época más ó menos remota) lo esencial y lo accidental, lo que refleja los principios eternos de la belleza y lo que es hijo de las condiciones mudables de los tiempos, que es á lo que suele llamarse *color de época*. Este color, á que la vista no está hecha, choca desde luego en los libros antiguos, y hasta impide á veces apreciar los méritos y gustar las bellezas que bajo él se encubren y ocultan.



Ha de notarse ante todo en este punto que ni un escritor, por grande que sea su ingenio, y aunque se llame Cervantes, que es cuanto puede decirse, puede sustraerse *por completo* al influjo de su época, ni lo hace, á veces, aunque pueda y sepa hacerlo, por no oponerse al gusto del público para quien escribe. Nuestro autor, que tan bien comprendió y cumplió en las NOVELAS EJEMPLARES las condiciones de éstas, dejóse llevar de la común corriente en su *Galatea*, en su *Tía Fingida* y aun en su *Persiles y Segismunda*, novelas, todas tres, hechas al estilo de otras que estaban en uso, las que he denominado *pastoriles, celestinas y maravillosas*. Dió también, siguiendo la moda, corte picaresco á *Rinconete y Cortadillo* y al *Casamiento engañoso*, aunque sin hacerles perder su carácter de ejemplares, ni su conveniente decoro.

Hemos de considerar también que, temiendo, como temió y no podía menos de temer, el fallo del público sobre la gran novedad que le ofrecía, hasta el punto de retardar la impresión de su obra y de enviar por delante, como exploradores, digámoslo así, del escabroso terreno de la opinión pública, *El Curioso Impertinente* y *El Cautivo*, ni pensó, ni podía pensar en dar á sus NOVELAS EJEMPLARES la extensión y proporciones que han llegado á tener muchas en tiempos posteriores.

Al apreciar su verosimilitud (cualidad que de ningún modo puede negárseles) ha de tenerse muy presente que la imaginación ejercía entonces un predominio é influencia que ahora ha perdido, quizá más de lo justo, como lo han notado y criticado muchos, y entre ellos, ya que de novelas hablo, el insigne novelista inglés Dickens en su preciosa obra *Los Tiempos difíciles* (*Hard Times*), escrita sólo para eso. De aquí que seamos nosotros mucho más exigentes que los antiguos, tal vez sobrado exigentes, en esto de la verosimilitud.

Sin necesidad, y como de propósito deliberado, la sacrificaban aquellos á veces, hasta cierto punto, teniendo por *discreción* el desviarse así del camino llano en la exposición de los hechos, por discurso parecido, sin duda, al que hizo pasar

por discreto el lenguaje *culto*. Se ve esto en dos pasajes, entre otros, de *La Española Inglesa* y de *La Señora Cornelia*. Aun á trueque de prolongar aficciones y retardar venturas, prepara y dispone Ricaredo, de una manera *teatral*, en la primera de aquellas novelas, el reconocimiento de Isabel por sus padres, y la reina le dice: «Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra *discreción* se han ordenado estas vistas.» Y en la segunda hace creer el duque de Ferrara á Lorenzo que no piensa ya en casarse con su hermana Cornelia, á lo que el deber y el honor le obligaban, sino con una hermosísima aldeana, y al mostrarla resulta que es la misma *Señora Cornelia*, y dicen entonces al duque: «que ha sido la más *discreta* y más sabrosa burla del mundo». La nota de *discretos*, aplicada á los fingidos autores de tales escenas, recae naturalmente en el autor verdadero de ellas. Gustaban mucho entonces todas estas cosas, si se presentaban adornadas con ricos atavíos de estilo y de lenguaje, y era de rigor servir las alguna vez al público, ansioso de ellas.

Ha de achacarse también al mismo gusto del público cierta inferioridad, cierto desmayo y languidez en las novelas que podemos llamar *amatorias*, con relación á las otras, que denominaremos *de costumbres* ó *de género*. Pedía ese gusto aquellos amores repentinos y con tal facilidad y en extremo correspondidos, aquel disfrazarse las mujeres enamoradas (como lo hacen las *Dos Doncellas*), aquellos coloquios eternos y discretísimos en fin, de que tantos ejemplos nos dan los libros, y sobre todo la escena de ese tiempo. Y por satisfacer en alguna manera las exigencias del público (cuyo fallo de su nueva obra tanto temía, como hemos visto), escribió Cervantes sus novelas *amatorias*, esforzándose por acomodarlas al gusto reinante. Pero su talento le hacía comprender que todo aquello, aun en su época, no era natural ni verosímil; su conocimiento de los hombres le llevaba á considerar las cosas de una manera muy distinta; los sucesos mismos de su agitada vida, sus continuas peregrinaciones y penalidades, le movían á mirar el espec-

táculo de este mundo más bien por el lado de los desengaños. Estorbábanle así, en vez de ayudarle, su talento y mucho conocimiento del mundo, y su genio incomparable tenía como que encogerse y estrecharse para poder pasar por las angosturas que se le imponían. Pero en medio de las largas y algún tanto empalagosas relaciones á que un amor puramente arbitrario y convencional le obligaba, ¡cómo se hace admirar cuando las interrumpe, y, libre de trabas, ve el mundo tal como es, mejor dicho, como él sabe verlo y escudriñar! Así pinta el protagonista de una de esas novelas (*El Amante Liberal*) á su rival, Ascanio Rótulo: «mancebo galán, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz melíflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados». Pues de la misma manera escribe sus novelas *de género ó de costumbres*, en las que, libre de esas ligaduras, de que he hablado, puede ostentar toda la superioridad de su ingenio.

Queda ya dicho que la moralidad de las NOVELAS EJEMPLARES se extiende al fondo y á la forma, al fin y á los accidentes, á las ideas y á las palabras, de las que dice nuestro autor en *El Coloquio de los Perros* que «las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe». Pero aunque esto sea así, y haya sido reconocido por todos, no estará de más, para que mi trabajo quede completo en el punto que voy dilucidando y en la medida que mis fuerzas lo consientan, que haga aquí dos reflexiones con respecto á la libertad del lenguaje, que (no sin razón) se achaca á nuestros escritores del siglo de oro, por si algún lector meticoloso necesitase hacer uso de ellas para salvar facilísimamente el decoro de alguna palabra ó de alguna frase en las NOVELAS EJEMPLARES, que brillan, repito, por su lenguaje decoroso y honesto, como por sus demás cualidades morales. Es la primera de esas reflexiones que, así como en materia de linajes, según nos dice D. Quijote, hay «unos que traen y derivan su descendencia de principes y monarcas, á quien poco á poco el

tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores», del mismo modo pierden y ganan nobleza y decoro las palabras, merced al movimiento de flujo y reflujo, que es tan propio de las lenguas vivas, como de los linajes sociales y de cuanto tiene vida moral ó material. No es, por esto, difícil equivocarse al juzgar del decoro de las frases con relación á una época algo remota.

Es la segunda de dichas reflexiones no menos importante que la anterior y referente al conjunto de las frases é ideas significadas, como aquella á cada palabra ó frase por sí: que en el lenguaje, como en el vestido y en todas las demás exterioridades y apariencias, hay algo y mucho de convencional, y parece deshonesto y libre en demasía en unos tiempos y lugares lo que no lo es en otros. Y no deja de suceder que lo que no se repara en la sencillez de la aldea, choque y escandalice en la corrupción de la corte: que muchas veces, cuando de exterioridades y apariencias se trata, más está la deshonestidad en la malicia de quien la nota que en la sencillez de quien, al parecer, la practica.

## IX

He llegado al final de mi trabajo. Creo haber probado en él clarísimamente que las novelas anteriores á Cervantes no cumplieron las condiciones naturales de la novela y que las *ejemplares* de este autor cumplidamente llenaron todas esas condiciones. *Abrió, pues, como él dice, una nueva senda en sus novelas, y fué, en tal sentido, el primero que noveló en lengua castellana* (y aun en toda lengua); cosas que han negado unos y han explicado otros de una manera poco satisfactoria é insuficiente, y yo me he propuesto justificar, contribuyendo así

á que desaparezca la nota de inexacto y pretensioso, que iba unida, en este caso, á la memoria del más ilustre, más modesto y más bueno de todos nuestros escritores. Sea éste nobilísimo motivo, que ha puesto la pluma en mis manos, excusa suficiente para lo atrevido de mi empresa. Otra razón me ha movido también, aunque en segundo lugar, á intentar-la, olvidando lo débil de mis fuerzas; la convicción en que me hallo de que ni á las NOVELAS EJEMPLARES se les ha dado toda la importancia que realmente tienen, ni la crítica las ha examinado con el detenimiento debido. Les ha perjudicado indudablemente, en éste punto, la fama del *Quijote*, que se ha llevado tras sí todas las atenciones, todas las alabanzas y toda la crítica literaria.

Al limitarme yo al punto de vista, que he elegido, he tenido que prescindir de otros, y más de una vez he dirigido desde el fondo de mi alma á tantas y tantas bellezas como en el examen de esa obra á cada paso llaman y solicitan la atención, las sentidas palabras del prólogo del *Persiles* «Adiós, gracias, adiós, donaire, adiós, regocijados amigos» los personajes, digo, de sus novelas.

No concluiré sin hacer notar que los contemporáneos de Cervantes no participaron del desdén relativo con que nosotros hemos mirado sus NOVELAS EJEMPLARES. Llamó la atención la novedad del género y tuvo muchos imitadores, siendo cosa digna de notarse que aunque estos fueron, entre otros, un *Lope de Vega* y un *Tirso de Molina*, todos quedaren muy atrás de su modelo, por más que, como éste dice en el *Coloquio de los perros*: sea cosa fácil añadir á lo ya inventado.

EL MARQUÉS DE CASA-TORRE.

## RECUERDOS

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

**A**l romper el día me despertaron, anunciándome que íbamos á entrar en el puerto.

Me vestí á toda prisa, y subí á cubierta.

Había dormido ocho ó nueve horas. La terciana había pasado, y ya estaba libre para seis ú ocho días.

Me sentía perfectamente bueno. La cabeza despejada, el cuerpo ágil. Ni debilidad, ni cansancio. Y por todo mi espíritu circulaban olas de placer. Un placer del orden moral, pero tan grande que casi tenía la fuerza del placer físico.

¡Es tan alegre entrar en el puerto al amanecer; y Cartagena tenía para mí tantos recuerdos!

Durante mi niñez, Cartagena había sido siempre para mí ó la alegría real durante una corta temporada de doce ó quince días cada verano, ó la esperanza de esa alegría en el resto del año.

Cuando llegaba el mes de Agosto hacíamos los preparativos para el acostumbrado viaje á Cartagena, ¡y aquellos preparativos eran tan alegres!

Salíamos de noche, á las diez ó las once, en nuestra tartana muy limpia, muy alegre, casi lujosa; con sus cortinillas de seda, su lona flamante, sus dobles cortinas de hule para caso de lluvia, y sus dobles asientos bien almohadillados.

Eso sí, la tartana estaba montada directamente sobre el eje, sin muelles ni resortes de ningún género, porque estos eran lujos en aquella época, que sólo estaban al alcance de los potentados, y nosotros éramos clase media, bien acomodada, pero clase media al fin.

De todas maneras, yo recuerdo que la tartana era muy mona; y aunque el movimiento era infernal y muy propenso á que echásemos los pulmones y los hígados por la boca, aquel traqueteo y aquellas sacudidas antojábaseme, que eran caricias, que el vehículo me hacía en estilo brutal, pero franco y simpático.

Después, es decir, en época muy posterior, cuando fui ministro, tuve coche, única época en que lo he tenido; pero nunca el vehículo oficial me ha proporcionado las sanas y puras alegrías, que aquella modesta tartana montada sobre el eje.

De la tartana tiraba una mula, también nuestra. Un hermoso animal. ¡Qué fuerte! ¡Qué gorda! ¡Qué redondas las ancas! ¡Qué lustrosa la piel, y qué bien cuidada!

La mula era el niño mimado de la casa. Constantemente bajábamos á la cuadra á ver si le habían dado de comer, si tenía sed, si estaba por acaso triste.

Mi madre le bajaba grandes pedazos de pan; y cuando la mula la sentía bajar, volvía la cabeza á ver si le llevaban la golosina, y encogía un poco el belfo, así como si quiera sonreír.

Es una crueldad de la naturaleza haber dado la sonrisa al ser humano, que á veces hace tan mal uso de ella, y no habérsela dado á ciertos animales mansos y simpáticos, que jamás la mancharían con dulzarrones pliegues de traición y mentira.

\*  
\* \*

Si siempre estaba bien cuidada nuestra mula, la vispera y la noche del viaje, los extremos que hacíamos eran superiores á toda ponderación.

Ya á las diez ó diez y media estaba la tartana en la calle, la mula enganchada, mi madre, mi padre, mis hermanos y yo, y alguna niñera dentro de la tartana, que apretándonos bien todos cabíamos. Y nuestro criado Bernardo, un mozo valiente, robusto, uno de los liberales más entusiastas de Alguazas, y que había sido—como decía mi padre—de la guardia imperial del marqués de Camacho, ya estaba cogiendo la mula por la rienda y haciendo crujir, con su brazo poderoso, el látigo.

¡Aquel brazo que había manejado el trabuco en defensa de Espartero, y que había de manejar el año 56 el fusil en las calles de Madrid en defensa de Espartero siempre!

Tengo que sujetar los recuerdos, porque en tropel y revueltos acuden á mi memoria, y todos piden vida y plaza y una caricia de mi mano de niño ó una frase cariñosa en este ocaso de mi existencia.

\*  
\* \*

Pues arrancaba la tartana, cruzábamos las calles con un traqueteo infernal, pasábamos el puente, pasábamos la Alameda, pasábamos la iglesia del Carmen, y seguíamos hacia adelante camino de Cartagena á pasar nuestra temporada de baños en la tradicional y noble población.

Al subir el puerto de la Cadena nos bajábamos todos y lo subíamos á pie para que no se fatigase mucho nuestra hermosa mula, que aunque era fuerte, era regalona y estaba acostumbrada á mimos; y más se complacía en llevarnos de paseo alrededor de la glorieta, luciendo su cabezón cuajado de borlas de seda roja y haciendo sonar sus alegres campanillas, que en este viaje de nueve leguas, por mal camino, en día abrasador de verano y tirando de toda una familia bajo el severo látigo de Bernardo el progresista de Alguazas.



Verdad es, que tampoco mi madre permitía que le pegase, ni siquiera que amenazara á su mansa y querida mula.

\*  
\* \*

Y luego ¡qué regocijado el amanecer! ¡Qué luces en el horizonte! ¡Qué salida del sol por aquellos campos! ¡Qué alegre todo; hasta el polvo del camino; hasta el calor de la mañana; hasta el fuego abrasador del Mediodía; hasta la sucia y destaralada venta en que nos deteníamos para comer y para descansar durante las horas de siesta!

Y sobre todo, ¡qué alegre la caída de la tarde, cuando al dominar un repecho se descubría Cartagena y la línea azul y redonda del mar, recortada, al parecer, en el cielo!

Ya hemos llegado. Ya estamos en la casa de huéspedes, en un callejón estrecho, que me parece que estoy viendo en este momento. Está muy cerca del puerto. En la misma casa y en el piso á nivel de la calle hay una tienda de pescado frito. El olor á aceite sube hasta nuestras habitaciones entre risotadas ó disputas de la gente que va á comprar á la tienda.

Todo esto me parecería hoy sucio, grosero y repugnante. En aquellos años de mi niñez la risa de las mujeres, el olor á aceite frito, la brisa del mar y los lejanos ruidos del puerto, formaban una atmósfera de indecible regocijo y de infantil alegría alrededor de los ocho ó de los doce años de mi niñez.

Y luego ir á una de las barracas del muelle con mi padre, y bañarme en aquellos barracones de esteras tan sucios y tan mal pergeñados, pero en que entraban libremente las olas del mar y el vientecillo del puerto y el ruido de sus faenas.

¡Ah! ¡Cuántos de estos recuerdos, para los demás insustanciales, para mi conmovedores y divinos en medio de su sencillez, me asaltaban al pasar junto á la losa en el vapor en que venía de mi primera expedición de ingeniero!

Allí está el castillo de Galeras. Allí está el castillo de la Atalaya. Un día de tempestad cayó un rayo y mató á un soldado: y mientras el vapor penetraba francamente en el puerto, después de pasar la losa, me puse á pensar en aquella tempestad y en aquel pobre hombre; y no pude menos de decir en voz alta: «¡Pobre soldado!» Un pasajero que estaba junto á mí, me miró con extrañeza y me preguntó: «¿Qué soldado?» —«Uno á quien mató un rayo» —le contesté con naturalidad. —Y el pasajero me miró otra vez, y debió pensar que yo no andaba bien de la cabeza.

Y yo, entretanto, bebía con los ojos y con ansias de hidrópico todos los accidentes del puerto, recordándolos uno por uno y animando cada uno de ellos con algún recuerdo de mis primeros años.

De este modo vive y se anima la naturaleza cuando el hombre coloca en ella sus recuerdos.

La naturaleza sin recuerdos, que la espiritualicen, es algo así como un cadáver que viaja aburrido por el espacio insustancial.

\*  
\* \*

Sí, todo lo recuerdo: allí está Santa Lucía. En el muelle nos embarcamos una tarde para ir á ver una fábrica de cristal que en el barrio de Santa Lucía funcionaba por entonces. Nos embarcamos—digo—mi padre, mi madre y yo, y creo que otras dos señoras; y aunque el mar estaba muy revuelto y el viento soplabá con fuerza, empeñóse el marinero, á pesar de nuestras protestas, en que habíamos de ir á la vela.

Pero se encresparon las olas, arreció el viento, se inclinó la lancha, para nosotros de una manera aterradora, las mujeres empezaron á encomendarse á todos los santos, juraban el marinero y el chico que le ayudaba por todos los diablos, y la verdad es que andábamos muy apurados.

Tanto es así, que por Cartagena corrió la voz que la familia Echegaray se había ahogado frente á Santa Lucía.

Al fin y al cabo el marinero empezó á recoger la vela, y en aquella operación, que se hizo apresuradamente y de mala manera, la vela me pegó en la gorra y me la arrojó al mar.

Esto dió al traste con los pocos ánimos que me quedaban, y atropellada ya mi dignidad, rompí á llorar desesperadamente.

«No llores, hermoso—me dijo mi padre,—que yo te compraré otra gorra.» Y yo le contesté haciendo pucheros: «No lloro por la gorra, que lloro por la vida.» Frase memorable, que por muchos años se conservó en la familia como prueba evidente de la precocidad de mi talento.

Y mientras recordaba yo todo esto en pie sobre la cubierta del vapor y mirando á Santa Lucía, me vino á los labios aquella frase, y ya iba á decir «no lloro por la gorra, lloro por la vida», cuando observé que el pasajero de antes tenía clavados los ojos en mí con cierta curiosidad, y no me atreví á expresar mis sentimientos en voz alta.

\*  
\* \*

Al fin desembarqué, y me detuve todo aquel día en Cartagena, recorriendo sus calles y sus plazas, visitando por fuera las casas de huéspedes en que había estado uno y otro verano con mi familia, sin olvidar la taberna del pescado frito, sin olvidar tampoco aquella calle de los Cuatro Santos (creo que así se llamaba) en que pasé una temporada sumamente agradable en casa de un amigo de mi padre llamado D. Luis Vicén, donde—quizá por vez primera—se ejercitó mi buena ó mala, pero entonces espontánea inventiva dramática, porque me pasaba el día contándole cuentos á la madre de D. Luis Vicén, cuentos en que había muchos caballeros cubiertos de resplan-

decientes armaduras y muchas castellanas con trajes cuajados de piedras preciosas.

Y fueron tan célebres aquellos cuentos en mi familia, que desde entonces no me llamaron más que el niño de las piedras preciosas.

En la calle de los Cuatro Santos de Cartagena estuve parado buen rato contemplando la casa de los miradores, en que doce ó trece años antes contaba yo mis cuentos de las fantásticas pedrerías.

Todos los recuerdos de la niñez lo son, y lo más baladí, lo más insignificante, el más diminuto suceso, todo brilla á lo lejos como piedra preciosa, verdadera ó falsa, importa poco; porque la luz del amanecer en la vida, como en la naturaleza, todo lo ilumina con vivísimos reflejos: un poco de espuma, un vidrio roto, una concha de la playa son piedras preciosas, tan preciosas como si fueran verdaderas.

\*  
\* \*

Un día estuve en Cartagena evocando recuerdos y gozando con ellos; y al día siguiente salí para Murcia, donde me detuve dos días.

Y ¡cuánto gocé en Murcia! Siete años faltaba: ya nadie me conocía, ni yo quise presentarme á ninguno de los amigos de mi familia.

Mi mayor regocijo fué recorrer durante aquellos dos días las calles y las plazas, los paseos y los alrededores, el estrecho callejón donde vivía mi maestro de primeras letras, y los claustros del Instituto, por los que di tantas vueltas en los cuatro años de la segunda enseñanza.

Por todas partes iba recogiendo recuerdos y dándoles nueva vida. ¡Cuántas veces había paseado por la Platería y por la Trapería! ¡Cuántas procesiones de Semana Santa había

visto con sus maravillosos Pasos de Zarcillo; con su música, que generalmente tocaba la marcha fúnebre de *Beatrice di Tenda*; con sus nazarenos encaperuzados con caperuzas tan altas que algunas llegaban casi á los balcones de los pisos principales, con sus penitentes descalzos y con enormes cruces á cuestas; y los menos graves, de caperuzas chiquitas, que iban repartiendo caramelos!

Y las noches del Viernes Santo, ¡cuántas veces me había mandado mi madre vestido de negro y con un hachón encendido á acompañar la procesión del Santo Sepulcro! Todas aquellas luces, todos aquellos farolitos encendidos también brillaban en lo pasado como cascada de piedras preciosas corriendo á lo largo de la calle de la Trapería.

Y pasando de lo sagrado á lo profano, ¡cómo despertaban en mi memoria mis pequeñas aventuras de estudiante, que ni eran aventuras, ni por lo diminutas podría distinguirlas nadie que no fuese yo!

Una calle había, y en la calle una casa, con unas rejas bajas, que despertaron en mí memorias bien extrañas y bien inocentes.

Por aquella calle pasaba siempre para ir á casa de D. Santiago Soriano á dar mi lección de latín; y habíase apoderado de mi espíritu de niño una singularísima superstición.

¡Por qué será tan supersticioso el género humano! En la masa de la sangre lo tiene. No necesita aprenderlo; el atavismo de la superstición brota desde los primeros años espontáneamente, y á poco que la imaginación ayude atropella á la razón y al buen sentido.

Al pasar por aquella calle, repito, me asaltaba todos los días este temor supersticioso: que si por casualidad volvía la vista y veía las ventanas bajas junto á las cuales pasaba, era señal cierta de que aquel día no iba á saber la lección. Con lo cual, al entrar en la calle todo se me volvía volver la cabeza hacia la derecha para no fijar mis ojos en las fatídicas ventanas.

Y, sin embargo, ¡con que misteriosa y malévolas intenciones me solicitaban y atraían!

Por aquella calle pasé también y me harté de mirar las maliciosas ventanas con verjas de hierro, como diciéndolas: «á pesar de vuestros negros y apretados barrotes he sabido siempre mis lecciones en la Escuela de Caminos y he tenido siempre, sin faltar una sola vez, nota de sobresaliente; y he sido el número uno de la promoción en los cinco años de la carrera: con que ahora bien podéis apretar vuestros hierros; y ennegrecerlos aún más: y hacerme las cruces al cruzarlos, que no me dais miedo, y á fuerza de trabajo y de voluntad he vencido vuestro maléfico influjo.»

Tonterías de un niño de veintiún años, que era por entonces casi tan niño como á los nueve ó los diez.

Y no cesé en el poco tiempo que permanecí en Murcia, de ir recogiendo imágenes de mi niñez, que al lector le parecerán insípidas y ridículas, que para mí son aún hoy mismo encantadoras y graciosísimas.

También visité los dos memorables sitios de mis dos únicas y heroicas empresas.

Yo no he sido nunca camorrista, ni cuando niño fui peleador, ni á nadie he provocado jamás.

El ser humano siempre me ha merecido respeto, aun á veces sin merecerlo, y aun adonde el respeto no podía llegar ha llegado siempre la buena educación.

De aquí resulta, que sólo dos veces me he *peleado* con otros chicos, y estas dos hazañas voy á referirlas puntualmente, para que en su día la historia las archive con las propias hazañas de Aquiles y del Cid Campeador.

La primera *pelea* que sostuve fué á los diez años; no precisamente bajo los muros de Troya ni ante las árabes murallas de Valencia, sino en la plaza de San Bartolomé, contra la pared de una casa que hace frente á la iglesia y teniendo por espectadores de mis proezas á las numerosas cabras de un rebaño por la plaza caprichosamente esparcidas.

Tenía yo gusto en bajar todas las tardes con mi hermanito de la mano y con un gran jarro de cristal á comprar una azumbre de leche.

Y había de ir solo: el que me acompañase un criado me molestaba y me humillaba lo que no es decible.

Y solo fui aquella tarde con mi hermanito de una mano y bajo mi poderosa protección, y con el jarro de cristal en la otra, que ya con el deseo yo en él rebosando veía el blanco, tibio y espumoso líquido.

Y fué el caso que un chiquillo, próximamente de mi edad, se empezó á reir de mí, al verme en aquella guisa, que no era precisamente verme en guisa de batallar, aunque al fin lo fué, y se mofó de mi persona, y me llamó el del jarro y la capeta, porque es de advertir que yo llevaba una capeta más ó menos airosa, pero que al chiquillo se le antojó poco artística.

Y enardecido con sus propios insultos, el chiquillo se me fué acercando, sin cesar de llamarme entre carcajadas burlo-  
nas, «el del jarro y la capeta».

Mi dignidad ya no pudo hacerse la desentendida: no diré que me contemplaban cuarenta siglos, pero sí me contempla-  
ban más de cuarenta cabras esparcidas por la plaza y echadas perezosamente: me contemplaban, repito, con su mirada dulce, sus cuernos monísimos y sus ubres repletas.

Casi todas eran amigas mías, y yo no podía dejarme insultar delante de ellas.

Con calma bastante heroica y con reposado continente, le di el jarro á mi hermano diciéndole: «Que no se te caiga y estate quieto.»

Después me desabroché la capeta y la arrojé al suelo con gallardía.

Debo declarar imparcialmente, que ha sido el movimiento más gallardo de toda mi existencia.

Yo no había visto aún *Lucía de Lammermoor*, ni había visto aquella memorable escena del segundo acto, en que el tenor echa á tierra la capa y el sombrero en el fondo del escenario

y luego avanza hacia el primer término para cantar la sublime pieza concertante, que todo el mundo conoce.

Digo esto, para que no se crea, que fui plagiario al arrojar la capeta en la plaza de San Bartolomé de Murcia, entre las cabras que iban á presenciar el sublime y singular combate; ni más ni menos que griegos y troyanos presenciaban las proezas de Aquiles, que, á decir verdad, nunca me han parecido cosa mayor, dado que Aquiles era invulnerable.

Me agarré, pues, al chico, y luchando á brazo partido nos acercamos al muro, quiero decir, á la pared. Pero dije muro porque ya se me iba inflamando el espíritu épico.

Contra la pared le estreché, sujetándole por las dos orejas y metiéndole la rodilla en el vientre; y de este modo á la pared le tuve pegado como murciélago, que se clava por las dos alas.

El, para no ser menos, se había agarrado también á mis dos orejas, de modo que los cuatro apéndices auriculares hallábanse en alta potencial.

Así estuvimos un rato. Mi hermanito lloraba; las cabras sospecho yo que nos mirarían con cierta curiosidad; y las orejas de mi contrincante estaban del color de las amapolas. Las mías no las podía ver, pero también presumo, que estarían un tanto encendidas.

Ni él ni yo decíamos nada: éramos dos combatientes dignos.

Al cabo el chico me dijo con voz un tanto ahogada: «¿Te parece que nos soltemos?»

Y yo, con noble acento le contesté: «Bueno, nos soltaremos.»

Y nos soltamos.

El me recogió la capeta, le sacudió el polvo y me la dió; y yo compré mi azumbre de leche, y mi hermanito, yo y el chico vinimos como buenos amigos hasta mi casa.

Mi segunda hazaña aún fué más famosa; mas para referirla es forzoso tomar aliento.

JOSÉ ECHEGARAY.



# AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONES DEL

Puntapié al corregidor, duelo con el gobernador, y cuchillada al médico.—Insulto soez.—Coroneles del antiguo régimen.—Oficial de tierra.—Vuelvo á mi lugar.—Los parientes.—Veteranos del año 8.—Campo de Gibraltar.—Anécdotas del general Castaños.—Judios y judías.—La heroína de Zaragoza.—Maldito Peñón.—Cádiz y Sevilla.

**Y** A que nuestras hazañas no fueron muchas ni grandes en la guerra que acababa de terminar, armamos camorra con las autoridades civiles de Tarragona. Las invitamos á comer después de la revista de inspección que nos pasaron, no aceptaron y se tomó á desprecio. En el teatro el público pidió la repetición de un baile; el corregidor dijo á voces:—Que se callen los oficiales.—No son ellos, replicó un alférez.—Guardias, echad á ese, añadió la autoridad.—Que prueben á verificarlo, gritaron los oficiales que se hallaban en las butacas, levantándose en tumulto repitiendo:—Vámonos; nos han faltado.—El corregidor se empeñó en echarla de hombre de carácter con los militares. Al hablar de ellos se exaltaba como el monarca portugués, que siempre que le leían los títulos del español aguantaba se llamara rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, etc.; al oír de los Algarves perdía el tino y exclamaba furioso:—¡Manía *d'hommen!*—Los individuos de tropa que había en el teatro imitaron á los oficiales, sin que ni á unos ni á otros pudiera detenerlos el general Manzano, gobernador de la plaza.

Nuestro jefe, que acompañaba en el palco al corregidor, apostrofó á la oficialidad, la irritó, y al enterarse se convertía el incidente en cuestión de cuerpo, dejó en la estacada á la autoridad civil. Salió ésta á la calle; el alférez que replicó en el teatro la dijo dándole un puntapié:—Le devuelvo el insulto que me ha inferido.— El agredido levantó el bastón, se contuvo, y gritó:—Sean Vds. testigos de la ofensa que ha recibido la autoridad que ejerzo en nombre de la reina. Manifestó al general no se creía seguro; este le acompañó á su casa, y exclamó:—Me haré respetar de militares y paisanos; tenían razón los oficiales y ahora la han perdido.—Al alférez le condenaron á un arresto que no sufrió, y el corregidor se quedó con el puntapié.

Supo el gobernador civil que el médico del batallón lo criticaba por cuestión de quintas, y en el paseo apabulló á bastonazos el sombrero del doctor. Los oficiales se ofendieron, obligaron al Galeno á batirse con la autoridad, el médico no sabía manejar otra arma que el bisturí, su contrario era coronel de caballería procedente de los famosos Palillos de la Mancha en la primera guerra civil, que en 1848 reconoció á Isabel II, hombre de alma, perito en armas y al Hipocrates no le llegaba la camisa al cuerpo. Ensayaron al físico en el cuarto de banderas para la descomunal batalla, le previnieron que al ponerse en guardia, el desafío era á sable, se tirase á fondo y despanzurrase á su contrario. Lo hizo, tenía mucha fuerza, y gracias á la flexibilidad del ex cabecilla carlista no le mató. El doctor recibió una cuchillada. Sobre cornudo apaleado.

Nuestro jefe en el ejercicio mandó la carga á discreción trece veces seguidas, empeñándose que salieran con igualdad todos los movimientos, contra lo que previene la lengua castellana, la ordenanza y el sentido común. Al principio el batallón parecía una máquina; después los soldados, que usaban fusiles ingleses pesadísimos de pistón que antes habían sido de chispa, comenzaron á cansarse; cuanto más se repetía la

carga, resultaba peor. Se enfureció el déspota, dió la voz de apunten, nos hizo un corte de mangas, volvió la espalda y se alejó al galope del bruto que montaba: no lo era ni con mucho tanto como el jinete. Blasfemaba y juraba más que un carretero. Murió un oficial, y aún permanecía de cuerpo presente cuando el jefe gritó á la tropa formada:—¡Ojalá nos encontráramos todos como el teniente difunto!—No se comprende pudieran tolerarse tales insultos.

Había en infantería jefes, que tan pronto se olvidaban del servicio y no hacían caso de nada como les entraba la locura ó rabia. Maltrataban á diestro y siniestro; mandaban arbitrariamente. Eran odiados.

Un coronel de genio insufrible marchaba á la cabeza de su regimiento por una senda estrecha; la encontró obstruida por el mulo de un arriero caído en tierra, se detuvo, mandó á los gastadores ayudarán á levantar al pobre animal, no pudieron, hasta que un tambor veterano pidió permiso al jefe para hablar al cuadrúpedo en secreto. En cuanto el guaja ó individuo de la banda acercó la boca á la oreja del mulo, éste se puso de pie como movido por un resorte.—¿Qué le has dicho?—preguntó el coronel al tambor.—¿Me castigará V. S.?—No.—Que si no se levantaba, lo hacía sentar plaza de soldado en el regimiento.

El conde de la Unión en el siglo pasado mandaba un regimiento, tenía un carácter duro y era justo. Examinando á un sargento para destinarle á reclutar gente moza por los pueblos, le dijo:—Suponga V. que yo soy un joven que se propone enganchar. El sargento le preguntó:—¿Quieres ser soldado? Vente conmigo, te vestirán, calzarán, darán buen rancho, tendrás sobras de tu paga, el trabajo poco y las muchachas al verte tan elegante se morirán por ti.—Sí, replicó el jefe que hacía el papel de mozo; yo sentaría plaza si no fuera por el mal genio del coronel.—El sargento listo y desvergonzado, añadió:—Cumpliendo con tu obligación, te c... en el conde de la Unión.

La anterior anécdota; cuando yo era subalterno ya no te-

nia aplicación. En tiempo del absolutismo, observando la ordenanza, estaba uno seguro de no ser atropellado por un superior. Ella previene: «Podrá llegar hasta Nos (el Rey), con la representación de su agravio.» El monarca hacía justicia.

En 1850 vi regresar á Barcelona la expedición que España mandó á Italia el año anterior á reponer á Pío IX en la silla de San Pedro. Hizo un mal papel. Sólo conseguimos que dijera un general francés no había visto mejor infantería que la española. Años más tarde, ayudamos á Napoleón III á conquistar la Conchinchina. Nos pagó con unos cañones viejos. Ni en sociedad deben tratar los que son menos, con los orgullosos y mal educados que se creen más en poder ó riquezas.

El 15 de Marzo nos embarcamos en una escuadrilla, que comparada con el *Isabel II*, único vapor que teníamos en 1843, era formidable. ¡Poesíamos ya veinte vapores! Mis compañeros me exhonaron del cargo de dispensero. Se hubieran quedado sin comer. No me condenaré por la gula. Orgullosos los oficiales de marina, lo pasamos mal. Cuentan que la mujer de un teniente de navío, llamó tantas veces á un capitán del ejército, oficial de tierra, que éste la preguntó:—¿Es de porcelana su marido?

En Alicante asistí á un desafío á muerte. Causaba horror ver la arena roja de la sangre de los combatientes. Sus cuerpos eran una llaga, se buscaban á tientas para herirse con encarnizamiento redoblado, hasta que uno de los dos cayó exámine. Una riña de gallos.

Anclamos en Cartagena. En la dársena se aparejaba el bergantín *Escipión*. Parecía una linda y esbelta joven que se mira al espejo. En los buques de vela hay poesía. Los vapores son horribles.

De Cartagena dicen: Mar sin pescado, monte sin leña y mujeres sin vergüenza. Lo inventaría algún oficial de la armada. Una señorita que visitaba un buque de guerra, preguntó á un guardia marina para qué servía el cabrestante.—Para afeitar á la marinería—contestó. El caballero que acompaña-

ba á la muchacha, le entregó una tarjeta que decía: «Fulano de Tal, capitán de navío.»

Desde el puente del vapor *Colón*, el 23 de Marzo de 1850, vi por primera vez el peñón de Gibraltar. La ignominia que pesa sobre España. A la izquierda se divisaba Ceuta. El 24 atravesamos el estrecho, que para ser nuestro, espera se fortifique la Punta del Carnero y Tarifa. Apareció en el horizonte una faja de plata. Cádiz.

El gobernador militar dijo que nuestro brillante batallón había sido destinado al campo de Gibraltar para contrarrestar la opulencia inglesa. Era andaluz.

Algeciras, con sus casas blancas, limpias, balcones y ventanas pintadas de verde, paseo y plaza alta, supera á muchas capitales de provincia. Las muchachas, bonitas, graciosas, se robaban unas á otras los adoradores. No podían pasar sin llevar un moscón que las hiciese ruido en la oreja ó que comiese hierro; así llaman hablar por la reja. En Algeciras era difícil por el traje distinguir á las señoras de las cursis, que entonces comenzaron á llamar á las que se empeñan en aparentar más que lo que son.

Pedí licencia, y me embarqué el 3 de Setiembre. Mientras un gaditano nos contaba á un inglés gordo, á dos escuálidos mejicanos y á mí sus conquistas amorosas, un canónigo catalán pronunciaba un discurso sobre el modo de salvar nuestras almas. También cantó, acompañado de un chico que le servía de criado, unos versos místicos con la música del *Congratulámini*. En Valencia vi trabajar á las pulgas industriales. Tiraban de un coche, de un cañón y sacaban agua de un pozo. La habilidad consistía en engarzarlas con un alambre finísimo de oro por entre la cabeza y el cuerpo. El 8 vi en Teruel las momias de los célebres amantes, en un armario de la iglesia de San Pedro. Si antes de morir de amor los hubieran dejado juntos y solos, no habrían adquirido tanta fama. Al hablar de ellos, cuentan, dijo un militar revolucionario, fanfarrón y necio: me gustó más la momia que el momio.

De Zaragoza á mi lugar se hacían entonces tres viajes en día y medio. Ahora se va en tres horas por el ferrocarril. De la capital de Aragón á la Casa Blanca en ómnibus; por el canal de Aragón en barco tirado por mulas á Gállur; y á Borja á caballo. Esta ciudad se halla situada al pie de un castillo, que debió ser colosal; sólo queda una parte hecha de argamasa, que levanta orgullosa la cabeza por encima de la población. Las pobres casas que rodean la mole, cuya vista me alegra el corazón, parecen nidos de golondrinas pegados á una pirámide truncada. Los edificios, conforme se alejan de la antigua fortaleza, son mejores; muchos de los que rodean la ciudad, como la casa donde nací, tienen hermosos huertos. Abracé á mi anciana madre. Unico ser que me ha querido en el mundo. Su recuerdo me conmueve siempre. En mi casa sólo vivían hembras. Mi madre, mis hermanas, las criadas, una gatita atigrada y dos docenas de gallinas moñudas. Parecía un convento de monjas. Mi presencia alteró la quietud, regularidad y silencio que reinaba. Se rezaba el Rosario, y mi madre jamás faltaba á misa mayor. Mi familia era religiosa sin gazmoñería.

A mi madre no le gustaban las visitas de los clérigos. Repetía que éstos no deben acompañar sino á sus madres, estudiar, consolar á los enfermos y enseñar la doctrina. Mi madre repartía las limosnas; el día de San Juan daba un pan á cada pobre; antes de la extinción de los frailes, á los prelados de los conventos de San Francisco y Capuchinos que por humildad llevaban la alforja al hombro, les echaba en ella por Navidad dos roscas, que al recibirlas decían siempre: «Muchas gracias, y las Pascuas.» Todo ha desaparecido.

Yo refería á mi familia en aquella época escenas militares aventuras narrables y anécdotas históricas. Las de la pérfida guerra de los franceses entusiasmaban á mi varonil madre. No debieron dejar uno, exclamaba mi hermana menor. La mayor pasó la vida sufriendo por todos; sensible y buena, sentía hicieran daño al prójimo, aunque fuera gabacho. Mi

hermano, ya casado, y yo nos parecíamos poco. Decían en mi lugar, de un vientre, pero no de un temple. Alto, pacífico, reflexivo, de talento, modesto, demócrata práctico á la aragonesa, absolutista teórico, á mis exaltaciones frecuentes y cuentos alegres, repetía siempre: «Disparates, disparates.»

A unos próximos deudos que, favorecidos injustamente por mi abuelo, se hallaban entonces en mejor posición que nosotros, sufría mi familia con resignación cristiana sus impertinencias. Yo no; les pagaba en igual cariño el ninguno que me tenían; de chico, si alguno me elogiaba, decía mi tío:—Sí, sí; tiene viveza ratonil. De grande, como yo servía en el ejército, mandaban los moderados, mi padre fué realista, mis primos, machos y hembras, eran progresistas furibundos, me odiaban; me burlaba de su sabiduría. Los parientes en segundo y tercer grado, suegros, yernos y cuñados pocos se quieren. Leí en un periódico que uno se escapó con su suegra y otro se suicidó porque murió su cuñada. Aunque andaluces los protagonistas de tales tragedias, sería mentira.

A las ferias de Borja, acudieron de Aragón, Castilla y Navarra docena y media de señoritas. Ahora, sin aumentarse la riqueza del país, se reúnen cientos que por el traje lo parecen. Hace poco admitió la Academia Española la palabra *cursi* en el Diccionario de la lengua. Aquel año llegó tropa á la expresada ciudad y un capitán me preguntó en el paseo.—¿Quién es aquella muchacha tan bonita?—Prima mía.—¿Y esa buena moza?—También prima mía.—¡Qué esbelto cuerpo tiene la que va delante! ¿La conoce V.?—Es mi hermana; le respondí.—¡Vaya! me dijo el militar; todas las guapas son parientas de V.

Como yo comenzaba á encalvecer, un labrador de Borja que me conoció de muy niño me dijo:—Antes era V. más galán. ¿Por qué no se compra V. una *peluquica*. Cuarenta años después otro de mi edad, exclamó:—¡Qué *acabadico* está V.! El no se había mirado jamás al espejo, se creía igual á cuando los dos éramos muchachos, y le chocó que yo hubiese enveje-

cido. Una contemporánea añadió :—V. siempre tan *jovencico*. Hasta entre los baturros ellas son más finas que ellos.

En Borja concurría yo á la tertulia de un pariente, capitán retirado, donde se reunían otros en la misma situación, casi todos procedentes de la guerra del año 8, viejos gruñones que se dormían ó pleiteaban. Uno era navarro; sólo hablaba de Juanito el de la Rochapea y de Mina. Nos contó que este fusiló la Constitución de 1812. El presenció la ejecución. Mandó el famoso guerrillero que un paisano colocase el mencionado código sobre una silla puesta en el centro de un cuadro formado por la tropa, y le hicieron una descarga. Después, Mina fué liberal; en política cada uno es lo que le interesa.

Mi deudo tenía un sobrino imbécil y feo. Para que se aficionara á la milicia, le hacía leer una táctica antigua y un diccionario francés sin principio ni fin.—Gregorio, le preguntaba uno de los retirados tan majadero como burlón, ¿no sientes en tu pecho ardores bélicos?—No, señor, respondía el muchacho. Sólo sentía gazuza; murió de capellán de monjas. El antiguo oficial tenía á gala aparecer basto, tipo no raro en Aragón entre gente fina. Era muy gordo, resbaló, cayó, y para que pudieran levantarlo dijo:—Doblarme las patas como á las caballerías. Poco antes de expirar exclamó burlándose:—¡Qué fortuna la mía morir rodeado de santas! Aludía al apellido de unos parientes que acudieron al olor de la herencia. Asistía también á la reunión un comandante andaluz, charlatán, que al oírme hay en el Museo Histórico de Versalles una pintura de tan poco mérito como lo que representa, la toma de la Isla Verde, pedrusco mal fortificado en la bahía de Algeciras, conquista que enorgullece á los franceses de 1823, dijo :—Me encontraba en ella con 20 soldados, no teníamos municiones, vimos acercarse varias fragatas enemigas, y como no podíamos correr por el mar, en una lancha nos largamos á Tarifa. Los veteranos de la guerra de la Independencia soltaron la carcajada al escuchar tan portentosa hazaña.

Uno de éstos, en la primera guerra civil llegó mandando



una columna á un pueblo del bajo Aragón. El jefe, alto, grueso, de largos bigotes, llamó á la puerta de la casa parroquial y gritó con voz estentórea:—¿Dónde está el cura? Como en Zaragoza habían degollado á los frailes, abrió el ama, aterrada y temblorosa; vió que el comandante mató una gallina en el patio, y la vieja á voces decía desesperada:—No baje V., señor vicario.—¿Cómo no? ¿Dónde está ese cura? repitió el jefe blandiendo el bastón, subiendo á escape las escaleras, lanzándose sobre el capellán que era pequeño, cogiéndole entre sus brazos. El ama, que tenía horror á los liberales, lloraba y gritaba:—Vecinos que lo mata; dejelo V., por la Virgen del Pilar, quedándose hecha una estatua al observar que el sacerdote y el militar se reían á carcajadas. — Chico, dijo éste, no nos habíamos visto desde que estudiamos latín; he dado un susto á tu casera matando una gallina, persuadido que me obsequiarías con ella.

Un paisano nos dijo, burlándose:—Jaime Ortega se pronunció en 1843 con varios perdidos, y lo derrotaron los nacionales de Zaragoza. Uno de los vencidos, decía al referirlo:—Eramos 19 cabos de presidio, y yo 21...—Seriais 20, le interrumpieron.—Yo qué sé; aun me *paíce* que me *encorre* un sastre con las tijeras abiertas.» El reaccionario sin saberlo, se volvió á sublevar el 48 por la república. Lo mismo da.

Formó parte del titulado *Ejército libertador del alto y bajo Moncayo*, compuesto de cuatro docenas de malos *chandros* (haraganes). Aunque aragonés, como era alpargatero, no había nacido para héroe. Tan formidable hueste se dispersó al saber la perseguía la tropa; á nuestro valiente le hizo efecto el miedo, tuvo que aliviarse de una necesidad mayor, y exclamó:—«¡Ca..., como ésta, ninguna!» Inventó un modismo, que repiten en Borja cuando sale mal algún negocio.

Otro de los veteranos, para probar el estúpido valor que se ha desperdiciado en nuestras guerras civiles, refirió lo siguiente: «Cuando el brigadier carlista Cabañero, en 1839, se

trasladó con alguna caballería de Aragón á Navarra, uno de sus soldados, natural de Borja, le pidió permiso para ver á su madre. Llegó á la referida ciudad en el momento que los nacionales estaban más alarmados por la proximidad de sus enemigos; se guardó la boina, se caló un sombrero, se embozó en la capa, ocultó el sable, entró en Borja por Capuchinos que servía de fuerte á los milicianos, le creyeron gitano, le preguntaron por los facciosos, atravesó el pueblo, dió agua al caballo en la plaza de San Francisco, y encargó á un labrador dijera á los *cuscos* (liberales) que José Tejadas se jo... robaba en ellos.» Se expuso á que el menor pedazo que de él hicieran fuera la oreja. El mismo oficial contó que Riego, el que se sublevó en 1820 por no ir á la guerra de la América del Sur, arengó en Borja desde el balcón de la casa municipal, y llamó zánganos á los frailes. Los del convento de San Agustín lo estaban oyendo; los realistas cantaban en 1823:

« Plaza del Campo del Toro  
un día predicó Riego,  
y los frailes exclamaron:  
¡Qué mal lo hace el majadero! »

Quiroga, otro de los héroes de la isla, fué capitán general de Aragón; los de *serviles* Borja quemaron un muñeco que lo representaba. Los *cuscos* berreaban después de la ominosa *en-*decada:

« Enterraron á Quiroga  
y le alumbraron con cuernos:  
ya llegó el día que floren  
más de cuatro p.... »

Yo les conté que un capitán murió de general, á cuya mujer que era de Borja, y muy hermosa, la requebró Fernando VII en un baile celebrado en Alcalá de Henares. En cuanto lo supo el marido, la metió en un carro y la mandó aquella misma noche á la capital de Aragón, temiendo las galanterías del monarca.

Que el general D. Pedro Villacampa, compañero de mi

padre en la guerra de la Independencia, contaba una de sus hazañas del modo siguiente: « En el segundo sitio de Zaragoza, pegué fuego por los cuatro costados á un convento que ocupaban los gabachos. Estos, al arrojarse por las ventanas *daban alaridos en francés.* » Del referido general, cantaban:

« Villacampa, campa, campa  
por el reino de Aragón;  
por el reino de Navarra  
campa Don Francisco Espoz »

Y que el cantar de la Epopeya de 1808 á 1813 que más gracia me hacía, era:

« Cuando Marmont volvió á Francia  
iba herido de un balazo,  
y su mujer preguntóle:  
¿No te falta más que el brazo? »

El 2 de Diciembre de 1851, dió Luis Napoleón en Francia el golpe de Estado. Como en la guerra de la Independencia decían:

« Tres sétimos nos quitó  
Bonaparte en un momento;  
Un rey, un Papa, y uno  
De los divinos preceptos »,

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONES DEL

temí que Napoleón III imitase al I. Protegió lo de la Rápita, para quedarse con la izquierda del Ebro. Los sétimos eran Fernando, Pío y el no hurtar. Los franceses se llevaron cuanto pudieron.

Fuí á Madrid en el coche diligencia con un abogado navarro que se enteraba por cuantos pueblos pasaba el número de conventos que existían antes de 1835, y la viuda de un capitán fusilado en Galicia en 1846, que ponía de ropa de Pascua á los aficionados á frailes. Me incorporé al batallón el 31 de Diciembre. Conduje soldados para Ultramar á Cádiz, recibí unos libramientos, los hice efectivos, estaba prohibido llevar caudales por mar y expuesto por tierra sin escolta; el gobernador de la plaza me dijo:—Debió V. adivinar lo que iba

á suceder; los oficiales no tienen previsión. De capitán general, ordenó en Madrid que los soldados no acompañasen mujeres que usasen pañuelo en la cabeza; sus madres y hermanas. Otro dispuso que las clases de tropa, al pasear, no se parasen en parte alguna. Las condenó á movimiento continuo. Para mandar, lo mejor es ponerse en el caso de obedecer.

En las juntas económicas, nuestro jefe preguntaba á los capitanes lo que les faltaba á sus compañías, mientras se pellizcaba las pantorrillas. Le contestaban, se metía las manos en los bolsillos de su chaqueta de lienzo, las sacaba cerradas, las abría, y decía: ¿Quiere V. corbatines? Tómelos. ¿Desea polainas? Aquí las tiene.

La noche que se quedaron á velar dos oficiales á un compañero que murió en Algeciras, se bebieron lo que contenía un tarro de Ginebra. Al oír la patrona que el licor les parecía muy flojo, exclamó:—¡Si era el agua caliente que puse en los pies del difunto.

La oficialidad de mi batallón convidó á comer á la del regimiento inglés número 67, de Gibraltar. El ayudante de este cuerpo creyó haber conquistado ú una muchacha cuyos encantos ni Byron podría describir. No publicó la aventura en la *Revista de Edimburgo*, porque las consecuencias fueron lamentables.

Un oficial, pesadísimo, con la cara como un tomate, me repitió cien veces: *Inglaterros ofisier masa borrachos que hispanis*. Otro, al observar que yo no bebía vino, me preguntó si pertenecía á la sociedad de la templanza.

En aquella época el ejército parecía bien por fuera. No tenía verdadera instrucción militar; mi batallón era de cazadores, rara vez hacía el ejercicio de guerrilla y jamás tiraba al blanco. Para adular al general, desfilaban los soldados sin armas, llevaban la mano á la visera del morrión saludando por compañías. El tipo de los coroneles era un andaluz, buen mozo y de chispa que entendía la farsa militar como nadie. A las pocas horas de llegar á Madrid con su regimiento, lo re-

vistó el capitán general; quedó admirado de no encontrar enfermos ni aspeados; los había tapiado en un cuarto; en otro halló á los barberos tocando la guitarra y cantando. Carritos tirados por ciervos llevaban el rancho á las guardias. Así se hacía carrera. El abanderado del batallón me dijo:—¿De dónde traen el queso de Flandes?—De Flandes.—¿Dónde está?—En Bélgica.—No he oído que haya belgicanos.—Ni yo tampoco, añadí. Al médico, tan panzudo como él, preguntó la manera de enflaquecer.—Tomando bellotas en ayunas—le respondió. Al mes el abanderado manifestó al doctor muy enfadado, que el remedio le producía el efecto contrario que deseaba.—Si lo supiera lo habría empleado en mí, replicó el Galeno.

El capitán cajero previno al abanderado que firmara el recibo de lo que había costado la albarda del mulo del batallón: lo verificó el subalterno y leyó: «Recibí de la caja 50 reales importe de una albarda para el que suscribe». Al oír las carcajadas de sus compañeros, exclamó:—Ya tengo un chaleco más.

Para jugar á la gallina ciega, taparon los ojos con un pañuelo á un alférez, y le advirtieron que había de conocer por el olor. Un oficial cogió á otro á cuestas que llevaba las bragas caídas, arrimó la parte donde concluye la espalda á las narices del alférez, recordó éste quién era el más gordo del batallón y dijo muy alegre de adivinar tan pronto:—La cara del abanderado.—Desde entonces á lo más carnoso del cuerpo humano llamábamos la cara del abanderado.

Desde Algeciras, siguiendo la costa de la bahía, después de atravesar los ríos Palmones y Guaderranque, llegué á la Línea de Gibraltar. Nuestro caros aliados los ingleses en 1811, durante la guerra de la Independencia, derribaron la fortificación que desde el mar de levante al de poniente cortaba el istmo que une á España el Peñón, y los castillos de Santa Barbara y San Felipe.—España debía fortificar la Sierra Carbonera, para barrer la bahía y destruir la plaza enemiga.—Siento no verlo.—A la Línea salían en el verano familias de

Gibraltar buscando aire fresco y puro. Los domingos multitud de gentes á pie á caballo ó en coche paseaban por lo que titulan tierra de España. Como si el maldito Peñón no lo fuera. La Línea, barrio de San Roque en 1851, tenía doscientos cincuenta vecinos. Si hubieran expulsado á los que defraudaban la Hacienda, no queda ni el cura. El destacamento se componía de una compañía; el resto del batallón guarnecía Algeciras y Tarifa; debía haber en el campo de Gibraltar lo menos una división para impedir que cuatro mil ingleses pudieran llegar hasta Sevilla. Es una vergüenza. En la Línea asistí á una representación dramática. El teatro lo formaban colchas y sabanas; el viento apagó las luces, y hubo escenas no previstas por el autor.

En San Roque se guarda el pendón del ayuntamiento de Gibraltar. Los notarios encabezan con la siguiente protesta los instrumentos públicos desde 1704. «En la ciudad de San Roque, donde reside la de Gibraltar por su material pérdida, etc.»

Gibraltar rebosaría de hebreos, donde ejercen los oficios más viles, si no los arrojasen de la plaza. Cristianos y moros los desprecian. Por eso son tan falsos y cobardes. Mucho se diferencian del noble y grave continente de los árabes. Los judíos beben el vino que ellos fabrican, y queda impuro si algún cristiano toca las vasijas que lo contienen. Yo lo tomaba á broma y las manoseaba. El rabino sacrifica los animales. No comen cerdo, conejo, liebre, pescado sin escamas ni duermen con su mujer en cierta época. El viernes guisan para el sábado la adafina. La de los ricos se compone de patatas, garbanzos, membrillos, huevos duros, patas de vaca, carne y arroz. La conservan veinticuatro horas caliente. El sábado no encienden luz ni reciben dinero. Para ellos será un martirio. Creen que el ángel malo, al cortar el hilo de la vida, limpia la espada y se lava las manos en el agua que encuentra más cerca del judío que acaba de expirar y la vierten. Celebran varias, Pascuas; ayunan sin comer ni beber en

todo el día. En bodas y circuncisiones hay hebreos que se arruinan. En la Sinagoga el rabino cubierta la cabeza con un manto blanco, desde la tribuna canta en hebreo y todos sin descubrirse responden balanceándose á compás. Las mujeres sólo van al templo en las grandes solemnidades y están separadas de los hombres.

Las judías ricas berberiscas usan pañuelo de seda y oro en la cabeza, chal blanco, saya de paño bordado y faja de seda. Las de Gibraltar visten á la europea. Si son casadas, para no enseñar el pelo sino á sus maridos, llevan peluca. En la línea paseábamos los oficiales de noche con las judías. Encargué á los centinelas que al echarnos el quien vive preparasen el arma y nos apuntasen. Los maridos, de miedo, nos dejaban solos con sus mujeres. Fastidiábamos á los que se acogían al odiado pabellón británico.

Desde la Línea de Gibraltar fuimos varios militares á visitar una fragata y un bergantín turcos, anclados en la bahía de Algeciras. Los oficiales de los referidos buques vestían á la europea; tenían aire poco elegante. Nos sirvieron café riquísimo en tacitas como dedales; un marinero llevaba cinco en la mano; la bondad del café consiste en echar mucho en poca agua; el que nos dieron estaba espesísimo. Con el comandante del bergantín no pudimos entendernos en inglés, italiano, francés y español; soltamos el trapo al oír á un teniente de carabineros que en aquel buque no se hablaba, sino que se ladraba. El buen turco se sonreía también sin comprendernos. La misma razón había para que nosotros supiésemos su lengua que él la nuestra; creyéndonos más civilizados, teníamos peor educación.

Una caravana de judíos de Gibraltar fueron á Algeciras para visitarme. Como los cacharros que había en mi casa se hallaban impurificados por haber contenido carne de cerdo, puse á su disposición mi asistente para que los obsequiase con los manjares que quisieran.—¿Qué han comido?—le pregunté.—He comprado una gran cazuela nueva, en ella han hecho

huevos revueltos con manteca de vaca, y se han atracado de pan, naranjas y dulces—me contestó. Un rico comerciante hebreo de Gibraltar se quedó en Algeciras en casa de su corresponsal, y no durmió en toda la noche al ver que había un crucifijo encima de la cama.

Sólo cuando uno es joven debe hablar ó escribir de amor. Se burlaban en Madrid de un general viejo que, pasando y repasando la calle de Alcalá, llegó á rebajarla medio palmo. Haciendo el avestruz, miraba derretido á un balcón. En refiriendo la siguiente escena, por lo que á mí toca, no volveré á mencionar al dios Cupido. Con Belona, Marte y las furias del averno, promovedoras de guerras civiles y revoluciones, tengo bastante para entretener ó aburrir á mis píos ó impíos lectores.

Propuse á una hebrea que vivía en un café de la Línea me recibiese en la habitación que dormía con su familia y siempre había luz. Idea irrealizable y desatinada. Me rogó por Dios que no la comprometiera. Salté desde el tejado al patio á las dos de la mañana y me encontré con un joven de la casa que me preguntó á dónde iba á tales horas.—En busca de aventuras—le contesté.—Yo, añadió—tenía una cita con una de las sirvientas de la hebrea, y me he fastidiado; duerme con su señora. Lo pobre nos oyó hablar y temblaba. La pasión nos convierte en bestias. La hermosa judía no faltó al Decálogo.

Cuentan que los israelitas se negaron á admitir la ley que Dios entregó en el monte Sináí á Moisés hasta que éste les prometió que en el sexto mandamiento se haría la vista gorda.

Se hallaban interrumpidas las relaciones entre Francia y Marruecos en 1852. Una de las familias hebreas acogidas al consulado francés de Tánger, refugiadas en Algeciras, pidió permiso para celebrar un casamiento según su ley. Desde 1492, que expulsaron de España á los judíos, no se había verificado ninguno. La víspera sacrificaron una ternera después de reconocida por el rabino y hubo baile en casa de la novia. El 21



de Enero se llenó la casa de judíos de Gibraltar, de los berberiscos, y de muchas algecireñas. La novia, con el traje de su país, llevaba descomunales zarzillos y varias sartas de aljófara. Tenía diez y seis años, color blanco mate, ojos grandes y negros. La sentaron en una silla baja, en medio de la habitación; la cerraron los párpados y dos hebreas casadas, ricamente vestidas, comenzaron á adornar la cabeza de la novia, mientras otras judías cantaban y bailaban acompañándose con panderetas y con unos platillos muy chicos colocados en los dedos que manejaban como las castañuelas. Siendo gran pecado que las casadas enseñen el pelo sino al marido, taparon la cabeza á la novia con un pañuelo de seda y oro, la colocaron una especie de corona de cartón forrado de damasco encarnado, galón de oro y perlas; la pusieron dos trenzas de seda negra, imitando el cabello; la pintaron la cara de blanco, los labios de rojo, las pestañas y cejas de negro, las uñas de amarillo y la hicieron varios lunares. La pobre, durante tan larga operación permaneció inmóvil. Si se hubiera sonreído ó hecho el más pequeño gesto, se deshonraría por su falta de pudor. Dos rabinos, cogiéndola por los brazos, la condujeron á un sillón que servía de trono, debajo de cortinas que formaban pabellón. El novio se colocó á su derecha, rezaron los rabinos, y dejaron caer al suelo una copa con vino del cual había bebido la madrina. Cuantos más pedazos se hace el cristal, más feliz será el matrimonio. Durante la ceremonia, las hebreas solteras chillaban ó fingían llorar. Los cristianos suponíamos sería de envidia.

Volvieron á llenar otra copa con vino, bebieron los sacerdotes, los padrinos, el novio y hasta el samá (sacristán). El novio puso el anillo á la novia, y el rabino leyó el acta ó contrato en hebreo expresando que el ceremonial se había ejecutado conforme á los antiguos usos y costumbres que sus mayores practicaban en Castilla. Los rabinos y los hebreos cantando llevaron en procesión á la desposada por la casa, la asomaron al balcón y la sentaron en la cama junto á su ma-

dre, que la entregó el marido. Este, joven, feo y desgarbado, quitó á su mujer el pesado adorno de la cabeza, menos el pañuelo que ocultaba el pelo. La infeliz abrió los ojos y pudo moverse á su gusto. Sirvieron te y pastas á los convidados; corrió velozmente entre ellos la noticia, por supuesto en secreto, que no podía consumarse el matrimonio porque la novia se hallaba en un período que según la ley mosaica impurifica á las mujeres hasta que se bañan en agua del tiempo; hacía frío, la muchacha se resistía, y por aquellos días la gente chusca preguntaba:—¿Se bañó la judia?

En Algeciras, como en muchas ciudades de España, se celebraron exequias por el capitán general de ejército D. Francisco Javier Castaños, duque de Bailén, que murió en Madrid el 24 de Setiembre de 1852, á los noventa y cuatro años de edad. Castaños gloria de España no intervino jamás en la política, como deben hacer los militares; no tuvo enemigos, y para todos es grata su memoria. De él se refieren infinitas anécdotas.

Fernando VII dijo á Castaños que había nombrado almirante á su tío el infante D. Antonio.—Señor; ¡qué cerote van á tener los ingleses al saberlo! exclamó el general.—Ese toisón que llevas, dijo Fernando VII á Castaños, es del conde de la Puebla del Maestre; lo conozco.—No tengo dinero para el borrego, replicó el vencedor de Bailén. Al volver á su casa se encontró con mil duros que le regaló el rey. Preguntó Fernando VII á Castaños:—¿Qué te parece la oficialidad de la Guardia Real?—Que si hay viruelas, se queda V. M. sin ellos, contestó.

Castaños iba con pantalón de verano en Enero; le dijo el rey:—¿Cómo tan fresco?—No he recibido todavía la paga de Julio respondió. Quiso Fernando VII mandar á Castaños á la guerra de América; como era muy anciano, replicó:—Estoy muy duro para pasado por agua.

Castaños, capitán general de Cataluña, mandó que los oficiales vistieran siempre de uniforme; vió á uno de paisano, y

al negar pertenencia al ejército:—¿No ha vuelto V. la cabeza al oír señor capitán?—le preguntó el general.—*Yo ser capitán greco* replicó. A Castaños le hizo gracia, y no le arrestó. En el verano Castaños decía á los oficiales de guardia que convidaba á comer:—Desabróchese V. la casaca, siempre que lo permita el estado de la camisa.

Antes de la guerra de la Independencia, Castaños mandaba en el campo de Gibraltar. En Algeciras envió un ayudante al prior del convento de la Merced suplicándole no tocasen las campanas á vísperas porque le impedían dormir la siesta. El prelado contestó que era imposible variar la regla de la Orden. El general dispuso que el regimiento que se alojaba en el cuartel de escopeteros á cuyo patio daban las ventanas de las celdas del expresado convento, que á la hora que los frailes dormían la siesta tuviesen instrucción los tambores. Ruido tan infernal no les dejaba pegar los ojos; el prior se quejó á Castaños, que le replicó no podía variar la regla de la orden.—Si á V. E. le parece—añadió el prelado—en adelante no tocaremos campanas ni tambores.

Para celebrar la jura de la princesa de Asturias, advirtió Fernando VII á Castaños que como presidente del Consejo debía dar alguna fiesta.—El duque de Bailén todo lo repartía á los pobres, y le contestó que no tenía un ochavo.—El rey mandó que entregasen en secreto al general una buena cantidad. El ministro al comunicárselo á Castaños puso por nota en el oficio. «Ya lo saben, el rey, V., yo, y las lavanderas.»

Dijeron á Castaños llevaba muy raída la casaca; y contestó:—Nunca la he vuelto.

A excepción de los sacerdotes y el duque de Bailén, Fernando VII á todos trataba de tú. Un día que el rey le dijo que dispusiese del palacio como quisiera, replicó Castaños: «Hábleme V. M. de tú; cuando en mi casa me hablan de V., malo va el cuento.» Trataban en el Consejo, presidido por Fernando VII, si reconocerían á Luis Felipe, y exclamó el ministro de la Guerra Zambrano:—Con cuatro regimientos de caba-

llería llego hasta París.—Sr. D. José, le dijo Castaños, si emprende el viaje, le haré algunos encarguitos.

Los exaltados de 1820 dieron una serenata á Argüelles. Castaños, que vivía en frente, dijo á sus contertulios:—Si son liberales, me cantarán después el trágala y les daré de beber para que griten con más fuerza. Así sucedió. Los bullangueros pensaban mortificar al general; no lo consiguieron.

Castaños, al llegar á una población, se presentaba al comandante de armas, aunque fuera alférez, como prueba de respeto á la autoridad. Lo mismo harían ahora los de su clase.

Castaños y Zambrano, al sentarse en un banco del salón del Prado, encontraron escrito lo siguiente :

« El ministro de la guerra  
y el vencedor de Bailén  
descansan en esta piedra.  
Requiescant in pace, amén.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Concurría á casa del duque de Bailén un militar de los pacíficos, que llevaba el pecho lleno de cruces. Castaños le preguntó :—¿De dónde son?—Mi general, de varias retiradas.—Le falta á V. una; la de mi casa.

Hicieron á uno duque, y al felicitarle el general Castaños, replicó que el rey le había concedido el título sin haberlo solicitado ni quererlo. El vencedor de Bailén, señalando á una condecoración otomana que lucía su compañero, le dijo: «Eres turco; no te creo.»

Sólo deben erigirse estatuas á los que han defendido su patria; no á los políticos, civiles y militares, que la han destruido. Todavía no la tienen en 1896 Castaños, Palafox, Álvarez, ni el capitán de infantería D. Vicente Moreno, que se dejó ahorcar por no reconocer al intruso D. José Bonaparte.

Me embarqué para Ceuta en un jabeque. Desde el mar es lindísima. Sus blancas casas, rodeadas de jardines, forman un precioso panorama. Entré en Ceuta la nueva, por una puerta á cuyos lados sostienen dos leones las armas de España y Portugal. Uno debía ser el escudo de ambas naciones.

Visité el barrio de los moros. De la compañía de mogataces, sólo quedaban seis. La hija del capitán Almanzor era guapa. Recorrí la iglesia de la Misericordia, edificada en 1492, el parque de artillería, la catedral concluida en 1726 y la Virgen de Africa, patrona de la ciudad. En la torre de la cárcel, existía una piedra con la cual una mora mató á un capitán portugués en 1574; en la muralla real, llena de balazos, hay una inscripción que dice estuvo la plaza sitiada por los moros desde 29 de Octubre de 1694 á 18 de Marzo de 1727.

Ceuta es población muy limpia. La calle Real tiene el pavimento de mosaico.

La llegada de una joven á Ceuta era un acontecimiento. La hija de un coronel supo que las muchachas africanas la criticaban. Para burlarse de ellas, mientras permaneció en la ciudad, usó vestidos de percal de dos reales vara, y se abanicó con una caballa de cartón, porque en Ceuta el referido pescado lo comen las cursis.

Había en mi batallón un alférez con más pulmones que un caballo. Marcaba el compás del paso á los soldados con voz hueca y esténtorea: uno, dos, tres, fuera. Cuando se cansaba repetía el capitán tísicorematado, uno, dos, tres, fuera, con voz atiplada; para que el otro continuase, añadía:—Música, música, música.—Me ponía nervioso oírles, no podía mandar mi compañía. Un cabo encargado de la limpieza del cuartel, observó que los presos se hacían el remolón para tomar las escobas; echaba por la reja del calabozo tantas, menos una, como individuos había en él; como le pegaba una paliza al que salía sin ella, se daban pescozones por cogerlas en el aire. Decía un oficial andaluz, que para comer de prisa, mandaba al asistente cargar el fúsil con pólvora en lugar de bala, ponía los manjares, le apuntaba á la boca y disparaba. Yo, y no es cuento, desde la calle silbaba un toque de guerrilla; mi asistente, al oírlo, echaba un par de huevos en agua caliente, me metía á escape en cama, me los bebía y dátiles me servían de postre. Concluía en un santiamén.—Se ha perdido una servilleta, me

dijo el asistente.—Bueno.—Al acostarme apareció. La había llevado todo el día dentro de los calzoncillos, sin averiguar la causa de incomodarme un cuerpo extraño. Llegó á mi batallón un teniente buen mozo, que no se sentaba para no hacer rodilleras en el pantalón. Rara vez despegaba los labios, respondía con monosílabos, arqueaba las cejas, se daba importancia y lo considerábamos un ente superior. Llevaba reloj de oro, prueba de rico ó cuco; lo conservaba envuelto en un paño; quise verlo, lo abrí, y dijo el oficial muy alterado:—Cuidado con el *ménutero*.—Metió la pata.

Destinaron al batallón un comandante que llevaba al asistente muy bien vestido de paisano. Le encargó su amo averiguase la clase de tabaco que fumaba el teniente coronel; los ordenanzas creyeron por el traje que era algún señorito. El jefe le preguntó el objeto de la visita; el soldado, aturdido, contestó que saber la clase de cigarros que gastaba: aquél le dió uno, insistiendo en que lo encendiera; al enterarse era asistente, ó escudero, y no caballero como creía, echó á patadas al pobre que no tenía la culpa de la equivocación. Una barbaridad.

Como en provincias usábamos levitas con mangas estrechas, decía el primer jefe del segundo:—Si creerá que por venir de Madrid, y tener las mangas más anchas, sabe más que nosotros. ¡El sí que tenía la manga ancha! Al comandante lo relevó un buen sujeto. Pasaba por delante de la reja del calabozo del cuartel, oyó que un soldado condenado á presidio le gritaba: «Apelo»; no entendiendo lo que el preso deseaba, dijo al ayudante:—Que lo pelen.

Por el ilegal fondo particular, algún particular solía trárgárselo, dejaron de reemplazo al teniente coronel. Ilegalmente, como sucedía en aquellos tiempos, le ascendieron á coronel.

¡El que le sustituyó sí que era particular! Daba quince, y falta á su antecesor. Salimos de Málaga y entramos en Malagón. El nuevo jefe nos dijo que no pensaba agradar; lo cumplió. Haciendo aspavientos, gritaba con voz chillona á la tro-

pa:—Nada de remolinos; que el movimiento venga por el lado del fusil; los ojos á la altura de la vista; las puntas de las bocas de los cañones perpendiculares; vamos hacia atrás como los caracoles; los soldados deben *ribalidar* unos con otros; en un batallón de cazadores creía encontrar oficiales de punta; el único que sabe soy yo. Era tratarnos de cuadrúpedos. A un alférez dijo:—Haga V. entender á su capitán que es un ignorante. Dispuso que unas monedas falsas que habia en la caja se cargasen á los gastos de reducción y conducción, y añadió sonriéndose:—Yo las pasaré.—Me vienen á mí con líneas, decía, como si yo no supiera la aritmética.—En una revista de comisario, mandó:—Señores oficiales, banderas, sargentos y tambores, aquí no hay tambores, á las cabezas de sus compañías. Au, u, u, u, u.—Como tenía la pasión del dinero, y la reina Cristina pasaba por muy rica, decía: «¡Ojalá fuera yo reina madre!» En tal caso no envidiaría al duque de Riansares, pensaba yo.

A Gibraltar iba de uniforme, en el mulo del batallón, con su asistente á las ancas. El papel viejo lo cambiaba por fruta; se quedaba con las muestras del tocino, garbanzos y patatas que presentaban para el rancho. Llevó dos meses sombrero apuntado, esperando un morrión viejo; prohibió fuéramos los oficiales de gabán, hasta que le regalaron uno. Se acostaba al anochecer, no encendía luz, sus muebles eran una mesa de provisión y cuatro sillas del cuarto de banderas; el asistente guisaba con el aceite que correspondía á la guardia de su casa, y se mantenían con lo que le abonaban por la ración del caballo. Merecía comerla en especie. Abría las cartas con cuidado, las leía, cerraba y devolvía á la administración para no pagar el porte: no había sellos. Al oficial que le regalaba, le estampaba nota de sobresaliente, aunque fuera un animal. Dispuso que los sargentos hicieran el manejo del arma confundidos con los soldados, y exclamaba riéndose:—Ellos dirán, ¡cómo nos joraba el teniente coronel. Oí ser lo más pesado el contar dinero ajeno y dormir

con mujer propia, y pregunté:—Qué gusto saca nuestro digno jefe en manosear las monedas que entran y salen de caja?—Se chupa la porquería que le queda en los dedos,—me contestaron. Para que el batallón no se sublevara, le quitaron el mando. Debieron echarle con cajas destempladas. Antiguamente, cuando la justicia expulsaba á un vecino por malo de la población, lo sacaban fuera de la puerta tocando tambores desordenadamente. El tal jefe era brigadier al año y medio, sin otras hazañas que las apuntadas en esta verídica historia.

Aquella época fué la más inmoral que he conocido en el ejército. Tan escandaloso nombramiento dió origen á que se acordase en Consejo de ministros los ascensos á oficiales generales. Muchos años después le encontré en Madrid; ambos teníamos igual grado; sin pararse me preguntó:—¿Aún es V. capitán? No le contesté: él se reiría de mi mala suerte. Supe que inventó aguar el agua. La que bebían los operarios que le edificaban una casa, costaba cara porque la traían de lejos, y la mezclaba con otra salobre que servía para la obra. Se parecía al licenciado Cabra que pinta Quevedo. Era largo sólo en el talle. El dómine se quedó chico. Cervantes dice: «Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces.» Le relevó en el cuerpo un caballero instruido, firme en el mando, que se hacía querer y respetar. De los buenos hay poco que hablar. Más conocido es Nerón que Antonino Pío.

En Algeciras, un teniente, ayudante de plaza, que había sido fusilero de Aragón en los sitios de Zaragoza, me dijo:—Paisano, ¿V. quiere ver á la famosa Agustina Zaragoza?—Se embarca ahora mismo para Ceuta.—Pensando en mi madre, que ya manifesté acompañó seis meses por las montañas de Albarracín á mi padre cuando peleaba contra las tropas del vil Bonaparte, corrí á la punta del muelle. La célebre heroína se encontraba en la barquilla que la iba á conducir al jabeque, buque ligero de vela que servía de correo. Muy pocos



instantes contemplé á la artillera. No he olvidado su noble fisonomía. Era alta, morena, de ojos hermosos: tendría unos sesenta y cinco años. Murió en Ceuta el 28 de Mayo de 1857, donde vivía con su hija. La capital de Aragón conserva sus restos. Agustina Zaragoza Domenech tenía amores con un sargento de artillería. Le mataron en la batería de la puerta del Portillo, durante el primer sitio de la inmortal ciudad... «Agustina, dice Palafox, ciega de cólera, arrancó la mecha de manos de su amante, y jurando vengar la muerte de éste, se abalanza al cañon de 24 que servía, y le da fuego. Yo fui testigo de aquella escena en el momento que llegaba á la batería que estaba cubierta de los cadáveres de más de 50 artilleros tendidos por el suelo, y presentando el espectáculo más desgarrador. La premiaron en 1809 con el grado y sueldo de alférez.» En Inglaterra la erigieron una estatua. En Zaragoza deben levantar un monumento á Palafox, Agustina, la condesa de Bureta, el tío Jorge y el clérigo D. Santiago Sas, alevemente arcabuceado por el feroz Lannes. El pueblo entero en lucha contra el pérfido invasor.

Me alegré dejar el campo de Gibraltar. La vista del Peñón me exaltaba. Aunque dista dos leguas de Algeciras, cuando sopla el Levante, se oye en ésta la retreta de los ingleses y los cañonazos del *Hacho* hacen mover los cristales de los balcones. ¡Que no se hundiese ese maldito monte, lo tragase el mar, y se ahogasen hasta las monas que en él se crían! Al entrar yo en la plaza que nos robaron en 1704, el mirlo de un zapatero silbaba la jota. Pregonaba que es tierra española. Por primera vez oí su nombre á un labrador viejo de Borja: se encontraría en el último sitio de Gibraltar, que cantaba:

«Si el Peñón de Gibraltar  
fuera de tocino magro,  
ya se lo habrían comido  
los soldados de á caballo.»

Poseo una caja de rapé, de concha, en cuya tapa hay una estacada de madera incrustada sobre una plancha de oro, gra-

bado en ésta el monograma de Carlos III y la inscripción, «Testimonio del hispánico valor. De la estacada de Gibraltar en 30 de Septiembre de 1780.» Cogieron una estaca junto al foso de Gibraltar y el monarca mandó hacer la referida caja.—Me costó diez y seis años de terquedad aragonesa el adquirirla.

El 5 de Febrero de 1853 desembarqué en Cádiz. En ella me contaron que una señora prometió á la Virgen, si su hijo, oficial de marina, se había salvado en un naufragio, pagar una misa de á duro, pidiéndolo de limosna por las calles. Acto sublime que sólo se comprende en una madre, tanto más meritorio cuanto la dama era muy orgullosa.

En dicha ciudad mandé el piquete de una procesión de Semana Santa. A las once de la noche comenzamos á marchar. Como todos los cofrades querían pasar por su calle, á las ocho de la mañana siguiente me relevó otra compañía de cazadores. Me desesperé. A medio día vi seguía su curso la procesión. No hay espectáculo sin tropa, pero nadie tiene derecho á mortificarla inútilmente.

En Cádiz dormitaba yo á media noche en el cuerpo de guardia de la cárcel. Me avisó el cabo que un paisano deseaba hablarme. Entró un viejo canoso, alto, flaco como un esqueleto, en mangas de camisa y calzoncillos, cuya extraña facha se destacaba sobre la capa negra que le caía de los hombros.—Soy, me dijo con voz cavernosa, el ejecutor de la justicia.—Di un paso atrás; jamás había hablado con un verdugo ni visto de cerca. Casi á oscuras me causó horror, creí que soñaba, tuve miedo al siniestro personaje, llamé á gritos al cabo de guardia, cuando se presentó, me tranquilicé y pregunté á la espantosa visión:—Pronto, ¿qué quiere V.?—Señor; habito en una casita junto á la cárcel, los centinelas se burlan de mí y maullan imitando al gato; aluden al oficio que he ejercido hasta que me jubilaron.—Marchese V.; lo evitaré.—No me pasó el susto hasta que salió el sol. Al invicto emperador Carlos V le dijeron había quien no tenía nunca miedo y replicó:—No habrá despavilado una luz con los dedos.

En Cádiz, de guardia en el castillo de Santa Catalina, me acosté. Sentí que me hervía la sangre y palpitaba con fuerza el corazón. Comprendí que me moría asfixiado. Luchó la poca inteligencia que me quedaba con la paralización física, hice un esfuerzo, salté de la cama y me salvé. Olvidé lo que me pasaba, abrí la puerta pregunté la hora al centinela y caí sin sentido. Se purificó el aire con el que entraba por una ventana que daba al mar, y volví del desmayo. En 1888 murieron en el indicado cuerpo de guardia un alférez y un perro asfixiados por el tufo de un brasero.

El 18 de Abril del 53 entramos en Sevilla. El periódico más filibustero de los Estados Unidos cuando la expedición del traidor Narciso López á Cuba era *El New-York Herald*. Lo odiaba. Al ver un número pensé: «Siento no saber el inglés para enterarme de lo que dice este papelucho.» Me distraje, dirigí los ojos al diario, comprendí lo que contenía y quedé admirado de mí mismo porque traducía la lengua de Shakespeare sin haberla aprendido. Volví á mirar al periódico, y le pegué un puñetazo. Se hallaba impreso una columna en inglés y otra en francés. Esta última era la que acababa de leer.

Nos refirió un teniente que en la primera guerra civil á su asistente le enseñó á leer y escribir. Consiguió lo hicieran cabo y sargento. Cambió de regimiento, y al finalizar la guerra carlista destinaron al cuerpo en que servía, á su asistente, de alférez. Este se hizo el desconocido, y porque supo que su antiguo amo decía había sido su criado, le desafió. Reunió la oficialidad el teniente, arrojó un guante y añadió:—El que dude de mi valor, que lo recoja. Me batiré con todos menos con el que ha sacado de mi alcoba lo que no puede nombrarse.—Al ingrato y necio lo echaron del cuerpo.

En Sevilla eran vecinos un pobre capitán retirado á quien no le pagaban la pensión y un marqués muy rico. Siempre que se encontraban en la calle, el militar se empeñaba en dejar la acera al prócer. Murió éste, y legó al capitán diez mil duros en recompensa de haber sido tan fino con él. La buena

educación se aprende de niño, en casa, no en la milicia, ni en los libros. Hay sabios soeces.

En Sevilla nos revistó el conde de Mirasol. Al llegar á la compañía que yo mandaba, preguntó:—¿Quién es el capitán? Es la mejor del batallón.—Servidor de V. E. No se me debe á mí sino al teniente encargado de ella, contestó Ohagan, que hacía de comandante interino. La mayoría de la humanidad se callaría en igual caso. El irlandés y yo, aunque de ideas y gustos opuestos, nos queríamos. El sargento primero se jugó el dinero de la compañía; el capitán era el responsable, nunca tenía un cuarto, y le saqué del apuro.

Siendo general el conde de Mirasol, refería sonriéndose, que al sorprender los carlistas de noche en Descarga á Espartero en la primera guerra civil, le cogieron prisionero, y como era de corta estatura, creyéndole un tamborcillo, le soltaron, arrimándole un puntapié.

*(Se continuará.)*

## LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO <sup>(1)</sup>

VI

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

**S**i el tiempo es el único calmante del dolor, justo es dejar el espacio de algunos años entre la clausura de los salones de la condesa del Montijo, á causa de la enfermedad mortal de la duquesa de Alba, y la reapertura de aquel centro de animación y placeres, para dar entrada en el gran mundo á que por su cuna les tocaba pertenecer, á las dos jóvenes hijas de aquella ilustre dama. Antes de celebrar este acto con todo el atavío y pompa que era tradicional en aquella morada, la primavera de 1866 sirvió como de prólogo á otra serie de sucesos, los cuales, en medio de su representación especial, constituyen parte de la historia de que hemos sido aun la mayoría de los que vivimos ó actores ó testigos, unos conciertos clásicos-sagrados en el palacio de la plazuela del Angel, en que simultáneamente tomaron parte artistas de afición de la clase que por derecho propio concurría á este género de reuniones, y los más aventajados artistas de oficio que trabajaron de temporada en el teatro Real. De las jóvenes damas de Madrid que habían desplegado dotes supe-

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Enero, pág. 88; de Febrero, página 100, y de Marzo, pág. 5.

riores para el canto en la intimidad de sus relaciones, llevaban á la sazón la palma Elisa Luján, Elena Prendergast y Clara Nueros, á las que se unía la baronesa de Hortega, de cuya habilidad y maestría habían llenado en la corte todo el ámbito de la más grata reputación. Todas tenían franqueados los umbrales de la casa del Montijo, y todas tomaron parte aquella primavera en sus conciertos sacros, y al otoño siguiente, en el teatro de la quinta de Carabanchel, en la representación de las piececillas músico-cómicas con que Eusebio Blasco había introducido en los teatros de Madrid el género bufo francés españolizado. El primero de aquellos conciertos, y como ensayo del posterior, se verificó el domingo 6 de Marzo, dirigiéndolo Inzenga. Ejecutaron piezas de canto la baronesa de Hortega, Elisa Luján y los caballeros Oliveres, Bouché, Woodhouse y Gualland, todos artistas de nuestro gran teatro lírico-italiano. Aunque en plena Cuaresma, después de la música sagrada se dió aires á la profana, y hubo canciones andaluzas y jotas aragonesas y danzas americanas, con algunas romanzas francesas é italianas. Aunque de ensayo, á aquel concierto asistió un respetable público de las grandes familias y notabilidades de toda especie, que eran admitidas á la amistad de la madre de la emperatriz Eugenia, aunque el mayor concurso se reservó para el *Stabat Mater*, de Rossini, que se cantó el día 11. Inzenga acompañaba con el órgano, Peña con el piano, y la dirección del coro estuvo confiada al maestro Moderati. Aunque se esperó que en aquel concierto tomarían parte Tamberlick y la Nantier Didié, se excusaron; pero no así Woodhouse y Gualland, que hicieron las partes principales con Elisa Luján, la de Hortega y Oliveres. El coro, un coro de ángeles, estaba formado de la condesa de la Nava del Tajo, Enriqueta Cabarrús, que en todo procuraba suplir el papel que antes representaba la duquesa de Alba, de modo que á su ilustre madre no la acibarara su recuerdo; las demás coristas eran las dos hijas de la condesa de Fuentes, una de las de Patilla, las del vizconde de Soveral, Sofía Bessó, actual mar-

quesa de Dos Hermanas, Purita Alaminos, y las señoras y señoritas de Claramonte, de Alvear, de Lasquetti, de Gabriel, de De Gabriel y Ruiz de Apodaca, de Carvajal y de Ros de Olano. De público no hay que decir: todo el que inundaba aquellos salones seis años antes y todos los nombres nuevos que había arrojado al gran mundo el movimiento activo de la vida y la mudanza de los destinos humanos. No estaban los príncipes de Garitzin, ministros de Rusia; pero estaban los príncipes de Wolkousky; no estaban los señores de Turgot, embajadores de Francia, pero estaban los de Mercier de Lostende, y con ellos las Xiquenas, las Rubianes, las Sástago, las Monistrol, las Guendulain, las Roca, las Torrejón, las Carriquiri, las Viluma, las Sessa, las Carlliez, las Bassecourt, las Hoyos y Manzaneras, las Dampierre, las Etling y tantas otras. A heroína del canto en el *Inflamatus* del *Stabat Mater* se elevó Elisa Luján, para quien fueron todos los plácemes de la noche. El coro de hombres fué también muy celebrado, y de él formaban parte Carlos Caro, Tónico Romrée y el conde su hermano, el conde de San Martino, Juanito Nieu-lant, Muratori, Pignatelli de Aragón, Canga-Argüelles y otros pollos de la primera flor.

Un concierto sobre la base del *Stabat Mater* en una casa donde una madre angustiada apuraba sin alivio el cáliz de un dolor tan acerbo, aunque al parecer lejano, de la pérdida de aquella hija adorada que era el mayor ornamento de aquellos salones que volvían á abrirse á los placeres fugitivos de la sociedad, prestábase, en medio de los frívolos atractivos del exquisito buen tono, á consideraciones de la reflexión más honda. ¡Qué recuerdo tan dulce, aunque velado bajo la máscara de una animación ficticia! Aquella era indudablemente la embriaguez suprema de un dolor intenso é inextinguible que se gozaba en su propio padecimiento. Pero no fué sólo aquel concierto lo que la condesa del Montijo ofreció en la primavera de 1866 á la sociedad elegante de Madrid. Aun poniendo bajo aquel mudo y elocuente lenguaje más determinadamente los

puntos sobre las ias, á los pocos días, pasada la Semana Santa, la Semana del eterno dolor, volvió á invitar para el 1.º de Abril á sus amigos. ¿A qué? ¡A un baile de niños! pues el primer baile que, después de su luto, daba una dama tan distinguida y una madre tan amorosa, no podía ser sino en honor de sus dos nietas, las duquesas de Galisteo y de Montoro, huérfanas que había dejado la de Alba. Nadie había visto hasta entonces lágrimas más sinceras disfrazadas de placer, bajo aquel torbellino de luz, de alegría, de compases, de movimiento, de trajes, de colores, de placer y de vida que reflejaba un espectáculo de este género. Allí faltaba una luz prematuramente malograda y extinguida; pero la anciana deidad que guardaba no podía negar aquel Olimpo de su grandeza á los nuevos astros partidos de aquel, que comenzaban á alborear.

Mientras los duques de Híjar, pensando en la distracción del verano que se aproximaba, inauguraban el 15 de Abril su *teatro casero*, de que era conjuntamente la joven duquesa encantadora empresaria, directora y primera dama, con el propósito de trasladarlo después durante los rigores del estío á la bella posesión que tenían camino de Hortaleza, la condesa del Montijo hizo una corta ausencia de Madrid, acompañada como siempre de su sobrina Enriqueta Nava del Tajo, Elena Prendergats, el marqués de Cáceres y hasta doce amigos más. La muerte de la duquesa de Alba había hecho que se paralizaran las obras de restauración que bajo la dirección del arquitecto Sureda había emprendido algunos años antes en el castillo de Belmonte, junto al pueblo de este nombre, de la provincia de Cuenca. Era esta una hermosa fortaleza del siglo XIV, construida por el maestre de Santiago, D. Juan Pacheco, uno de los ascendientes de la casa del Montijo, y la condesa y su hija habían puesto sumo empeño en volverlo á la vida señorial de sus antiguos moradores. En Belmonte fué la condesa recibida por todo el pueblo con el homenaje entusiasta y bullicioso con que en todas las multitudes se expresa juntamente el amor y el respeto, y en Madrid mismo creyeron algunos que la noble



dama había hecho aquella expedición para preparar en Belmonte residencia para el verano. Pero la condesa del Montijo nunca pensó así: amaba con pasión á Madrid, y nunca creyó alejarse más allá de los términos de su quinta de Carabanchel. Antes de empezar Mayo se había restituido á la corte y después de San Isidro se instaló en esta posesión.

La primavera de 1866 fué en Madrid trágica y sangrienta. Los cinco años de libertad y de prosperidades que al país había dado el largo gobierno del general O'Donnell, ilustrado además con los laureles de África, no ofrecieron larga tregua á las enconadas pasiones de los partidos políticos. Si los ideales del progresista histórico habían quedado anticuados y sostenidos sólo por una tradición tenaz de familia y los intereses de un corto número de personas, en cambio la joven democracia avanzaba de día en día, había refrigerado los númenes de la libertad, traía la misión de completar una larga y profunda evolución histórica, é impulsaba á todos los matices exaltados por los caminos de la revolución. Desde que los progresistas desertaron del Parlamento y se constituyeron en el Aventino de su proscripción, la revolución estaba prevista como un hecho inevitable. En París, el emperador Napoleón, recibiendo al marqués de la Habana por embajador de España, le expresó que de la reina Isabel II dependía el giro de los sucesos. ¡Ah! ¡No sabía él que, como á su preclaro tío, la suerte de España estaba ligada á la suya. Olózaga, entre tanto, segunda vez irreverente con la corona, le arrojaba el guante de desafío. Fernández de los Ríos formulaba la inaceptable fórmula del *Todo ó nada*. Rivero, Castelar y García Ruiz se colocaban en la vanguardia de la democracia pidiendo la república, y Prim manchaba los laureles africanos á que O'Donnell le había invitado levantándose insurrecto en los montes de Toledo, y no dejando, perseguido, la cuenca del Tajo hasta internarse en Portugal. Todos estos sucesos, que habían llenado los cuatro últimos años, eran preludios inminentes de más audaces tentativas, y, en efecto, éstas se pro-

nunciaron en el mismo Madrid, casi á las puertas del alcázar real, mandando O'Donnell y ofreciendo, como antes de él habían ofrecido olivas de paz á los progresistas Miraflores en 1863 y Arrazola, Mòn y Narvaez en 1864. El hecho fué la bárbara insurrección de los sargentos de artillería del cuartel del San Gil, los cuales, el 22 de Junio de 1866, estimulados por viles fanatismos, cobardemente y cogiéndoles desprevenidos, quitaron la vida á sus jefes y oficiales, completamente ajenos á la traición que contra ellos se había tramado, descansando en la confianza que los de este cuerpo, siempre leal y distinguido, abrigaban en el amor y respeto que sus subordinados les tenían. Aunque el castigo de aquel suceso se ahogó en sangre; aunque todos los que habían sido palanca del motín criminal habían logrado salvarse en la proscripción al extranjero de las sentencias de muerte fulminadas contra ellos por los tribunales; aunque á la confiada imprevisión del duque de Tetuán sucedió de nuevo un gobierno de fuerza presidido por el duque de Valencia, ni la corona quedó indefinidamente garantida, ni garantida indefinidamente la paz social. Aunque bajo los placeres de los espectáculos públicos en los Campos Elíseos los victoriosos del terrible 22 de Junio querían disfrazar sus propias desconfianzas, ello es que en el fondo de la sociedad quedó un malestar visible y el temor de días más ó menos próximos y lejanos, pero de cualquier modo lúgubres y sombríos para todo y para todos.

Aunque la madre de la emperatriz Eugenia tenía proyectado abrir espléndidamente sus salones en el otoño próximo, ella, esencialmente española, aunque tuviera una hija soberana de un país vecino, amante de la reina Isabel hasta la ternura, se apresuró á echar entre el trono amenazado y el influjo de Francia, el cable que á ella le unía apasionadamente con la casa imperante. Sirvióle de pretexto para invitar á la sociedad escogida que en Madrid había quedado de las expediciones acostumbradas del estío á su quinta de Carabanchel, la llegada á la corte de S. A. la princesa Leonor de Salm-Salm y de Lowenstein-

Vertheim-Rosemberg, duquesa de Osuna, acompañada de su hermana la condesa de Salm, que, después de su matrimonio con el más suntuoso de nuestros antiguos próceres, no había visitado á España. Era entonces la aún duquesa viuda de Osuna y del Infantado, no solamente una de las damas más notables del Norte de Europa como miembro de la más antigua aristocracia alemana, sino un tipo clásico de esas bellezas septentrionales que forman, en medio de la esplendidez de su raza, el contrapuntal del que producen nuestras tierras meridionales, nuestros países del sol. Su llegada á Madrid fué una verdadera novedad, y la propia emigración de nuestras familias más distinguidas en esta estación del año, justificaba más el halago de la madre de la emperatriz Eugenia hacia la que en aquellos momentos se supuso por algunos que traía una misión especial de apoyo para la reina Isabel de los emperadores de Rusia y Austria y del rey de Prusia, cuya influencia siempre ha sostenido la ponderación política en esta parte del continente.

La recepción especial á la princesa de Salm-Salm se verificó en Carabanchel el domingo 19 de Agosto; el 25 hubo otro baile mitad de niños, mitad para la juventud, á que del mismo modo fué invitada la hermosa aristócrata y su hermana, y luego, el 9 de Setiembre, tampoco dejaron de asistir éstas á la residencia de la condesa del Montijo, por celebrarse en dicho día la fiesta de su santo. Desde las últimas horas de la tarde, en cada una de estas fechas, era de ver la inusitada animación que daba á la carretera que, partiendo de la puerta de Toledo, pasa por las lindes de la bonita posesión en que la condesa residía, el paso de tanto y tanto vistoso carruaje, henchidos de las mujeres más hermosas y de los hombres más elegantes que en Madrid entonces había. Estos mismos carruajes, cargados de niños preciosos de ambos sexos el día 25, parecían cestillas de flores llenas de presente y de vida, de perfumes y de encantos. Casi fué un mismo público el de las tres noches, y en todas hubo música y baile dentro é iluminaciones

y vistosas colgaduras por los jardines, fuera del edificio. El día de la condesa, en la plazoleta que forma la entrada del palacio, se formó de linternas venecianas y vasos de colores una inmensa corona condal cubriendo el anagrama de la señora de la casa. No faltaron del cuerpo diplomático la princesa Wolkonsky, la marquesa de Bello Caracciolo y los señores de Muniz, con el ministro del Brasil y los vizcondes de Soveral. Algunos que residían cerca de la corte, venían de la Granja; y entre las damas de nuestra aristocracia asistieron la condesa de Velle y la de Scláfani, las Tamames y las Montalvo, las de Fuentes y la viuda de Cabarrús y las cantantes de la casa, es decir, la baronesa de Hortega, Clara Nueros de Hunt, Elena Prendergast y Elisa Luján, que eran ya de asistencia precisa y de cooperación aún más precisa todavía en todos los saraos de la del Montijo.

Aunque la resurrección autumnal de Madrid no se retardaba tanto como ahora, y desde los primeros días de Septiembre la Zarzuela presentó al sublime tragico italiano, Ernesto Rossi, que vino aquel año á proseguir los laureles de sus compatriotas la Ristori y la Saldoni, y el 3 de Octubre el Real se inauguraba con *Le forza d'il destino*, interpretada por las Marchisio y la Borghi-Mamo, Fraschini, Medini y Lloti; aunque los condes de Santa Coloma el 11 del mismo mes abrían sus salones con motivo del casamiento de su primogénito con la bellísima señorita de Maquieira, y aunque en la propia noche en la casa del general Serrano se improvisaba la representación de *La segunda dama duende*, teniendo los principales papeles la duquesa de la Torre, Carmen Paz y Membiela, Sofía Bisso y Sofía Stéfani, la condesa del Montijo, no sólo prolongó algún tiempo más su estancia en Carabanchel, sino que quiso llevar á su residencia la animación de los *teatros caseros*, que con tanto éxito ensayaban los duques de Híjar y los de la Torre. Lo que sucedió fué, que á cada uno de estos teatros se puso un rótulo á la puerta. En el de los duques de Híjar era la empresa: *Prius mori quam foedari*; en el de la condesa del Montijo, sin hacer agravio á su españolismo, del que no cabía la

menor duda: *Internacional*, y en el de la esposa del general Serrano, leía siempre, sobre todo, el duque de Valencia: *Aquí se conspira*. Con todo, la primera fiesta lírico-dramática de la quinta del Montijo en Carabanchel, fué más que política y diplomática, enteramente mitológica y celeste: se cantó y representó *El Joven Telémaco*, de Eusebio Blasco, y era cosa de presentar solicitudes por ver á Elena Prendergast vestida de *Venus*, de *Calipso* á Elisa Luján, de *Eucaris* á Enriqueta Cabarrús y de *ninfas* á Sofía Bisso, que era entonces el molde fino y delicado de una miniatura alemana, á Purita Alaminos, que hacía siempre pretensión de locuela, á Marta Nueros, á las Rita Muruaga de Navarro, Benavides y otras tan bellas como las citadas. El conde de Romrée, Carlos Romrée, como entonces todos le llamaban, dejando aparte la etiqueta del título, hacía de *Joven Telémaco*, de *Mentor* Canga Argüelles, de *Ulises* Antonio Vejarano con V ó Bejarano con B, que de uno y otro modo las gentes escribían este apellido. Al anuncio de esta representación se despobló Madrid: desde la infanta Doña Isabel, hasta la baronesa Gustavo Rostchild, no hubo dama aristocrática nacional ó extranjera, á la sazón en nuestra corte, que no pidiese localidades.

Con estos antecedentes, y los propicios augurios que de ellos se colegían llegó Noviembre, y en la primera semana de él la condesa se trasladó á su palacio de la plazuela del Angel. No fué más presto llegar á Madrid, que disponer la primera verdadera fiesta del invierno, y para el 15 dió cita á todos sus favorecidos. Las muchas personas que desde la muerte de la duquesa de Alba no la habían vuelto á ver, ni habían disfrutado de los meros ensayos de la primavera y del verano, aquí y en su quinta próxima, tenían grande interés en ofrecerla de nuevo el tributo de los respetos que merecía; pero era aún mayor la curiosidad por ver las huellas que el dolor había dejado en aquella naturaleza tan resistente. Amós Eschallante, que usaba entonces el pseudónimo de *Juan García*, así consignó sus impresiones de aquella noche, después de

examinar sala por sala el aspecto general de aquel palacio encantado de la muerta duquesa: «Lo único que no ha cambiado, que no se ha alterado, que subsiste como entonces, decía, es la bondad, es la amabilidad, el buen tono, la exquisita galantería de la condesa del Montijo. Y es que hay en ella algo que sobrevive á lo demás: lo que se ha llamado por un poeta *la juventud eterna.*»

Aquel día era en París y en Madrid la fiesta de la Emperatriz, y esta fecha ya había de sustituir por mucho tiempo á la del 29 de Enero, que la muerte borró del almanaque. Esta circunstancia dió motivos para que el gobierno de la Reina en masa hiciera aquella noche una solemne manifestación política; pues á los salones de la condesa del Montijo asistió, como á los consejos con S. M., en corporación, y presidido por su jefe el duque de Valencia. Entró éste en medio de los generales Calonge y Rubalcaba, todos con uniforme y con bandas de la Legión de Honor; y les seguían el venerable anciano Arrazola con González Brabo, D. Alejandro de Castro con Barzanallana y Orovio. El cuerpo diplomático extranjero acreditado en Madrid, también asistió con sus señoras y el personal de las embajadas y legaciones, como en un besamanos. Mister Hale, el ministro de los Estados Unidos, llevaba á sus dos encantadoras hijas Lucía é Isabel; Mercier de Lostende presidía todo el personal de la representación de Francia y así los demás diplomáticos. *La Segunda dama duende*, es decir, la duquesa de la Torre asistía también, y hermosa, porque entonces se hallaba en el apogeo de sus prendas personales y prendida con gusto y con lujo. Pepita Torres, ya marquesa de la Torrecilla, hacía con su sobrina María de San Juan, hija de la condesa de la Cimera y heredera de las gracias de su madre, el grupo de un artista. De la marquesa de Portugaleta se dijo aquella noche que llevaba en su prendido un vagón de brillantes, y á la marquesa de la Puente y Sotomayor se le preguntó el número que tenía en su inagotable *colección*, de donde siempre salían sorprendentes novedades, el soberbio ade-

rezo que cubría su cabeza, cuello, pecho y brazos. Su hija, Blanca Osma, la mujer de mayor distinción que había en la juventud en aquel tiempo, sólo llevaba adornada la cabeza con hojas de plata. Deslumbrante era también la corona que ostentaba la de Villena, hermana de Angela Medinaceli, y el tipo, las joyas y ricos atavíos de la condesa de Lombillo parecían hurtados á un ídolo americano de la antigua manigua. Como las descritas eran las demás deidades de la noche. Todavía esta gran fiesta, que se celebraba el día 15, tuvo una segunda parte; pues habiendo llegado al día siguiente á Madrid la duquesa de Saldanha, mujer del mariscal y grande de Portugal de este apellido, que iba á Roma de embajador de su país, el 18 se repitió con no menos ostentación y concurrencia que la primera.

¿Era que los sucesos del 22 de Junio sólo significaban el aborto monstruoso de una conspiración mal fraguada y sin posibilidad de funestas consecuencias? ¿Era que la alta sociedad de Madrid no concedía importancia á los actos de un partido numeroso, cuya plana mayor entera había caído en las angustias de la proscripción, cuya prensa en su totalidad había sido reducida al silencio ó por la fuga de sus escritores ó por la intervención de los tribunales que habían cerrado y sellado las puertas de todas las redacciones? ¿Era que el costoso triunfo conseguido en un día de desesperado combate equivalía á una victoria definitiva? Por desgracia la ley de la historia no había quedado cumplida; el problema estaba simplemente planteado; la opinión temerosa, vacilante é incierta, y de las apelaciones al terror, que es lo que se hizo con la sustitución del gabinete Narvaez por el de O'Donnell, no había ejemplo de que hubiese bastado para dirimir los conflictos que han envuelto un progreso efectivo en ninguna sociedad. El duque de Tetuán, que se tenía por el vencedor de la jornada y presumía de haber salvado el trono, pagado con la ingratitud, se alejó de la corte y aun de España, demandando á Biarritz un refugio, donde lanzar solitario y entristecido el último suspiro

de la vida. La iniciativa y la inmunidad del Parlamento quedó atropellada al intervenir su derecho de representación al solio y al ser arrancados de sus casas los presidentes de las Cámaras para dirigirlos al destierro, y aquello era renunciar absolutamente á los dictámenes de la prudencia y dejar el reto en pie á las eventualidades problemáticas del tiempo. En la corte del emperador se vió la trascendencia de las cosas mejor que en Madrid, y la previsión que allí se tuvo de accidentes más ó menos remotos pero inevitables, trascendió luego á la intimidad de las relaciones entre la emperatriz y su madre. No abandonó ésta en su residencia el tono habitual de sus comunicaciones sociales, y aun con loable patriotismo trató de inclinar hacia la corona comprometida de doña Isabel II los elementos de solidaridad que en sus reuniones apiñaba; por esto, sin suprimir sus recepciones dominicales, ya en Carabanchel, ya en Madrid, dejó de ofrecer á sus amigos aquellas festividades suntuosas que ya habían tomado, sin embargo, carta de naturaleza entre lo mayor parte de las familias opulentas de la capital de España.

Y en efecto, nada podía concebirse más animado que el espectáculo social que Madrid dió aquel invierno, todo el año siguiente y hasta la primavera de 1868. Mientras la condesa del Montijo limitó sus extraordinarios á los banquetes periódicos político-diplomáticos, en que hacía alternar los ministros y las altas autoridades, el cuerpo representativo extranjero, desde el Nuncio de Su Santidad, y un corto número de sus familiares de clase y condición, hasta personas de las posiciones menos pudientes diéronse á dar reuniones semanales, frecuentes bailes ó representaciones escénicas y conciertos, con que toda la población no parecía que pensaba sino en divertirse. Entonces salieron á la superficie muchos nombres nuevos que habían residido en la modestia de la oscuridad, y cuyos apellidos la historia no recoge y el tiempo borra. Entonces se vió inaugurar festines tanto número de familias que lograron arruinar los teatros, principalmente la Zarzuela y el



Príncipe, que, habiendo gozado de la mayor prosperidad, vinieron á la decadencia y á la inopia. El año 1868 se inauguró con el primer baile en casa de los marqueses de Bedmar. Carolina, la marquesa, tenía el aliciente irresistible de un trato siempre igual y agradable, con que sabía comunicar la alegría á cuanto le rodeaba. A esta casa y á la de los condes de Vilches, donde la condesa, á semejanza de la de Velle y de Guaqui, era una de las mujeres más espirituales y de mayor talento de nuestra corte, iban todas las damas de moda, todas las flores del día, todas las estrellas de una brillante constelación: las duquesas de Medinaceli y de Fernandina y ésta con su hija en quien reflejaba su lujo. Las elegantes marquesas de Javalquinto y de Bogaraya, alternaban con las de Acapulco é Isabel Girón; la de Caracena hacía rancho aparte con su madre y con su hermana y, la de Cumbres altas y su hija con la marquesa de Sardeal. La de Vilches tenía comedias para distracción de su público; mas en este terreno la duquesa de Medinaceli, en el antiguo palacio de Lerma, donde Felipe III vió representar las de Lope de Vega, hacía representar las de Ventura de la Vega, dirigidas por D. Joaquín Arjona, y en que tomaban parte los hijos del poeta Ricardo y Venturita, con la duquesa misma, su hermana la de Villaseca, la de Caracena, y Gonzalo Vilches, Canga-Argüelles y otros aficionados. La duquesa más de una vez obtuvo de sus concurrentes, no ya aplausos que se le prodigaban siempre, sino coronas de flores, con gran júbilo del auditorio.

La viuda del banquero Calderón rompió la serie de las recepciones de Febrero, mas ya desde casi mediados de dicho mes, hubo que organizar las fiestas de la sociedad, por ser muchas y no poderse concurrir á todas. El jueves 13, hubo una recepción solemnísimá en casa del ministro italiano Corti, y el viernes 14, función dramática en casa de los barones de Andilla. Desde el 15 de Febrero hasta los primeros días de Junio, todos los domingos había bailes pequeños en casa de la condesa del Montijo, y bailes grandes en casa de D. Fermín Lasala; los

lunes simultaneaban los señores de Osma y los condes de Cautnitz, ministros de Prusia; los martes, los representantes del czar; los miércoles eran también los banquetes diplomáticos del Montijo, las recepciones de los marqueses de Bedmar y las comedias de la señora Goicorrotea de Alvarez; los jueves pertenecieron en todo el invierno á los condes de Torremata; los viernes, á Mr. Hale, el ministro de los Estados Unidos, á la condesa de Superunda y á los chocolates de los señores de Villalar; y los sábados, al teatro de la condesa de Vilches y á las recepciones de los condes de Ezpeleta, de Matilde Casañas y de los Sres. de Azcárate. Entre estas reuniones, fueron muy singulares, muy sonadas y muy brillantes, las de los príncipes de Wolkousky en la embajada rusa. El príncipe de Garitzin, cansado de la monotonía de los walses y polkas, á cuyo patrón reducido estaban ajustados los bailes de sociedad, habló y propuso introducir las *mazurkas*, que no son sino el canto nacional con que los habitantes del antiguo ducado de Mazowia acompañan sus danzas en las pintorescas comarcas del Weichsel, del Buy y del Nazewa. Hízose primero un ensayo de *mazurkas* y *minutés*, en uno de los días de Enero, pero se tocó con la dificultad de los trajes largos de las señoras, que impiden la acompasada movilidad de estos bailes. Entonces se pensó ensayar bien unas cuadrillas, dibujarónse los trajes de cracovianos para los que en ellas tomasen parte é invitóse para el martes de carnaval á un baile de disfraces sin careta, como los que hacía algunos años venían dando en esta temporada en la embajada francesa, en el palacio de Cervellón y en el de Medinaceli.

Todavía entre mis papeles conservo la linda cartulina litografiada que pocos días antes del Carnaval recibieron los amigos de la embajada. Decía así: *La Princesse Volkousky reste chez elle le 18 Fevrier 1868 à 10½. — Les dames sont priées de venir en costume ou poudrées: les messieurs en costume ou en manteau vénitien.* Todo el mundo elegante se disputó y solicitó estas tarjetas. Ello es que el espectáculo lo merecía. Recibía la princesa, teniendo un espléndido traje de

válaca, y los salones parecían un tapiz vivo de tanto color. A las doce y media la orquesta preludió la mazurka, y entonces presentáronse vestidos uniformemente de cracovianos de uno y otro sexo: la baronesa Flabert y Felisa Ozores, la marquesa de Martorell y las señoritas de Rábago, las del señor de Rubianes y las de la condesa de Fuentes. Sus parejas eran Luis Pignatelly de Aragón, Gonzalo Vilches, Fausto Saavedra, Escipión Murillo, el príncipe de Garitzin, promovedor del baile y el marqués de Martorell. Tras los primeros compases las cuadrillas se multiplicaron y viéronse bailar cracovianas las efigies de los personajes históricos más singulares y los del más raro capricho. La marquesa de Villaseca vestía de *canastillo de flores*, Concha Rosa de *dame de pique* y su hermana Mercedes de *dame de trèfle*; la condesa de Fuenrubia, de *maga*; Belén Echagüe, de *estrella*; Blanca Osma, de *sueño de color de rosa*; Carolina Bassecourt, de *noche*; de *reinas de baraja*, las marquesas de Bogaraya y de Guadalest, y de *Margarita del Fausto* Concha Figuera é Isabel Soriano: la baronesa de Hortega, cuyos ojos quemaban, de *hielo*, y Laura Brunetti, de *Cruzada*; de *María Stuart* la infanta Isabel y de *Capricho* Lucía Sartorius, Mariana Monistrol de *tric-trac* y de polaca Ximena Cueto. En los hombres no había trajes menos originales y elegantes: el duque de Ahumada, de *soldado de los tercios de Carlos V*; de *majo*, el de Veragua; de *maggyar*, el de Granada; Antonio Bejarano, de *Don Juan de Austria*; el marqués del Viso, de *Felipe IV*, y de *Dux de Venecia*, el duque de Fernán Núñez; de *Sultán del Bósforo*, el marqués de la Puente y Sotomayor; Teobaldo Saavedra, de *Piqueur* y de *Pierrot*, su hermano el marqués de Bogaraya, con otros muchos en número de setecientos. ¿No indican estas expansiones sociales tan repetidas y continuadas, y al parecer tan espontáneas, que se vivía en el mejor de los mundos imaginables?

El verano dispersó á las gentes elegantes, y hasta la reina Isabel fué al Norte á tomar los baños de San Sebastián. El retiro de Carabanchel no alteró los hábitos establecidos desde

algún tiempo atrás en el palacio de la plazuela del Angel. Nada de invitaciones extraordinarias; nada de fiestas previamente anunciadas y pomposamente dispuestas. El 13 de Setiembre, pocos días antes de que la revolución estallase, se celebró el onomástico de la condesa, y aunque se recibió en Carabanchel con agasajo á los que pasaron á felicitarla, entre ellos el duque de Sexto, recién casado en Francia con la duquesa viuda de Morny y la duquesa de Castiglione-Colonna, hubo que improvisar banquete de treinta cubiertos, música y un poco de baile, con lo que la festividad se prolongó hasta altas horas de la noche. En aquella mansión se veían llegar los sucesos; se tenía la incertidumbre de los resultados y producía inquietudes la fácil propagación del incendio, aunque no había medios de adivinar todas las consecuencias que también á la larga tuvieron para objetos tan queridos, como los que á la sazón ceñían la corona imperial de Francia. Pero los destinos estaban jugados. Pocos días después de la celebración de los de la noble dama, que aquí sostenía su doble papel de leal súbdita de nuestra monarquía y de madre orgullosa de la soberana más resplandeciente que reinaba en Europa, la revolución de Cádiz arrojaba á la dinastía secular española del lado allá de las fronteras del Bidasoa. Mas la vacación turbulenta del solio de San Fernando iba á arrastrar tras sí la vacación turbulenta del trono de San Luis, y en medio de tantas catástrofes, la condesa del Montijo tuvo que sostener á la vez su papel de española en el interés que tomó por la restauración de la dinastía secular, y tuvo que combatir interiormente los pesares recónditos al ver despojada á la segunda de sus hijas del trono á que había logrado encumbrarla. Estas pruebas difíciles por que la noble señora pasó sin abandonarle ni un solo instante la serenidad de su espíritu firme y capaz así de las dichas supremas como del supremo dolor, será siempre una página interesante en la historia de las mujeres insignes de nuestra sociedad contemporánea.

*(Se concluirá.)*

## ¡FÍENSE USTEDES DE MAPAS!

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

**D**esde que comenzó la insurrección separatista se dió en anunciar por ahí un mapa detallado de la isla de Cuba, en cuatro hojas grandes, en escala de 1 por 500.000, «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra.»

Más de una vez estuve tentado á comprarle para seguir por él las operaciones de esa campaña que tanto nos interesa á todos los españoles; pero como me he llevado ya tantos chascos en esto de los mapas, temiendo que los datos del Depósito de la Guerra se parecieran algo á los que años atrás solía tener el Instituto Geográfico, resistí siempre á la tentación, decidiendo no adquirir el mapa sin antes comprobar su exactitud de alguna manera.

La comprobación ya se ve que no era muy fácil. Compararle con otros mapas de Cuba nada resolvía, no estando estos otros comprobados. El testimonio de personas conocedoras del país era difícil de hallar, pues aunque son muchos los españoles que han estado empleados en Cuba, los más de ellos sólo han residido en *Holguín* y sus alrededores, residencia agradable, donde se han dado traza de vivir también no pocos empleados de la Península sin necesidad de pasar agua.

Había que buscar alguna forma de comprobación indirecta; y un día, recordando aquel conocido refrán de los cestos,

dije para mí : «Si el Depósito de la Guerra ha hecho alguna vez un cesto bueno, y quien dice un cesto dice un mapa, lo mismo ha podido hacer ciento, y entre ellos el de la isla de Cuba, no faltándole, como no le faltan, ni el tiempo ni las mimbres». Inmediatamente después de esta reflexión, eché una ojeada al catálogo en que se anuncian otros mapas formados en el mismo Depósito, compré uno de ellos, de tierra conocida, el «*Mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja*», me puse á examinarle y... valga la verdad, si el mapa de la isla de Cuba es como este, y desgraciadamente no hay motivos para suponer que sea mucho mejor, lástima me da de los que le usen. Porque este «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja» tiene tantas y tan graves inexactitudes, que resulta poco menos que inútil del todo.

Voy á apuntar algunas, no con ánimo de mortificar á nadie, sino con el buen deseo de que el Depósito de la Guerra las enmiende en una edición nueva.

La primera inexactitud de este mapa consiste en el nombre, si bien esta no es culpa únicamente del Depósito, sino de todo el ministerio de la Guerra. Mas no por eso deja de ser grave inexactitud y error de bulto llamar distrito militar de Castilla la Vieja á un territorio formado por el antiguo reino de León casi exclusivamente, sin tener de Castilla más que la provincia de Avila y una faja por la parte Oriental de las de Valladolid y Palencia. Y todavía aparece más grande este error si se considera que hay (ó había en la época del mapa, pues hoy tenemos división y nomenclatura nuevas) otro distrito militar con la capitalidad en Burgos, capital de Castilla la Vieja, y formado por las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Soria y Segovia, es decir, por todas las de Castilla la Vieja, menos Avila, y á este distrito no se le llamaba de *Castilla la Vieja*, sino de *Burgos*. ¡Cosa más estupenda!

Llamaran en el ministerio de la Guerra distrito militar de Valladolid sencillamente al que tenía por capital la ciudad del Pisuerga, como llamaron de Burgos al otro, sin meterse

en honduras de geografía histórica, y no habría nada que decir; pero adoptar nombres históricos y ponerlos cambiados es cosa que no parece compatible con la reconocida ilustración de nuestros centros militares.

Aparte de la inexactitud del nombre, hay otras muchas y muy grandes en lo sustancial de la obra, como por ejemplo: la falta de pueblos importantes y aun la despoblación absoluta de comarcas enteras que en realidad están pobladísimas, la ficción de otros pueblos que no existen, la omisión de caminos de todas clases muy conocidos y usados, el trazado de otros por donde no van ni fueron nunca, la alteración del curso de los ríos y de la situación de los pueblos, la consiguiente equivocación de las distancias, poniendo á veces el doble ó la mitad de la verdadera, defectos en verdad no muy tolerables en un mapa-itinerario.

Figúrese el lector que es militar, teniente, v. gr., de la guardia civil, ó capitán si se le antoja, pues como no ha de venir á pedirme la paga no tengo inconveniente en concederle el ascenso; y figúrese que hallándose en Madrid le destinan á Valladolid, donde no ha estado nunca. Si ha visto los anuncios del Depósito de la Guerra, acude allí antes de emprender el viaje á proveerse de un mapa-itinerario. Le dan éste que llaman ellos *de Castilla la Vieja*, le paga, una cuidadosamente con goma ó con engrudo las dos hojas de que se compone, pues también está en escala grande, de 1 por 500.000, y armado ya de mapa, sale una noche para su destino en [el tren correo del Norte.

Al llegar á la estación de las Navas, donde, según le han dicho, comienza el territorio descrito en su mapa-itinerario, le desenrolla, y á la escasa luz del farol del departamento, se entera de que efectivamente está allí señalada la estación, y de que más adelante está la de Navalperal á unos seis ó siete kilómetros. El tren llega á ella poco después, el capitán vuelve á mirar su mapa-itinerario y dice para sí muy satisfecho: «Está bien... Navalperal... exactamente. Con este mapa voy en

grande... Ahora ya no pararemos hasta Avila.» Porque, efectivamente, el mapa no señala más estaciones.

A los diez ó doce minutos el tren vuelve á parar, y el capitán dice para sí: «¿Qué es esto...? ¿Otra estación...? Pues Avila no puede ser todavía, porque no hemos tenido tiempo de andar treinta kilómetros...» En esto oye vocear: *¡La Cañada, cinco minutos!*

—¿La Cañada?—repite como asombrado.

—Sí, la Cañada—le contesta un viajero algo erudito que va en el mismo departamento—estamos en la estación de la Cañada, en el kilómetro 92 y en el punto más alto del puerto y de la vía del Norte. Cuando se construyó, y bastantes años después, era también este el punto más alto en Europa por donde pasaba un ferrocarril, pues tiene el rail de esta estación una cota de 1.359 metros y 65 centímetros sobre el nivel del mar. Ahora hay ya varios ferrocarriles que pasan por mayores alturas.

Poco después el tren, que al salir de la Cañada ha pasado un túnel muy largo, vuelve á disminuir su velocidad, como si fuera á pararse.

—¿Ávila?—pregunta el capitán á su compañero de viaje, con quien lleva ya conversación tirada.

—No, señor; Navalgrande: una estación donde suelen parar los trenes mixtos. Este acorta la marcha para entrar en las agujas, pero creo que no pararemos del todo.

Pasa otro rato y hay otra parada, y el capitán vuelve á hacer á su compañero la misma pregunta.

—¿Ávila?...

—No, señor; Guimorcondo...

Un poco desilusionado el capitán con estos chascos (¿no es verdad, lector amable, que se va V. desilusionando un poco?) se queda callado en su rincón, cede á las suaves caricias del sueño, y no despierta hasta Medina del Campo.

Allí ya es de día. El tren sale de la estación, sube largo rato por unos desmontes, y, á los nueve kilómetros, aparece un pue-



blo, á la izquierda, muy cerca de la vía. El capitán, que ya se ha quedado solo, coge su mapa itinerario..., mas, como si no le cogiera, porque no tiene indicado aquel pueblo. En la estación se entera de que es Pozaldez, y sigue el tren su marcha.

Siete kilómetros más adelante, parada nueva. Se asoma el capitán, y ve otro pueblo, á la derecha de la vía, con una torre muy alta.—¿Á ver?...—Desenrolla el mapa itinerario, y... ¡nada! No hay tal pueblo. Pero vuelve á mirar al campo, y, en efecto, el pueblo está allí. Es Matapozuelos. Preguntando en la estación, queda de ello enterado el capitán; pero queda también desconfiado del mapa.

Ocho kilómetros más, y otra estación y otro pueblo, Valdestillas. Están indicados en el mapa el pueblo y la estación. Al salir de ésta se pasa un río, el Adaja; también está indicado. Comienza el capitán á reconciliarse con su guía, cuando, á los cinco kilómetros, le sorprende otro pueblo. El mapa no le indica, pero está allí indudablemente: es Viana. Echa á andar el tren, después de breve parada, y, apenas ha salido de las agujas, otra sorpresa más grande: el paso de otro río, que no está en el mapa tampoco...

—¿Se habrá formado anoche este torrente?—quiere sospechar el capitán, por no atreverse á creer que en el Depósito de la Guerra hayan padecido una distracción tan grave.—No, no puede ser—se contesta á sí mismo,—porque, en primer lugar, no ha llovido; y, además, no hubiera habido tiempo de poner corriente la vía.

Quiere todavía sospechar si el río habrá cambiado y traído por allí su corriente después de hecho el mapa; pero también tiene que desechar en seguida esta sospecha, porque el puente de piedra por donde pasa la vía, aunque es moderno, tiene traza de ser anterior al mapa, y, á mayor abundamiento, al lado del puente de la vía férrea, que tendrá unos cuarenta años, hay otro puente muy antiguo que da paso al camino viejo... No hay escape...

Aquel río es el Cega; y no está indicado en el mapa junto

á la estación de Viana, por donde corre, porque los autores del mapa tuvieron el mal acuerdo ó el capricho de juntarle con el Duero mucho más arriba de donde realmente se junta.

Esto de suprimir pueblos y variar el curso de los ríos le parece ya demasiado á nuestro viajero, y deja con desdén el mapa-itinerario medio enrollado sobre la redecilla del coche. Lo cual no quita que al llegar al Duero reciba otra sorpresa, pasando por un puente de treinta á cuarenta metros de luz lo que él creía un brazo de mar, pues ha visto que el mapa señala á este río en toda su longitud la anchura de un kilómetro, como si por ser río principal hubiera de ser caudaloso desde que nace...

Por fin ha llegado el capitán á Valladolid, á su destino, y un día recibe orden de ir con dos parejas de su instituto á Tordehumos, donde en la noche anterior se ha cometido un robo á mano armada. Lo primero que hace es tirar de mapa-itinerario; pero inútilmente, porque no figura allí ese pueblo. Le dicen donde está, por bajo de Medina de Río seco, en la carretera de Toro, y como afortunadamente alguno de los guardias sabe el camino, hace el viaje sin dificultad, y también sin mapa, visto que para el caso no le sirve. Como tampoco le serviría si el robo se hubiera cometido en Urueña, ó en Bamba, ó en Torrelobatón, ó en Villanueva de los Caballeros, ó en Pozuelo de la Orden, ó en Cabrerros, ó en Castromonte, ó en Valverde, ó en Fuensaldaña, porque ninguno de estos pueblos está indicado, ni otros muchos.

Otro día tiene que ir á Corcos, donde hay, por ejemplo, un poco de motín de obreros sin trabajo y sin pan, que es lo peor, porque el temporal no permite cavar las viñas. Le dicen que Corcos está al Norte de la capital y que tiene estación en el ferrocarril, que está cerca de Cigales, etc., y se va á buscar en el mapa el pueblo y el camino para ir á caballo... Pues, nada; no encuentra ni camino, ni Corcos, ni Cigales, ni Trigueros, ni Cubillas, ni ningún otro pueblo cercano; todo aquel valle está desierto.

Pues figúrese ahora el lector benévolo y capitán, que le destinan á León. Sale de Valladolid á eso de las cuatro de la mañana en el tren correo del Noroeste, y lleva el mapa itinerario por lo que pueda valer, aunque, inspirándole ya muy poca confianza, apenas le abre en todo el camino. Sólo al llegar á la estación de Santas-Martas, por no saber qué hacer, le da gana de mirarle, y ve que pone á la derecha de la vía el pueblo de Santas-Martas que está á la izquierda. Al mismo tiempo ve que, un poco más lejos, también á la derecha, en el antiguo *Camino francés*, entre Reliegos y Mansilla hay en el mapa otro pueblo llamado también Santas-Martas, y dice para su tricornio: «¡Hombre, qué profusión hay por aquí de Santas-Martas!» Pero luego, al levantar la vista del mapa y fijarla en el terreno, ve entre Reliegos y Mansilla una dilatada llanura sin pueblo alguno; porque este segundo *Santas-Martas* no existe; ha sido inventado...

Hállase ya en León el capitán, y un día, el 29 de Setiembre, se le ordena ir con algunos números á la Virgen del Camino, donde hay romería y feria. Cae en la tentación de consultar al mapa-itinerario, y... en lugar de salir hacia el Oeste, por la carretera de Astorga, donde, á unos seis kilómetros, está el santuario y poblado de la Virgen del Camino, que brilla por su ausencia en el mapa, sale hacia el Nordeste por Villa-Obispo y anda veintidós kilómetros hasta Barrio de Nuestra Señora, junto á Ambasaguas, porque los autores del mapa itinerario, en lugar de *Barrio de Nuestra Señora*, han puesto *Nuestra Señora del Camino*. Y el hombre se encuentra con que allí no hay feria, ni romería, ni santuario, y tiene que desandar los veintidós kilómetros de mal camino y andar luego los otros seis, que con los cuarenta y cuatro andados en balde son cincuenta justos, para llegar tarde á la feria.

Algunas semanas después le mandan ir á sosegar un tumulto de mineros á Matallana, diciéndole que estas minas están al norte de la ciudad, á unas cinco leguas, á la orilla del Torío. Mira su mapa-itinerario, y ve el río Torío correr por

un desierto, pues desde la cordillera astúrica, en cuya vertiente meridional tiene origen, hasta las puertas de León, unas diez leguas, no hay indicado en su cuenca ni un solo pueblo de los cincuenta y tantos que existen. Tampoco hay indicado ningún camino de ninguna clase, ni una mala vereda, de suerte que la comunicación de los pueblos de aquel extenso valle con León y con Asturias, por el puerto de Piedrafita, ha de hacerse en globo sin remedio.

Otro día recibe el capitán la orden de ir con veinte números á La Vecilla, cabeza de partido y de distrito electoral, á proteger un escrutinio dificultoso... No se me negará la posibilidad ni la verosimilitud del caso... Le dicen que aquel pueblo está á unas seis leguas al N-N-E. Aunque con bastante desconfianza, nacida de los chascos pasados, desenrolla su mapa-itinerario y dice:

—Sí, aquí está el pueblo ese, La Vecilla, pero está en medio de un despoblado inmenso, sin que se vea camino ni vereda que llegue á él por ninguna parte. Por el poniente, á unos tres kilómetros, corre un río llamado... Curueño...

—No, mi capitán—le interrumpe un sargento que conoce el país;—el río no pasa por el poniente, sino por el saliente del pueblo, y no á tres kilómetros, ni á uno, sino lamiendo las casas, y en eso que ahí aparece despoblado hay unos treinta pueblos próximamente, y por la orilla del río arriba hay desde Barrio á La Vecilla camino de carro, que pasa por Santa Colomba, La Mata, Pardesivil, La Cándana, y otro camino hay á La Vecilla desde Boñar, y otro desde Pardave, y otro...» Oyendo lo cual el capitán se convence de que el «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja», no sirve más que para hacer á la gente equivocarse.

Andando el tiempo tiene que salir á visitar los puestos de Gradefes, Cistierna, Riaño y Alánza, reconociendo de paso los montes de Valdeón y Sajambre, donde ha habido cortas fraudulentas... y, es claro, ya no se acuerda de consultar el mapa ni se le ocurre llevarle consigo. Hace su viaje por donde

Dios le da á entender ó por donde los guardias le conducen, y vuelto á la ciudad, después de haber recorrido el país, antójasele un día confrontar sus recuerdos y sus observaciones con el mapa itinerario.

Entonces se entera de que el mapa llama río *Curueño* al río *Porma*, entre *Ambasaguas* y *Villavente*, donde ha visto él varios pueblos que faltan en el mapa, pero que existen y denuncian el error, llamándose *Santa Olaja de Porma*, *Santibañez de Porma...*

Se entera de que la fértil y hermosa ribera de *Gradefes*, que él vió tan poblada, está despoblada en el mapa en una extensión de cinco leguas, faltando todos los veinte pueblos que hay en ella desde *Gradefes* hasta *Sabero*, así como faltan los dos caminos reales que van por las dos márgenes del río *Esla*, desde *Mansilla* hasta el puente de *Marcadillo* (seis leguas), pasando el cual el de la margen derecha se une con el otro; y como faltan radicalmente los diez pueblos de *Valdeforma*, cuyas aguas hace el mapa entrar en el *Esla* dos leguas más arriba de donde entran.

Se entera de que en el mapa itinerario se marca entre *Riaño* y *Pedrosa* la distancia de dos kilómetros, aunque él está cierto de que anduvo cuatro; mientras que de *Pedrosa* á *Boca de Huérgano* señala el mapa cinco kilómetros al Sudeste y hay cuatro al Nordeste. Y se entera de que de *Portilla* á *Valdeón* no hay camino en el mapa-itinerario, si bien reconoce que no había para qué poner aquel camino que él anduvo á través del puerto de *Pandetrave*, faltando por entero los nueve pueblos de *Valdeón* que por él se comunican con sus vecinos de aquende..., como faltan los cinco pueblos del valle de *Sajambre*, como falta en este valle la indicación del nacimiento del río *Sella* y en *Valdeón* la del río *Cares...*, y en cambio está indicado en *Valdeón* el nacimiento del río *Dobra*, que si realmente naciera allí, para ir, como va, á *Cangas de Onís*, tendría que saltar por encima de los *Picos de Europa*.

Se entera de que el río Araduey (ó *Valderaduey*, como dice el mapa, confundiendo el río con el valle) aparece naciendo en San Pedro, donde lleva ya cinco leguas de curso, pues nace en términos de Almanza, y por él corren las aguas del monte de Río-Camba, que el mapa hace correr hacia el Cea, y las de todo el alto Valderaduey, donde están los pueblos de Renedo, Velilla, Villazanzo, Villavelasco, las cuales hace el mapa correr hacia la Cueva que va á Cervatos.

Se entera de que los pueblos de Calaveras de Abajo y de Arriba y San Pedro de Cansoles, que están sobre el río Calaveras, aparecen en el mapa tres ó cuatro kilómetros lejos del río.

Se entera de que pueblos como Lario y La Uña, que están á ocho y á doce kilómetros de la carretera de Sahagún á Rivadesella, aparecen en el mapa sobre la misma carretera ó á distancia de un kilómetro.

Se entera de que los trozos de esta carretera comprendidos en el valle de Sajambre, que se están construyendo ahora, aparecen en el mapa como contruidos ya el año 84, cuando ni siquiera habían salido á subasta, y en cambio aparecen como en construcción los trozos próximos á Cangas de Onís, contruidos hace treinta años.

De todas estas cosas se entera el capitán al volver á León, confrontando el mapa itinerario con sus notas de lápiz y con sus recuerdos; y si desde Sajambre hubiera bajado á dar una vuelta por Asturias, se enteraría de que también allí, como en León y como en Valladolid, el mapa itinerario presenta despobladas comarcas enteras, de que hay concejos populosos como los de Caso y Aller, en los cuales no señala el mapa ni un pueblo, ni una senda; y de que, según el mapa, es imposible ir, por ejemplo, desde Cangas de Onís á Arenas de Cabrales, no sólo porque no hay camino, sino porque tampoco hay Arenas de Cabrales.

Y paro aquí, no porque se hayan acabado las inexactitudes y los defectos del mapa-itinerario, sino precisamente por-

que no es posible señalarlos todos, ni aun escribiendo una docena de artículos.

Mas con lo dicho creo que bastará para que comprenda el lector que si el mapa detallado de la isla de Cuba «formado con los datos que hay en el Depósito de la Guerra» no es más exacto que éste, y si por aquél dirigen nuestros generales las operaciones y dirigen sus marchas los jefes de columnas, no es extraño que no logren encontrar á los insurrectos, ni que se les escabullan cuando creen tenerlos cercados.

Y también me parece que bastará con lo dicho, para que en el Depósito de la Guerra comprendan la necesidad, ó cuando menos la conveniencia indudable, de retirar de la circulación este «mapa itinerario del distrito militar de Castilla la Vieja», sustituyéndole con otro si les place, pero cuidando de que ese otro sea bueno; porque tratándose de mapas, tiene perfecta aplicación aquello que se dijo de las castañuelas: de tocarlas, hay que tocarlas bien; y de no tocarlas bien, mejor es no tocarlas.

ANTONIO DE VALBUENA.

## CRONICA LITERARIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONES

Los moldes nuevos.—*El Enemigo del pueblo*.—Ibsen.—La literatura escandinava.—La reforma ortográfica en Chile.—Lo fonético y lo etimológico en la escritura.

**E**n literatura, como en política y en todo aquello en que es posible novedad, se habla mucho de *moldes nuevos*. La frase, vulgarizada ya, ha caído ó está próxima á caer en el archivo ó panteón de las llamadas *frases hechas*, que llegan al uso común, como monedas desgastadas que pasaron por muchas manos, convertidas en símbolos representativos de un valor que originariamente tuvieron, y que han ido perdiendo con el roce. En el que las inventa suelen ser tales frases expresión original de una idea concebida con viveza; pasan á los demás como un reflejo, mediato ya y amortiguado, y al llegar al vulgo, apenas son más que una fórmula cómoda, casi sin sustancia, y muy lejana de su significación primitiva.

Mas la idea de los moldes nuevos, expresada en esta ó en otra forma; la idea de que hay que sustituir por procedimientos nuevos los actuales, tiene mucha fuerza y de seguro sobrevivirá á la frase. Esta teoría se aplica principalmente (en lo literario) al teatro, acaso por ser el género en que son más difíciles de vencer *los obstáculos tradicionales*, ó acaso porque es el género de que más se habla, preferencia esta que se explica



sin dificultad considerando que las representaciones dramáticas son algo más que literatura: una diversión, un espectáculo, algo que atrae al público con otros alicientes que los puramente literarios y que le ahorra hasta el trabajo de la lectura, que gran trabajo debe de ser, según lo poco que se lee.

Por apego á los moldes viejos ó por falta de iniciativa ó diligencia para descubrir los nuevos se ha explicado más de una derrota de este ó el otro autor dramático. Pero llegan las novedades, y en vez de salir á recibirlas la admiración y el aplauso, las esperan la indiferencia ó la hostilidad. Ejemplo: *El Enemigo del pueblo*, de Ibsen, arreglado á nuestra escena por el distinguido literato D. Francisco F. Villegas (*Zeda*).

Verdad es que no está muy claro lo de los moldes nuevos. En realidad hay que definirlos por modo negativo. Apenas se sabe de ellos lo que son, aunque se sepa bastante de lo que no son. Corresponden al primer momento del proceso crítico; á aquel en que el observador halla que una cosa no le satisface, por estos ó los otros vicios, y deduce que le satisfaría si no los presentara, aunque no llegue su concepción de cómo debería ser para agradarle, más que á esa exclusión de ciertos caracteres, lejana aún de la construcción positiva, de la idea y modelo de las cualidades y circunstancias que habrían de reemplazar á las que rechaza.

Probablemente, el público, en general, no será nunca partidario de los moldes nuevos. Podrá serlo de la frase, por seguir la autoridad de los periódicos que lea. Pero el *misoneísmo* ó mejor que el *misoneísmo*, el apego, no á lo antiguo sino á lo presente, á lo acostumbrado, es disposición de espíritu natural á todas las mayorías.

Las innovaciones chocan con el hábito, dificultan lo que éste hacía fácil, complican lo que por él era sencillo, exigen un esfuerzo de adaptación que aquél ahorra.

Podrá objetarse tal vez, tratándose de novedades artísticas y literarias, que como el hábito disminuye la intensidad de las impresiones, lo nuevo ha de causarlas más vivas

y profundas. Pero la dificultad está en que la impresión llegue á producirse. Lo usual y corriente se comprende sin fuerza ó con escasa fatiga de la atención; tiene caminos conocidos para llegar al ánimo, hace vibrar cuerdas que están dispuestas de antemano, por la repetición de impresiones semejantes, á recibir aquel choque y responder á él. Lo nuevo no se amolda á ese *automatismo* creado por el hábito, no va por los caminos donde la atención lo espera; no hace sonar las teclas interiores, preparadas para contestar con el sonido á la excitación que llega de fuera, y en cambio toca otras, perezosas ó mal dispuestas por falta de ejercicio. Así, las innovaciones, en cualquier orden, requieren una readaptación, y conquistan con relativa lentitud el terreno; parten de un individuo ó de varios, se extienden á minorías cada vez mayores y, si son viables, llegan á tener de su parte á la mayoría, á generalizarse, á ser *habituales*, á ocupar, en suma, el lugar de las cosas que reemplazaron, en espera de las que á ellas han de sustituirlas. Las mayorías son siempre conservadoras, hasta cuando parecen más revolucionarias. Sólo se extienden rápidamente las novedades impuestas por la moda, y cuando la moda puede imponerlas son novedades muy relativas y superficiales.

\*  
\* \*

Pero si no debe esperarse que el público comprenda y admire con facilidad lo nuevo, no es mucho pedirle que sienta alguna curiosidad, algún interés, por aquellas novedades que vienen precedidas de fama y con la autoridad de un nombre de celebridad europea. El que no haya habido apenas esta curiosidad, este interés, respecto de *El Enemigo del pueblo* es una manifestación más de la falta de espíritu literario en nuestro público.

Que el drama de Ibsen no gustara, á pesar de estar vendidas en el arreglo muchas de las dificultades que el original ofrece para la representación, no hubiera sido cosa extraña.

En París, con un público mucho más culto y mejor preparado por la lectura, han tenido poca aceptación en el teatro varias de las obras del célebre escritor escandinavo, tan leídas y tan admiradas en los libros. Pero que una obra de la importancia de *El Enemigo del pueblo* no dure en los carteles ocho días, es signo de que ni siquiera curiosidad inspiran las novedades literarias.

Aunque varias de las obras de Ibsen hayan sido traducidas á nuestro idioma y casi todas al francés, que de las lenguas extranjeras es aquí la más conocida y la de más frecuente lectura, la representación de estos dramas puede calificarse de novedad, pues muy pocos de ellos han aparecido en nuestra escena. Tiene además el teatro de Ibsen un elemento de novedad intrínseca respecto de nuestro teatro contemporáneo, cuyo tipo más común es el drama de amor y cuyos conflictos son, por lo general, conflictos sentimentales. Es aquel un teatro de ideas y un teatro *moral*, no por edificante, sino porque en él se plantea el problema de la conducta. Claro es que siendo el drama acción, de la conducta se trata siempre en todo drama. Mas en el teatro amatorio, por ejemplo, este es un aspecto circunstancial y secundario, que se presenta como derivado de un conflicto del sentimiento. En algunos de los dramas de Ibsen es, por el contrario, lo principal. En *Brand* se plantea en cierto modo el problema total de la conducta. En *El Enemigo del pueblo* aparece también este problema con una generalidad y una importancia, por virtud de las cuales no queda subordinado á ningún otro elemento del drama. Con todo, en el teatro de Ibsen, lo *intelectual* tiene tanta ó más importancia que lo *moral*.

La originalidad de Ibsen no está precisamente en las ideas, sino en la manera de presentarlas, *Brand* es una expresión poética de la filosofía de Schopenhauer, ó si se quieren antecedentes más remotos, del *Bagavad Gita*, de la mística indostánica. En *Los Aparecidos* la doctrina científica de la herencia es el eje de la acción. Por lo que toca á *El Enemigo del pueblo*,

para no prolongar más estas citas, Renán expresó con incomparable estilo, con mayor claridad y hasta con vehemencia mayor, muchas de las ideas individualistas de esta obra, en varios de sus dramas filosóficos: *Caliban*, *L'Eau de Juvence*, *El Sacerdote de Nemi*. Hasta el *medio histórico* en que la acción de estos dramas se desarrolla, da allí mayor grandeza á esa protesta del individuo superior contra las mayorías, que ha inspirado tan diversas creaciones filosóficas y literarias, desde el *uebermensch* de Nietzsche y el *héroe* de Carlyle al Stockmann de Ibsen, tipo individual que en su esfera tiene algo de *héroe* y de *uebermensch*, pero bonachón y filántropo, no como concibe ese tipo suprahumano el creador de Zarathustra.

Pero en este punto Ibsen es más *moderno* que Renán, sigue más la que pudiera llamarse corriente democrática de la literatura (aun tratándose de una obra de tendencia aristocrática); presenta la acción en un medio moderno, *burgués*, prescindiendo de grandes personajes en que puedan verse reminiscencias de la tragedia clásica, y del aparato y de la decoración histórica. Próspero es allí un pastor protestante ó un médico de pueblo. Hasta el drama histórico de Ibsen: *Emperador y Galileo* se distingue profundamente de los *Dramas filosóficos* de Renán, bajo este aspecto. El dramaturgo escandinavo presenta personajes reales y procura presentarlos con realidad, apelando á los historiadores del imperio, y á los Padres de la Iglesia para pintar con exactitud relativa la época de Juliano. Renán empezaba por declarar en su prólogo que no quería presentar otra historia que la historia ideal, que no ha existido materialmente, aunque, en sentido ideal, haya sucedido muchas veces, y protestaba de antemano de toda pretensión de dar carácter local y carácter de época á dramas *humanos*, que no tenían lugar ni tiempo determinados. Claro es que al citar los *Dramas filosóficos* de Renán no lo hago por considerarlos *dramas* en el sentido en que lo son los de Ibsen. Aquellos no pertenecen, en realidad, al teatro. Son un medio de dar mayor animación y atractivo al antiguo diálogo

filosófico, de fundir la filosofía con la poesía, de restaurar y renovar una forma de exposición caída en desuso. La cita se refiere, pues, exclusivamente á señalar un antecedente de las ideas expuestas en *El Enemigo del pueblo*.

Ibsen, como indiqué, busca la propiedad en los pormenores de la acción. Si sus personajes resultan abstracciones, será á pesar suyo, pues él quiere evidentemente que sean seres reales, personas de carne y hueso, de la época y del lugar en que coloca la acción. Por esto se aproxima el dramaturgo escandinavo á la fórmula que propone Max Nordau, en sus *Parodajas psicológicas*, para la que llama literatura de ficción, ó sea literatura imaginada (lo que en sentido estricto suele llamarse literatura á secas), diciendo que el escritor debe expresar, en hechos particulares ordinarios, leyes generales biológicas y sociológicas.

Este elemento de realidad particular, este color *local* y *temporal*, es una de las dificultades que ofrece el teatro de Ibsen para nuestra escena. Las costumbres y los caracteres son exóticos; los personajes, aunque aparezcan con nombres españoles, como en el arreglo del Sr. Villegas, son visiblemente extranjeros. El inteligente literato que ha presentado en nuestra escena *El Enemigo del pueblo*, ha resuelto acertadamente algunas de estas dificultades, *españolizado* á Petra, por ejemplo, y suprimiendo varias escenas, pero á menos de alterar totalmente el drama de Ibsen, de hacer de él otro distinto, no podía conseguir que desapareciese la diferencia de raza y de manera de ser entre los personajes ibsenianos y el público español.

No es este, sin embargo, el mayor de los inconvenientes que para aclimatarse en nuestra escena, y en general en el teatro, ofrecen las obras dramáticas de Ibsen. El teatro de ideas necesita un público que no es el público ordinario que asiste á las representaciones. En la dramática, lo sentimental es de más fácil efecto que lo intelectual ó lo moral. Habla el sentimiento un lenguaje que entienden todos y que no requiere, por lo común, interpretaciones dificultosas ni preparación que dis-

ponga el ánimo á recibirlo. Es lo más comunicativo; por ser sentimiento, es *simpático*. Los problemas morales, por lo que tienen de reflexivos, y las ideas, no son tan rápidamente asimilables, ejercen influencia más lenta, exigen mayor atención, mayor cultura y mayor discernimiento para ser entendidos y apreciados. Y en el teatro la impresión necesita ser rápida, viva, inmediata, de acción, de hechos. La vida interior debe exteriorizarse de tal modo, que no tenga que ir á escudriñarla el pensamiento del espectador en lo íntimo de los sucesos que ante él ocurren, sino que vaya, por decirlo así, á buscarle; que se le presente manifiesta y clara y, al propio tiempo, como tal vida, como sucesión de estados psíquicos, no como representación de conceptos mediatos, ni de abstracciones *reencarnadas* ó personificadas.

Aun para la misma lectura tienen las obras de Ibsen la desventaja de que, escritas en idioma poco conocido, las leemos en traducciones, y á veces en traducciones de traducciones. Es indudable que al ser vertidas á otra lengua, aun suponiendo que la versión sea fiel, cosa siempre problemática y difícil cuando se trata de idiomas poco usados fuera de su país propio, pierden las obras literarias gran parte de la frescura, lozanía y elegancia del estilo. Subsistirán las ideas, pero la expresión tiene que perder, y en la literatura el lenguaje no es cosa baladí ni secundaria, sino tan principal como que es el medio de expresión de este arte.

No hay tampoco tal paralelismo entre las lenguas que todo pueda expresarse en una de igual manera que en otra, ni aun siendo así se conservaría en las traducciones el lazo original que media entre la idea y su primitiva y propia expresión. En cierto modo, se piensa con palabras y las palabras no son, en las distintas lenguas, como símbolos aritméticos ó algebraicos de absoluta equivalencia, sino algo vivo, que tiene color y forma y alma propia, que está en íntima comunicación, soldado casi, con los pensamientos. Son como concreciones lentamente formadas de la vida espiritual de un pueblo, á las que

cada escritor da, en cierta medida, carácter propio é individual, al infundirlas sus propios pensamientos y combinarlas en su lenguaje.

El paso de un idioma á otro no tiene, ni con mucho, la sencillez de la ecuación  $a=b$ . Si se traducen literalmente las palabras, la versión carecerá de elegancia, será oscura muchas veces y hasta gramaticalmente incorrecta, sin conseguir con todo la identidad entre el verbo primitivo de las ideas y el verbo adventicio y extraño de la nueva lengua. Si se traducen los conceptos, gran parte de la forma original desaparece.

\*  
\* \*

Es muy posible que cuando se escriba en los tiempos venideros la historia literaria de los actuales, los críticos de entonces rebajen bastante la importancia que hoy se concede á la moderna literatura escandinava, á las obras de los Ibsen y los Björnson (De Strindberg no hay que hablar, pues está ya desacreditado; París le hizo y París le deshizo). El porvenir de las obras literarias depende en gran parte del de los idiomas. En la futura batalla de las lenguas, el sueco y el noruego desempeñarán un papel muy secundario, y contarán probablemente con escasas probabilidades de que los estudien y cultiven los extranjeros que no sean filólogos de profesión. Y el paralelismo entre la influencia de las literaturas y la de las lenguas es evidente: lo vemos comprobado con hechos tan claros como el del universal influjo de las letras greco-latinas, que marcha al compás del de los dos grandes idiomas clásicos de la antigüedad, extendiéndose y dominando dondequiera cuando éstos son cuidadosamente estudiados en todo el mundo culto, ó al menos en Occidente; declinando visiblemente hoy que el estudio de aquellas lenguas, de parte principal que era de la enseñanza y de la cultura, ha pasado á ser parte secundaria. Otro ejemplo, menos general, siéndolo mucho, es el que ofrece la influencia de la literatura francesa, que, á más de difundir por todas partes sus creaciones propias, sirve, para

muchos países, de vehículo de las ajenas, por lo extendido que está el idioma de nuestros vecinos.

Además, es posible que hayan contribuido mucho al gran éxito de la literatura escandinava causas puramente circunstanciales, cuya duración no puede ser muy larga. De una parte la *novelería* francesa, incansable en descubrir y divulgar novedades intelectuales y literarias, y que, naturalmente voluble, empieza ya á buscar nuevo filón en las modernas letras italianas, en las obras de los d'Annunzio y los Fogazzaro; de otra, el cansancio y hastío producido por la saturación de naturalismo, que coopera al movimiento idealista é individualista de este final de siglo y hace acoger con avidez las obras en estas ideas inspiradas. Y no se tome á paradoja lo del individualismo, cuando los socialistas parecen tan poderosos y casi dueños del porvenir. De entre ellos han salido los modernos partidarios de la anarquía, exageración última, consecuencia extrema del individualismo, al que dan por muerto los tratadistas cursis de la *cuestión social* ó del *problema obrero*, sin ver, ó sin sospechar siquiera, que late en la filosofía novísima.

\*  
\* \*

Mas aun descontando lo que haya de accidental y pasajero en la alta opinión y predicamento que ahora tienen las obras de Ibsen, hay en ellas méritos sobrados para hacerlas acreedoras á una actitud del público muy distinta de la que observó con *El Enemigo del pueblo*. Aunque tratándose de arreglos de obras ajenas es uso que el aplauso sea para el autor y la censura para el que arregló la obra, parece indudable que lo que desagradó en aquel drama fué la obra misma y no la manera de adaptarla á nuestra escena.

El arreglo del Sr. Villegas está hecho con toda la probidad literaria que puede exigirse en esta clase de trabajos; con el esmero y el acierto propios de un escritor de excelente



gusto y de mucha lectura, que se ha penetrado del pensamiento íntimo de la obra y ha sabido conservar fielmente el tono y el carácter de ella en la parte en que hubo de modificar el original para hacerle más *representable*. No es este arreglo obra hecha á la ligera, sino que acredita gran estudio y comprensión acabada del drama de Ibsen, al par que conocimiento de las llamadas exigencias teatrales, que lo son á veces en grado superlativo.

Hasta por haber sido parco en las modificaciones, merece aplauso el Sr. Villegas. Aparte de ser temerario y presuntuoso el alterar en algo más que lo estrictamente necesario las obras dramáticas de los grandes escritores extranjeros al presentarlas á un público de otro país, ó las de los antiguos al adaptarlas á la escena moderna, lo que resulta en tales arreglos, es que el drama, objeto ó víctima de ellos, queda mutilado y transformado hasta el punto de convertirse en una obra nueva, en la forma al menos, y casi siempre muy inferior á la original. El fin del arreglador no debe ser otro que dar á conocer con toda la exactitud posible la obra de que se trata, para lo cual no ha de separarse de ella más que en lo indispensable.

No es, sin embargo, una mera traducción *El Enemigo del pueblo*, representado en la Comedia, pero es la obra de Ibsen. Uno de los reparos que se han puesto al arreglo es la supresión del *meeting*, que ocupa todo el acto cuarto de los cinco que tiene la obra original, reducidos á tres en la adaptación española. Injusta me parece esta censura. Si al público le pareció pesada y lánguida la acción del drama, mucho más le hubiera parecido con aquella larguísima escena, que difícilmente hubiese sido bien representada, pues nuestros actores no suelen sobresalir en estos cuadros de conjunto, ni cuentan, por lo común, las compañías con personal secundario bastante capaz y numeroso para el caso. Aparte de que un *meeting*, tal como el que se celebra en casa del capitán Horster, no está en nuestras costumbres, y dada la poca propensión del público á ha-

cerse cargo de las ajenas, hubiera sido muy expuesto á que los espectadores le tomaran por el lado cómico, guiándose por las burlas que suelen dedicar los periódicos á las reuniones socialistas que aquí se celebran, y son el tipo de *meeting* más generalmente conocido. Pero si no está en el arreglo el *meeting*, su espíritu, que es lo importante y no el acto material de celebrarse la reunión, las ideas que allí desenvuelve Stockmann, están en el trabajo del Sr. Villegas, intercaladas hábilmente en los lugares oportunos.

Hasta ciertos pormenores que desagradaron al público son exclusivamente de Ibsen. Lo es la repetición de la frase: *la mayoría compacta*, en labios del doctor, repetición que tiene su sentido y su razón de ser en el drama: lo es el incidente del pantalón negro, que acogieron muchos de los espectadores con risas y murmullos, considerando acaso inconcebible el que se preocupara un sabio con los desperfectos sufridos por sus pantalones. Costumbre de concebir caracteres de una pieza, unilaterales, verdaderas personificaciones sin la variedad de lo humano, sin la mezcla de cosas grandes y pequeñas, poéticas y prosaicas, que ofrecé la vida real.

En la derrota de *El Enemigo del pueblo* el vencido fué Ibsen. Merecía más el autor de *Brand*, y más merecía también el Sr. Villegas, por el acierto y el estudio con que está hecho su arreglo y por el amor á la literatura que revela el emprender y realizar un trabajo de esta especie que, siendo tan concienzudo como el suyo, requiere esfuerzos y desvelos suficientes para producir obras de mayor lucimiento personal que el que puede esperarse de la adaptación de las ajenas.

\*  
\* \*

Tema muy discutido modernamente en varias ocasiones y países ha sido el de la reforma de la ortografía. En Francia se habló mucho del asunto hace algún tiempo, tomando parte en

la discusión autoridades literarias, y divulgándola aquella prensa, verdaderamente enciclopédica, aunque superficial como suelen serlo las enciclopedias. Mas hasta ahora no pasó la reforma del debate. No así en Chile, donde, á juzgar por el crecido número de libros, procedentes de las prensas de aquel país, que corren impresos con arreglo á la nueva ortografía, la modificación de ésta en sentido exclusivamente fonético es un hecho, que acaso no sea general, pero se halla, sin duda, muy generalizado.

Por el carácter mismo de la escritura de las lenguas modernas, que es fonética, ó sea representativa de sonidos, la ortografía, en general, es también fonética. Y aun podría decirse que totalmente lo es, porque los elementos que hoy son etimológicos proceden de antecedentes fonéticos, que han ido desapareciendo ó modificándose en el curso de la evolución del idioma.

No trata, pues, la reforma ortográfica sino de suprimir las excepciones subsistentes del carácter general de la escritura. Pero aunque parezca tan sencilla la empresa, no lo es, y basta para demostrarlo una sola consideración. Modificar de un modo reflexivo y científico, por decirlo así, la ortografía, equivale á adelantar el resultado natural del proceso histórico de la escritura; á hacer en un momento y por la autoridad de unas cuantas personas entendidas, lo que poco á poco va haciendo el uso por consentimiento ó por instinto de todos.

Que el elemento puramente etimológico tiende á ser eliminado de la escritura es cosa indudable. Basta comparar nuestra ortografía de hoy con la del siglo xvii. La naturaleza practica aquel aforismo escolástico de que no se deben multiplicar los entes sin necesidad, y elimina todo aquello que deja de cumplir una función, á la manera que los individuos orgánicos se desprenden de los elementos desasimilados, inútiles ya á su economía. Esto sucede en el lenguaje, sometido á leyes naturales de transformación que investigan cuidadosamente los filólogos, aunque á veces se dé el caso, harto efímero en sus resultados, de que las opiniones de individuos ó cuerpos eruditos se empe-

ñenen en la estéril tarea de ir contra la corriente natural de las cosas, v. gr., restaurando elementos etimológicos caídos en desuso, como parece que hizo nuestra Academia, al restablecer en la escritura de determinados vocablos letras que en la pronunciación no responden ya á sonidos. Casi nadie dice *Septiembre*, sino *Setiembre*; ni *obscurus*, sino *oscuro*, aunque el Diccionario disponga que se escriban del primer modo estas palabras.

La ortografía es fonética por la naturaleza misma de nuestra escritura; es etimológica en razón á la historia del idioma. Obedece esto á que los idiomas actuales no han nacido por generación espontánea, sino que proceden de la transformación de lenguas anteriores, las cuales han dejado huellas de sus vocablos en los vocablos nuevos y de su escritura en la escritura derivada. Hay en los elementos etimológicos de la escritura alguna analogía con los órganos atrofiados que se hallan en ciertas especies animales y que á primera vista parecen una superfluidad ó descuido de la naturaleza, aunque para el zoólogo sean el residuo de antiguas funciones que se han hecho luego innecesarias ó han encontrado mejores instrumentos. El carácter accidental que tiene en algún modo la parte etimológica de la ortografía, explica cómo en lenguas derivadas de un común origen, varía mucho la proporción de este elemento etimológico. Visible es, por ejemplo, la diferencia que existe en este punto entre el francés y el castellano.

La parte fonética de la ortografía (que es la mayor) no ofrece dificultades. En ella la escritura es reflejo fiel de la pronunciación, correspondiendo cada signo á un sonido ó á una modificación del mismo. No sucede otro tanto con los elementos etimológicos, que representan la tradición y la herencia del lenguaje y de los cuales nacen todas las dificultades prácticas relativas á la observancia de las reglas ortográficas. Hay entre ellos signos mudos, que en otro tiempo correspondieron á sonidos, porque lo que hoy es etimológico en el castellano, v. gr., fué fonético en el latín ó el griego; hay también sonidos iguales ó casi indistintos, representados por letras dife-

rentes. La escritura etimológica deja en cada palabra el sello, más ó menos claro, más ó menos borroso, de su genealogía. La escritura fonética responde sólo á la vida actual de los vocablos, á su pronunciación presente. De ahí que la segunda sea accesible é inteligible para todos, mientras que la primera sólo por el uso entra en el dominio vulgar, sin que pueda penetrarse su razón de ser más que por el conocimiento del origen é historia del idioma.

De ahí que la reforma ortográfica se proponga, al parecer, dos fines. Uno científico: regularizar y sistematizar la escritura con arreglo á la pronunciación; restablecer la equivalencia entre la prosodia actual (la del uso, no la de la Gramática) y la ortografía actual: Otro de utilidad práctica: simplificar las reglas ortográficas, haciéndolas accesibles á todos y suprimiendo las dificultades que hoy ofrecen para los que las aprenden empíricamente; en suma, *democratizar* la ortografía, eliminando de ella todo lo que es puramente histórico y erudito.

No se trata, pues, de una innovación que altere la naturaleza y carácter de la escritura, sino sólo de extender á las excepciones lo que por regla general se aplica. Las bases de la reforma pueden reducirse á estas: supresión de todo signo que no responda á un sonido actual ó á una modificación en los sonidos; representación de cada sonido por una letra única é invariable, desapareciendo por consiguiente la dualidad de expresión gráfica de algunos sonidos que no se distinguen en la pronunciación (*j* y *g* fuerte, *c* suave y *z*, *c* fuerte y *q*, *i* é *y* como vocal en la conjunción copulativa, etc.) suprimiéndose también la diferencia por razón del lugar que ocupa en la palabra el sonido ó de las letras que le preceden (*r* sencilla para el sonido fuerte al principio de la palabra, *rr* doble en medio del vocablo y *r* sencilla cuando va precedida de *n*, etc.), y por último, unificación del signo representativo de sonidos casi indistintos en el uso (*v* y *b*), parte esta la más aventurada de la reforma, que trasciende en este punto de la ortografía á la prosodia, aunque las mismas dudas de los indoctos sobre el

uso de la *v* y de la *b* demuestran que en la pronunciación usual apenas se distinguen ambas letras.

Que la reforma es lógica, por ser tan conforme con la naturaleza de la escritura fonética, que no hace sino generalizar y confirmar el principio de esta, es indudable. Su utilidad práctica, por lo que simplifica y facilita el conocimiento de la ortografía, es también notoria. Sin embargo pueden hacerse muchas objeciones á esta novedad.

Desde el punto de vista estético y erudito, puede decirse que la reforma da un aspecto bárbaro y rústico al castellano, obligando á todo el mundo á escribir como los niños de corta edad ó los ignorantes, que, guiándose por su instinto natural, no se paran en etimologías y escriben las palabras como sueñan. Ciertamente que no parece bonito ni elegante el aspecto gráfico de los vocablos *Rrecibir*, *zientífico*, *Birjilio*, *Zésar*, *Socrates*, *Teóqrito*, pero todo es acostumbrarse. La fealdad de estas palabras es realmente una ilusión, como la de las modas antiguas que vemos en los grabados y retratos de hace años, las cuales no tienen todavía bastante antigüedad para que hallemos en ellas carácter de época y la tienen sobrada para que contraste con las modas actuales nos haga ver ridículas y feas las que ya no se usan. Si pudiéramos ver los figurines que regirán dentro de diez años, es posible que los encontráramos también estrambóticos y desagradables, aunque por tratarse de cosas futuras los juzgaríamos acaso con más indulgencia que á los pasados.

Puede decirse también que siendo los elementos etimológicos los blasones y ejecutorias de la escritura, suprimirlos equivale á hacerla plebeya y baja. Viene á ser en este sentido la reforma como la noche del 4 de Agosto del lenguaje, con la diferencia de que aquí no se trata de una renuncia voluntaria de privilegios, pues ni se consulta á las palabras, ni éstas pueden renunciar ni dimitir nada, sino de una confiscación ó derogación más revolucionaria. Es innegable que, para el erudito que la entiende, la ortografía etimológica ofrece un

atractivo con que no puede brindarle la exclusivamente fonética; en aquélla cada palabra es un trozo de historia, algo semejante á un pergamino vetusto que cuenta cosas deleitables y peregrinas de épocas remotas. Pero los eruditos son pocos y la lengua es de todos, de las mayorías iletradas, tanto ó más que de los sabios.

Podría proponerse otra objeción diciendo que la reforma es prematura y precipitada, puesto que quiere realizar en un instante lo que lentamente y por sus pasos contados hará el uso. Y esta producción artificial de las cosas, fuera de sus trámites naturales, no puede producir más que entecos frutos de estufa, privados de la sazón y gallardía de los que madura al sol y al aire la naturaleza, frutos en fin, como deben de ser los que, según cuentan, saben producir los fakires de la India, haciendo brotar, florecer y fructificar la planta á los pocos minutos de sembrada la semilla, con legítimo asombro de los que ignoran las artes mágicas de estos maravillosos encantadores. Acaso nadie haya probado tales frutos; pero si realmente existieran, tengo para mí que serían harto insípidos y desabridos.

Puede añadirse, siguiendo la argumentación contraria á la reforma, que la regularidad que ésta pretende es antinatural, pues la naturaleza no hace nunca las cosas con arreglo á patrón ó modelo simétrico, sino que se permite caprichos, escarceos y desviaciones que dan mayor gracia á sus obras. Y como la realidad se impone al cabo, la nueva ortografía tendría pronto otras irregularidades, menos justificadas acaso que las antiguas, y que introducirían mayor confusión, por no tener en su abono el largo uso de aquéllas.

Otro punto discutible es el de la autoridad para llevar á cabo esta innovación. ¿Pueden realizarla las Academias? En realidad, las Academias no legislan más que por delegación del uso; no son verdaderos Parlamentos del idioma, que puedan hacerlo todo como el inglés, salvo cambiar de sexo á un ciudadano. Y hasta los mismos Parlamentos, en realidad, no crean

el derecho á su capricho, sino que declaran, reconocen y desarrollan lo que ya está en la conciencia jurídica del país. Esta limitación de la autoridad de las Academias la reconoció la francesa, diciendo, muy atinada y discretamente, en el prólogo de una de las últimas ediciones de su Diccionario, estas ó parecidas palabras, concernientes también á la reforma de la ortografía:

«Jamás la Academia francesa, ni aquella que era hija del cardenal de Richelieu y estaba bajo la protección de Luis XIV, pretendió ejercer sobre el idioma un derecho de soberanía y de imperio. Nunca se ha arrogado un vano poder legislativo sobre las palabras que recibe, formadas ya, del público que habla bien y de los autores que escriben correctamente... ¿Debe la Academia obstinarse en considerar inmutable la antigua ortografía, escribiendo *debte* y *devoir*, aunque se oponga la práctica general? Quien debe formar las nuevas reglas es el uso, que tiende siempre á simplificar y al cual es preciso ceder, pero lentamente y como á la fuerza.»

Descartadas las Academias, ¿á quién corresponde la reforma? Ya lo dice la Academia francesa: al uso; pero como el uso procede lentamente y sin sujeción á un plan sistemático, no tendremos entonces un cambio rápido y reflexivo como el efectuado ó comenzado en Chile. Se dirá que los gramáticos y los escritores pueden acometer por su cuenta la reforma, pero como el lenguaje es de todos, parece que se ataca una propiedad espiritual ajena, al destruir lo que por consentimiento común y prescripción inmemorial viene establecido. Y aquí no se puede apelar al *referendum*, porque la mayoría de los que debieran ser electores están incapacitados por ignorancia, y fuera de esto, el asentimiento general no es criterio infalible en materias científicas ó artísticas. Hasta cabría el peligro de que abierta la puerta de las innovaciones en el lenguaje, se le ocurriese á alguno modificar los sonidos, con arreglo á los datos anteriores de la evolución fonética del idioma, trocando la lengua en confusa y casi ininteligible algarabía.



Pero con todos estos inconvenientes y dificultades, la reforma ortográfica, como se está haciendo ó se ha hecho en Chile, es perfectamente viable. Como todo lo que simplifica y facilita podrá extenderse con rapidez, aunque no se libraré seguramente de un periodo de confusión é incertidumbre entre las dos ortografías. Mas el establecimiento de la nueva sería asunto de una generación. Para los hijos de los reformadores, las antiguas reglas y las antiguas prácticas ortográficas no serían más que una curiosidad erudita. Y bien mirado, habría de ser más fácil para los cultos buscar las etimologías bajo la nueva escritura de las palabras, que lo es para los indoctos observar las actuales reglas.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# CRONICA INTERNACIONAL

---

La Semana Santa.—Recuerdos eternos.—Cuestiones políticas interiores.—Los problemas relativos al retraimiento.—Política exterior.—Conflictos entre Italia y Abisinia.—Derrota de aquella nación.—Impresiones producidas en la conciencia pública por estas derrotas.—Caida de Crispi.—El nuevo ministerio.—Aparición de Inglaterra en este conflicto.—La expedición á Dongola.—Dificultades europeas por la ocupación del Egipto.—El impuesto sobre la renta en Francia.—Conclusión.

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**N**unca se borrarán del recuerdo mío las impresiones en él dejadas por los días de Semana Santa. La palma, olivo, romero del Domingo de Ramos, en la iglesia de mi pueblo, al cimbrarse las unas, de áureos esmaltes, por lo alto, y extenderse las verdinegras hojas de los otros por el suelo, evocando la entrada de Cristo en Jerusalén, mostraban á la niñez nuestra ya la vanidad de todos los triunfos terrenales y nos decían cuán próximo se halla el cielo azul de las glorias vanas al Océano insondable de los dolores externos. Viendo á Cristo un día vencedor, caballero sobre su asnillo, con los nimbos que le descubría nuestra fe bajo bóvedas de palmas y sobre alfombras de olivos, aprendíamos ya por anticipación de nuestros presentimientos cómo pasa el favor de un pueblo, dispuesto siempre á coronar gozoso y alegre hoy al mismo que crucificará irritado al día siguiente. Después

del Domingo de Ramos no solíamos volver al templo hasta el miércoles santo por la tarde. Las lamentaciones de Jeremías, los versículos del *Miserere*, los fragores de las tinieblas nos acostumbraban desde los comienzos de la vida en su crepúsculo matutino, á contemplar sin horror la muerte, considerándola como el puerto misterioso donde anclará por toda una eternidad la vida. Producíanme tanto efecto los fragores del terrible momento, que, aun hoy, al oír el estruendo de las tinieblas en el oscuro templo, donde todas las luces hanse á una extinguido, y sólo entra por las altas claraboyas el último crepúsculo de una tarde moribunda, paréceme hallarme como encerrado en oscurísimo túmulo, sobre cuya tapa se desploman las esferas de arriba y bajo cuyos pies se abren los abismos de abajo. Todo cambia el día de jueves santo. Parece la iglesia de tal mañana contraria por completo á la iglesia de los días anteriores. El color blanco sucede al color morado; las cruces, vestidas de oscuro, como viudas, sobre los altares, tristes, cual sarcófagos de momias las cruces, se ciñen sedas albas, como vírgenes, sobre los altares, adornados cual aras de boda; el centelleo de las velas ó de las lámparas reanima el templo en cuyos retablos suceden velos nupciales á fúnebres sudarios; repican las campanas á gloria en lo alto de las torres y llenan las trompetas de los órganos el aire de la iglesia; los sacerdotes, vestidos con sus dalmáticas y capas pluviales de fiesta, levantan los cálices de oro á un cielo de regocijos celestiales entre nubes azules desprendidas por los incensarios y sacros himnos elevados por los coros: indefinible alegría espiritual, originada en la conmemoración de aquella cena, donde nuestro Redentor, al despedirse de su apostolado, transfundió el espíritu divino suyo en nuestras venas carnales dándonos con su verbo, más generador y más fecundo que aquel soplo, á cuyo aliento se levantó Adán en el Paraíso, un alma completamente manumitida del yugo de la materia, y dispuesta con su libertad interior á fundar aquí la justicia y digna de poseer por sus virtudes y por sus ideas en otro mundo mejor

la eterna bienaventuranza. Pero si la mañana del jueves todo es alegría, la tarde toda es luto. ¡Cuál emoción al entrar en los oficios vespertinos, y observar el tenebrario con sus velas amarillas, el velo morado ante los retablos del altar desnudo, la puerta del sagrario como violentada y los espacios de éste como vacíos, el treno presentándonos á Jerusalén desolada y lamentosa, con sus vías que lloran, sus sacerdotes que gimen, sus vírgenes que pasan escuálidas y semejantes á sombras venidas del sepulcro, sus piedras que laten como corazones atribulados y heridos, sus templos que se caen, sus muertos que se levantan; y ella pidiendo á Dios misericordia entre cilicios y cenizas, bajo los paños fúnebres de una eterna y luctuosa noche. Todas las religiones habían sido hasta el Cristianismo religiones donde se divinizaba la fuerza con sus privilegios y se rendían parias al combate y al triunfo con sus excesos. Nuestro Dios únicamente ha levantado su mano para bendecir, ha tenido corazón para querer, ha predicado el olvido de las injurias y el amor á nuestros enemigos, ha bebido la hiel y vinagre de todas nuestras amarguras, ha muerto, siendo la creación y la vida, por emanciparnos y por redimirnos á todos. Así el viernes santo, entre las tristezas de una desolación horrible, cuando sólo hay espacio para pensar en el trance último de cada mortal, sobre losas de sepulcros, ante paños de luto, el órgano y el campanario mudos, extintas las lámparas, desnuda la Cruz, María solitaria ó con su hijo yerto entre los brazos, el celebrante de la misa reza el cántico llano y plañidero por todos los nacidos, por los judíos que crucificaron al Salvador, por los herejes que huyeron de la Iglesia, por los idólatras que aún están ciegos del alma, por los paganos que no han podido abandonar sus fetiches, por cuantos yerran, cumpliendo así las máximas del sermón de la Montaña, con el fin de que las ergástulas se abran, los tormentos y patíbulos se cierren, las cadenas se rompan, los esclavos con los muertos resuciten, y el amor á Cristo, así en su indudable divinidad como su santa la humanidad, una dentro de la paz

universal todas las razas, impelidas por su redención á realizar el reino de Dios y su justicia sobre la faz del planeta. Es indudable que toda nuestra religión respira libertad y república, desde los cánticos del *Magnificat* en sus Evangelios hasta el cántico de Moisés en la Biblia. ¡Ay! No podemos pararnos mucho tiempo ante la religión apremiando un problema político tal como las elecciones. Perdonad lo brusco de tamaña transición.

## II

Yo estoy acostumbrado á disentir de los socialistas. Republicano de toda la vida; liberal en toda la extensión de la palabra, tan conocida y vulgar; demócrata por querer la igualdad completa de todas las libertades en todos los ciudadanos; cuantas restricciones han querido intentarse de los derechos del individuo en supuesto bien de la colectividad, y cuantas facultades concederse al Estado, devolviéndole hasta una intervención en los contratos particulares y una serie de atributos, abrogados por la revolución universal, encontraron en mí un implacable adversario, por estimarlas, no sólo injustísimas en su esencia, fatales á la democracia y á la libertad y á la república en Europa. Mis contradicciones con los jefes de tales antiguas escuelas, con el primero entre todos ellos, han crecido en los últimos tiempos, oyéndole decir que del concepto de patria, como nosotros lo entendemos, provienen todos los males y plagas de la sociedad moderna; que los insurrectos de la grande Antilla tienen razón para sublevarse, á la hora misma de haber avanzado, cual avanzaban por las leyes recientes, en el gobierno de sí mismos y en la saludable administración

de sus intereses; que han tardado los yankees á reconocer la beligerancia de los facciosos cubanos en armas, por haber analogías entre sus cabecillas de manigua y los ejércitos del gran Washington; que las Cortes próximas deben acordar lo mismo que acordaron aquellos Parlamentos ingleses, cuyos wighs propusieron cedieran los ejércitos metropolitanos y abandonaran America: especies, ó por poco pensadas, ó por mal dichas, capaces de sublevar contra su temerario autor toda la nación. En esto no alabo al jefe primero de los socialistas españoles. *In hoc non laudo*. Pero sin tasa lo alabo cuando propone la intervención de los partidarios suyos en las elecciones y la presencia de los elegidos suyos en las Cortes, pues presta servicio inapreciable, no sólo al progreso general humano, á la histórica gravedad española. El régimen democrático es un régimen de pura elección, sustituyendo con este medio práctico de gobernarse á sí mismas las naciones y los individuos el antiguo principio de las castas reales y nobiliarias, el antiguo principio de la herencia. Pues ¿cómo sabrán elegir en el período de us gobierno los demócratas, si no aprenden los ejercicios de las elecciones en el período de oposición? Gobernarse á sí mismas las gentes sin haber aprendido las artes del gobierno en los comicios y en los Congresos, es como querer nadar sin ir al agua, sin mojarse. Del poco tacto político en los republicanos, provino la pérdida irreparable del Estado que sufriéramos al año del advenimiento de nuestra República. Los clubistas amaestrados en reuniones anárquicas, no salvan la distancia del ideal á la realidad; y así cayeron en el abismo. Los revolucionarios por sistema, no teniendo contra quién levantarse, ¡ay! levantáronse contra el Estado democrático. Y no se hable del retraimiento predecesor á la revolución inmortal de Setiembre. Primeramente la propaganda y el apostolado progresivos se desarrollaron en la tribuna. Después á la revolución fueron los elementos conservadores indispensables á su victoria, por dos motivos parlamentarios: la solemne interpelación sobre la Cátedra y sus libertades,

la protesta unánime del Congreso por no haber tenido legislatura el año 66. Cuando yo me presenté, acompañado tan sólo por un amigo, Anglada, en el primer Congreso de la Restauración, decían todos los republicanos y aún todos los demócratas, así de la izquierda como de la derecha, que nada conseguiríamos, y hemos alcanzado la proclamación en leyes de todo nuestro credo democrático, desde la redención del esclavo hasta la libertad en todas sus manifestaciones; el Jurado y el Sufragio universal. No podrá la democracia española gobernar jamás como no se quite de la testa el socialismo, la federal, esa dispersión atomística de sus partidarios, en remolinos sin dirección y consistencia ninguna, los grupillos con sus cien programas, la revolución sistemática, el retraimiento electoral; lo que ahora están haciendo, se parece á lo que hacían las fracciones republicanas de Francia el año 48, aquellas fracciones, cuyos errores nos costaron triste servidumbre bajo larga dictadura.

### III

Nos hemos detenido mucho en los problemas electorales y en el culto á la Semana Mayor, para poder tratar los negocios europeos con la extensión merecida por su importancia. Todos han quedado en segundo lugar, hasta los más llamativos y escandalosos, ante la catástrofe de Italia en Africa. Inútilmente se ha tratado en un debate magistral el impuesto sobre la renta por el Congreso francés, donde lo ha defendido Jaures en un discurso poético á lo Lamartine y lo ha Say atacado en un discurso razonadísimo á lo Sièyes; inútilmente ha recibido el principe de Bulgaria investiduras del Sultán é im-

posiciones del Czar, tras la comedia de bautizar en el rito griego al príncipe Boris, arrancándole á su bautizo natural; inútilmente un rey, tan inclinado al Austria, como el rey de Serbia, se ha ido en busca de mujer á la corte griega, sobre cuyos monarcas impera hoy Rusia; inútilmente ha burlado la Puerta de nuevo á la diplomacia europea, prometiendo y no dando reformas en Armenia: el asunto de los asuntos, el que priva con privanza singular, es la rota en Adoua del ejército italiano y la repercusión de tal hecho en los Parlamentos de Roma, París, Lóndres, derribando por el suelo aquella encina que se llamaba Crispi, tan arraigada, y poniendo en calzas prietas á Bourgeois con Salisbury por las expediciones á Nubia y por la evacuación del Egipto. La conciencia pública no yerra en este interés exclusivo. Comenzaba el pueblo italiano, conquistando tierras y produciendo colonias, á mostrar cómo su política de gran potencia consistía en combatir, cual hacen los imperios absolutos, no en trabajar, cual deben hacer los pueblos liberales; y quitando una mole más al régimen industrial moderno la ponían en el régimen militar y conquistador antiguo. Sus amigos, por los medios usuales correspondientes á todo publicista, intentamos disuadir á los italianos de tal empeño, en cuyas artes creían ellos encontrar el renuevo de su histórica grandeza y la sanción de su reciente fortuna. Creíamos era temerario en sus intentos, ilógico en sus principios, adverso en sus consecuencias, ruinosísimo en sus dispendios, amenazador á la paz humana, contrario al progreso del planeta, nefasto en sus resultados, este plan de colonias y conquistas oponiéndose al modestísimo y saludable de gozar la libertad, por milagros del cielo conseguida, y robustecer la unidad, por su asiento en Roma, siempre amenazada de un retroceso generado en los clamores del pueblo católico y en los intereses de la Iglesia universal. Unicamente victorias señaladas y provechos evidentísimos hubieran puesto la opinión y el juicio europeo del lado de los italianos vencedores, y establecidos en una hermosa colonia, la



cual asegurara más y más la navegación libre por las aguas del Mar Rojo, detuviera en el desierto las irrupciones de los mahedies, apoyara la civilización del Africa por Europa, y extendiese, desde las cercanías del emporio caravanesco, que se llama Yartum hasta las bóvedas del templo donde adora con ritos judíos al Dios cristiano el descendiente de la reina Saba y heredero del sabio Salomón, Menelik, tutela que requiriese á este de hermano nuestro en religión y lo llevase á colaborar en la cultura humana y planetaria, cuyos beneficios esclarecerán á una todos los horizontes celestes y á una fecundarán también todo el suelo terráqueo. Pero, en cambio, ¿qué ha sucedido? Pues ha sucedido una catástrofe: sacrificios inútiles de hombres y dinero; acaparamiento del triángulo eritreano, incapaz de resarcir con algún provecho el gasto que cuesta; ruina del Tesoro; malversaciones en los presupuestos; maniobras diplomáticas muy burdas, generadoras de odios contra los italianos en aquellas tribus fáciles al reclamo, indóciles al combate; una campaña desastrosísima, en cuyos incidentes las ciudades sitiadas han caído á los pies del Negus como los muros de Jericó á las trompetas de Josué, y los combates cruentísimos han entregado los cadáveres de diez mil italianos á los buitres del aire y á las hienas del desierto; agitacione revolucionarias de la nación puesta en el potro; peligros de la dinastía, soñando con grandezas en la guerra cuando sólo representa la libertad; un cambio en la política de orígenes bien tristes y de consecuencias poco averiguadas; una crisis, de carácter belicoso, casi entre Francia é Inglaterra por las expediciones al Sudán; el triunfo absoluto de Abisinia y la derrota irreparable de Italia.

## IV

Por consecuencia, en cuanto recibieron los italianos la noticia del último desastroso encuentro llamado de Adoua, comenzaron á quejarse y á partir en guerra por calles y plazas contra el presidente Crispi y sus ministros. Como siempre que hay una rota, ennegrecíanse los hechos, bastante negros de suyo, y agravábanse las causas, bastante graves ya. Hubo quien dijo que fueran los soldados á la buena de Dios, como dispersos y en átomos, chocando contra un desfiladero inaccesible y muriendo cual moscas al furor de los abisinios desbocados, porque, tras aquel esfuerzo, terminado en fracaso cuando se necesitaba tanto el triunfo, debía el Parlamento reunirse, y en esta nueva reunión presentarse Crispi, como César en el foro y en el Senado, con su corona de roble sobre la cabeza y su cetro de dictador en las manos. Buscando un buen éxito en el Parlamento, se había infligido terrible desastre á la nación. De aquí una tan grande tristeza en los espíritus, movida por un enfurecimiento contra Crispi, tan extraordinario, que si no lo sacrifican pronto, hubiera llegado la protesta universal hasta la universal revolución. El rey se resistía con tenacidad al cambio de gobierno, sobre todo á la destitución del primer ministro. Y no le faltaba motivo. El antiguo partido parlamentario, aquel que tuvo por fundador á Cavour, por alma en otro tiempo á Ratazzi, por continuador á Minghetti, por diplomático á Visconti-Venosta, se disolvió casi en los últimos tiempos de Victor Manuel y en los primeros de Humberto, al corrosivo de una política como la política de mi buen amigo Depretis, en que las ideas entraban por poco y por mucho los intereses.

Sólo quedaba en la derecha Rudini, caballero sin tacha y sin reproche, estadista de convicciones liberales y de tendencias conservadoras, con mucha fidelidad á sus ideales, pero con escasa experiencia política. De la izquierda no hablemos. Hay en ella un gran orador y poeta, el célebre Cavallotti, á quien Italia cada día quiere y admira más, pero á quien cada día sigue menos, porque, colocado en los límites donde acaba la monarquía y empieza la república, no está bastante decidido por una ú otra institución; y á los republicanos les parece cada día más monárquico y á los monárquicos cada día más republicano. La izquierda radical en Italia es, como en España, una Babel. Crispi representaba el carácter extremadamente radical, contrastado por el método extremadamente conservador. No se podía dudar de su fidelidad á la causa italiana, y al rey que la representa en el mundo; tampoco se podía dudar de su inteligencia clarísima y de su firme voluntad; lo único que se prestaba por completo á dudas era su liberalismo, pues en su esférico cerebro y ancha frente habíanse sobrepuesto los métodos cesaristas de Bismark á los métodos liberales de Cavour; y creía que, para defender Italia de sus numerosos enemigos, no le quedaba otro remedio, sino suprimir en lo interior el socialismo con violencia y fomentar en lo exterior á la triple alianza con todos sus compromisos. Podrá criticarse, como se quiera, esta política, llena de dificultades; pero no cabe dudar que la impelía un pensamiento muy claro, una finalidad muy concreta, un método muy seguro. Yo condeno toda limitación de la libertad y toda tendencia de conquista. Por consecuencia, yo condeno la política interior y la política exterior del último gobierno italiano. Temo al socialismo reprimido y no temo al socialismo dejado en libertad completa de manifestar sus errores, confirmandome á una en tal raciocinio abstracto los ejemplos de Suiza é Inglaterra, donde, libre, decrece á diario el socialismo, frente á los ejemplos de Alemania y Rusia, donde, reprimido, crece á diario el socialismo. Su crecimiento en Francia no

debe imputarse á obra del derecho; debe imputarse á obra del gobierno. Para esta política italiana, política de Césares, no de tribunos, se necesitaba fomentar, no el pueblo, no, el ejército. Para fomentar el ejército se necesitaba un campo de maniobras, como el que tuviera Francia en Argelia, y ningún campo de maniobras como la Eritrea de Africa. Por consiguiente, la política de Crispi en Africa provenía de la política de Crispi en Europa. Mas esta política no era suya, no, había sido recibida de sus antecesores. Rudini mismo reanudó, al expirar el primer plazo de la triple alianza en Europa, su continuación, que traía consigo aparejada la continuación de una política colonial y conquistadora en Africa. Por consecuencia, Crispi ha sido el menor padre de la política hecha por los italianos en el Mar Rojo; sólo que ha creído, resuelto y valiente por naturaleza, llevarla con empeño, definirla con claridad, sostenerla con verdadera constancia. Y como pertenece al número de hombres gustosos del poder en Europa, han atribuido las maniobras activas y poderosas de Crispi en Abisinia y sus anejos al deseo de conservar su presencia en el gobierno y su predominio en el Parlamento.

## V

Pues Rudini, después de haber criticado tanto la política de Crispi, no hace más que seguirla. Yo apruebo nuestra tenacidad en Cuba, territorio á conservar; no comprendo la tenacidad de los italianos en Abisinia, territorio á conquistar. Debe Italia conservar á sangre y fuego Sicilia, como nosotros Cuba; no debe adquirir Eritrea, como nosotros no debemos adquirir ni un átomo de tierra más en América. Si yo fuese gobierno en

Roma, rompería la triple alianza en Europa, me retiraría del empeño colonial en Africa, reduciéndome al puro trabajo de robustecer la unidad, arreglar el presupuesto y conducirlo todo con tenacidad hacia un régimen de industria, es decir, de trabajo, en la seguridad completa de que así acabaría con el socialismo, quien jamás cede á ninguna violencia, y prevalecería por la inspiración y por el genio sobre todas las naciones, á quienes no quiere vencer ni combatir todo verdadero demócrata. Hemos sustituido la gran política de principios, la política de ideas, mantenida por Cavour, por Víctor Manuel, por Rattazzi, por Mazzini, por Garibaldi, con la política de intereses, que acaba con todos los ideales; y al acabar con todos los ideales, acaba con todos los heroísmos. El pueblo, víctima de los conquistadores, se ha metido, sin empacho alguno, en guerras de conquista; y como no pueden violarse las leyes providenciales que presiden el desarrollo del género humano siempre, ha recibido Italia por culpa de sus directores hoy una enseñanza, que será dolorosa, pero no baldía, como pueda salir de ella, cual deseamos todos sus fervorosos amigos, para lo por venir un verdadero escarmiento. Hoy el bueno de Rudini ha dicho que no debía por modo ninguno accederse al clamor de la opinión que demandaba un abandono de toda la Eritrea y reducirse á la conservación de Masouah y sus tierras propias, sin aspirar ni al dominio del Tigré ni al protectorado de Abisinia. Pero en seguida se ha presentado el peor de los peligros, como es á saber, una complicación europea. Con efecto, los menores, siempre que se alían á los mayores, si creen recibir auxilios de sus aliados, se engañan, pues los prestan y hacen de ciegos satélites llamados á la fuerza natural de atracción poseída por los grandes cuerpos. Así ahora se ha visto que Italia en todo este amargo trance ha servido principalmente á Inglaterra, teniendo en jaque los mahedies dispuestos á descolgarse del Alto Nilo al Bajo y prestando guardias en Kasala por los intereses británicos, pues Kasala en estos momentos se nos delata como una garita en la cual hallábase Italia de centi-

nela, para que pudiese Inglaterra dormir á su gusto en Egipto, dominado so la sombra de sus colosales pirámides, entre aquellas esfinges y obeliscos y palmeras, como si fuesen continuadores de los prehistóricos Faraones y de los alejandrinos Tolomeos. Así desde la derrota de Italia se ha revelado un movimiento extrañísimo en Inglaterra, primero por socorrerla, después por ir al Sudán, movimiento que ha revelado ante la inercia y el silencio de Austria y Alemania, lo platónico de la triple alianza y lo seguro del pacto entre Inglaterra é Italia.

## VI

Es lo cierto que al retroceso de los italianos en Africa se han movido los ingleses hacia Dongola. Y este movimiento ha planteado la cuestión europea, poniendo de una parte á Inglaterra é Italia, más ó menos secundadas por Alemania y Austria; de otra parte á Rusia y Francia, más ó menos secundadas por la Turquía en persona. Francia, con muy mal acuerdo, se apartó, contra el sentimiento y la convicción de un patriota como León Gambetta, de aquel condominio ejercido con Inglaterra sobre la región baja del Nilo. Desde tal día, Inglaterra se quedó con el dominio exclusivo del Egipto, prometiendo sería temporal de palabra diplomática y tomándolo por eterno en la realidad viviente. Fué tal acuerdo una resolución. Francia é Inglaterra se habían declarado en setenta y siete naturales protectoras del jetife Ismail, celando por medio de dos delegados, presupuesto y tesoro, con tal autoridad, que ambos entraron á tomar parte del poder y dijéronse ministros del Monarca, quien quiso, al cabo de cierto tiempo, hurtar el cuerpo á su autoridad y fué por esta razón depuesto

en solemne iradé del Sultán de Constantinopla, reverenciado allí como supremo imperante de antiguo. El nuevo jetife, ó soldán, mostró una debilidad extrema é irremediable, hasta el punto de dejar constituir un ministerio soldadesco, destinado así á revocar la intervención europea como á divertir los fondos reunidos para la deuda de su objeto y dispendiarlos en empleados inútiles juntos con militares de guerra civil. Esto no pudo tolerarse por el mundo europeo, á quien debía Egipto dos mil millones de francos sonantes y contantes, con los cuales enajenara su independendencia material, poco segura desde la construcción del canal de Suez. Quiso Inglaterra sostener el condomnio con Francia, y predominando en el Congreso las ideas radicales por Clemenceau, entonces muy poderoso, obedecidas por el principal autor de la concentración republicana, Freicynet, muy complaciente con los radicales, creyeron justo contrastar á Gambetta, y se apartaron de Inglaterra, llegando hasta renunciar á su poder en Egipto. Entonces los ingleses bombardearon Alejandría, pusieron pie firmísimo en el desierto, derrotaron al jefe del gobierno militar egipcio, y, como dueños del bajo Nilo, irguiéronse, sin comunidad alguna, con Francia. Sucedió todo esto bajo un ministerio Gladstone, quien, mientras acontecía, declaraba no estar allí como dueño y señor, antes bien, como amigo y consejero, dispuesto á dejar toda intervención en cuanto Egipto se pacificara y quedasen asegurados los intereses colectivos de todas las potencias europeas. Quizá un ministerio tory ó anglicano y episcopal jamás fuera tan explícito como un ministerio radicalísimo y metodista; pero es lo seguro que coincidió la efectividad real de una conquista violenta con la promesa clara de una evacuación próxima. En Marzo de 1883 lo declaró así á los diputados el glorioso jefe de aquel gobierno, jefe también del partido liberal. Pero la cuestión egipcia se complicó en estos días de una manera horrible. La guerra es como un estado natural en los pueblos mahometanos. Organizados para el combate por su Profeta, no conocen aquella conformidad con

la suerte y el destino de los orientales inscritos en las religiones de Buda y de Confucio, aunque sean fatalistas. Coincidieron, pues, con las guerras civiles del Egipto, alto Nilo, las guerras civiles del Sudán, bajo Nilo. Imposible dominar el bajo Nilo sin dominar el alto. Imposible poseer el Egipto sin poseer el Sudán. Pues en pleno Sudán los mahedistas, parecidos á nuestros almoravides y almohades y zegries, rompieron en guerra con los representantes del jetife, y les tomaron populosas ciudades. No tuvieron las tropas anglo-egipcias más remedio que arremeter con los insurrectos y perseguirlos en pleno arenal. Pero su valor se frustró contra la resistencia insuperable de los mahedies. Y así debe quien quisiera estudiar estos asuntos difíciles, comprender cuánto servicio contra el Sudán ha prestado la residencia de los italianos entre los desiertos del líbico arenal y las olas del célebre Mar Rojo, vigilando una parte considerable del África é impidiendo conjuraciones de pueblos, amenazadoras al poder de Inglaterra y á la seguridad de sus dominios en el Nilo.

## VII

Así estuvo Italia en Kasala, que comanda un afluente del Nilo, y por ende aparece como un sitio estratégico de primera importancia entre el Mar Rojo y el desierto, entre el alto valle y el bajo de los antiguos Faraones. Al principio de tal ocupación, realizada en 1892, disertaron mucho los periódicos ingleses contra estas ingerencias italianas en los dominios egipcios, pero á poco se convencieron del papel casi británico que allí desempeñaban sus aliados y del servicio hecho al poderío británico. Si alguna vacilación cupiese respecto de tal creen-



cia, desvaneceríala el rápido movimiento de los ingleses hacia el Sudán, en cuanto han visto las derrotas de los italianos por países al Sudán muy próximos. La guerra está por completo declarada entre los dervises y los ingleses por el desastre de Italia, dando alas á los enemigos de Inglaterra. Mas para toda campaña se necesita dinero. Y el pueblo inglés no quiere sacarlo de su bolsillo, quiere que lo dispendie la misma tierra egipcia, poniendo á su disposición el fondo de reserva guardado para pagos de la deuda. Mas tienen sobre tal fondo de reserva inspección legítima las grandes potencias, y no puede sacarse de allí un ochavo sin permiso de todas ellas. Tal tesoro está bajo seis llaves. Prometen las suyas Alemania y Austria por amor á Italia, que sería completamente aplastada, si el abisinio cristiano se pusiese de acuerdo con el sudanés musulmán; pero las niegan, ó por lo menos las regatean, Rusia y Francia, viendo en la empresa una perdurable permanencia de los ingleses entre los egipcios. Decíase que la comisión interventora de tales fondos era como la Dieta de Polonia, es decir, que debía tomar sus acuerdos por unanimidad, cosa imposible donde se reúnen seis personas, y ahora dicen que no hay tal y que los dos millones de libras indispensables á facilitar la expedición al Sudán acaban de autorizarse por mayoría, por Alemania, Italia, Inglaterra y Austria; contra Rusia y Francia. Un quid pro quo muy extraño ha sucedido en este grave negocio: el cambio por que ha pasado Francia, belicosísima á primera hora y después protestante platónica. Este quid pro quo ha costado su cartera de ministro al sabio Berthelot. El presidente de su gobierno, M. Bourgeois, dijo una opinión á las Agencias telegráficas de mucho cuidado por intransigente, mientras el ministro de Negocios extranjeros desde su despacho protestaba con reservas, pero sin frisar la protesta con el rompimiento. Y no hubiera tenido nada de maravilloso y extraño cualquier acuerdo excesivo. La expedición británica, decretada en estos momentos, denuncia de un modo indefinido la ocupación inglesa en Egipto. Y esta ocupación agrava el

malestar de Francia y de Turquía mucho ante un protectorado que intenta ser como una defensa del Egipto en sus comienzos y aparece como una conquista ser del Egipto en sus resultados. Así las Cámaras inglesas, donde toda grande aspiración tiene su eco natural correspondiente, ha debatido este problema con voces de oradores tan elocuentes como el correcto Morley, de políticos tan maestros como el sabio Dilke, de publicistas tan leídos como el ingenioso Labouchere, pidiendo la evacuación del Egipto al gobierno conservador, aunque nunca la obtuvieron ellos con su empeñado trabajo en tiempo de los gobiernos radicales. Así la cuestión del territorio egipcio y abisinio queda por este modo arreglada en definitiva: el Neco pide la paz con Italia, quien renuncia por su parte al falaz protectorado sobre Abisinia y á la extensión por el Tigré y á la propiedad de Kasala, quedándose únicamente con su antigua colonia Eritrea, cuya situación le permitirá disminuir sus gastos, mientras Inglaterra emprende una operación difícil, semejante á las varias en que fracasó el mártir de sus empresas nubias, Gordón, asesinado en Yartum por los mahedíes, quienes de nuevo se aperciben á una guerra, en cuyas incidencias pueden caer sobre pueblos poderosos innarrables catástrofes.

## VIII

Imposible cerrar esta Revista europea sin decir algo del voto de la Cámara francesa, tan aguardado, sobre la cuestión de las cuestiones económicas, el impuesto á la renta, mejor, el impuesto á las utilidades. Hace mucho tiempo nos estaban diciendo cuantos republicanos conservadores hay en el Con-

greso francés que, habiendo venido un ministerio radical por sorpresa inesperada, se iría por cualquier cuestión de principios. Representando el Congreso la libertad individual y representando el gobierno la reacción socialista, el choque de una con otra idealidad no sería un choque personal entre republicanos y estadistas, no sería un choque colectivo entre fracciones republicanas militantes, no; sería un choque más trascendental entre dos credos y símbolos, cuyos principales dogmas se repelen, por significar uno la extensión del principio liberal á sus últimas consecuencias, y significar patente retroceso á la tutela de los Estados y al predominio de los gobiernos sobre la libertad el otro. Había llegado el momento de manifestar esto: momento decisivo y supremo. Dentro del proyecto de impuesto sobre la renta se halla en germen todo el viejo socialismo, y dentro de su reprobación por la Cámara todo el sistema liberal. Tamaño esbozo de ley se une y enlaza con toda la serie de medidas tomadas creando sindicatos privilegiadísimos análogos á los anteriores al período creador de la individualista revolución francesa, y estableciendo tasas y reglamentos, los cuales dan un salto sobre las teorías de Turgot y caen, sin saberlo y sin quererlo, por una incontrastable fuerza de lógica, en pleno absolutismo. ¿Cuál mejor ocasión para dividir los dos campos democráticos, y mostrar la superioridad numérica de los conservadores sobre los radicales en el Congreso? Pues durante todo el período de las votaciones secretas en la junta de cada sección, votaron los conservadores un comité opuesto al proyecto de ley en todo, y luego, poco á poco, en los largos debates y en las públicas votaciones tal mayoría se ha convertido en minoría y se ha declarado en derrota. Sin embargo, el gobierno había sido derrotado en las secciones y más que derrotado en los debates. Pero al llegar á los artículos principales de un proyecto, que abre las castas de nuevo, y declara guerra implacable á los ricos cual si fuera una fábrica de trabajo é industria el antiguo castillo feudal de combate y despotismo, la Cámara da un voto de confianza en

público al mismo gobierno á quien habia dado un voto de desconfianza en secreto. Ha vuelto, pues, al centro de gravedad suyo el gobierno radical y ha vuelto por debilidad irremediable del partido conservador. Ahora, los mismos desertores libran en el Senado todas sus esperanzas y hacen mal. Esa revisión de los votos contra las locuras socialistas al Senado parece demostrar que las dos Cámaras están en desacuerdo, cuando están de acuerdo, y sólo triunfa el gobierno en una y es derrotado en otra, porque tiene una firmeza el Senado de que carace por desgracia el Congreso. No debemos equivocarnos. El proyecto vencedor en la Cámara, se halla vencido en la opinión. Francia es un pueblo donde la propiedad aparece como el áncora de todas las libertades, y donde los numerosos pequeños propietarios, ó componen, ó dirigen el comercio. Habrá tarde ó temprano una reacción activa contra el Parlamento, como la que hubo en tiempo de Boulanger, y esta reacción contra el Parlamento será una reacción verdadera contra la república. Sólo volviendo la democracia sobre sus pasos y proclamando las libertades sin mezcla de socialismo podrá salvarse, como deseamos los liberales, el progreso pacífico y la república verdadera en Francia.

EMILIO CASTELAR.

# LA PRENSA INTERNACIONAL

---

## Tres parábolas del conde León Tolstoy (1).

### I

#### LA CIZAÑA

**E**n un magnífico prado brotó la cizaña. Para librarse de ella, los propietarios de él pusiéronse á segarla; y naturalmente, creció más vigorosa al retoñar. Pues bien; un prudente y buen propietario de las cercanías, al visitar á los dueños del prado, les dió más de un consejo; entre otros, el de no dallar la cizaña, so pena de verla por eso mismo propagarse, sino arrancarla de raíz.

Los dueños del prado, ya porque entre las instrucciones de su buen vecino no se fijasen en la relativa á la necesidad de extirpar la cizaña en vez de segarla, ya porque no la comprendiesen, ó ya también porque por cálculos personales no se quisiesen conformar con ella, continuaron dallando la cizaña y multiplicándola por consiguiente.

Durante los años que siguieron, hubo más de un hombre que recordase á los poseedores del prado el consejo del prudente y buen vecino; pero no se les escuchaba, y seguíase obrando siempre como antes. De suerte, que el guadañar la ci-

---

(1) Han visto la luz en el *Potchine Sbornik Obstchestva rossiiskoi slovesnosti*, Revista moscovita que sólo aparece una vez al año.

zana conforme iba naciendo llegó á ser, no sólo una costumbre, sino hasta una tradición sagrada; y el prado se plagaba cada vez más.

A la postre, llegó un momento en que ya no hubo en el prado más que cizaña. Gemían los propietarios y se ingeniabán por encontrar un remedio que poner á semejante situación. Uno había, y nada más que uno: el que les indicó el bueno y prudente vecino. Mas no se usaba.

En los últimos tiempos, un forastero, condolido al ver estropearse tan hermoso prado, buscó entre las instrucciones dadas por el cuerdo propietario y olvidadas en un rincón, para ver si encontraría alguna adecuada al presente estado de cosas. Descubrió la relativa á no segar la cizaña, sino arrancarla de cuajo. Declaró, pues, á los poseedores de la pradera que habían obrado con imprevisión, y que de largo tiempo atrás les había puesto en guardia contra ella el bueno y prudente propietario.

En vez de evacuar la cita hecha por ese hombre y en caso de ser exacta no dallar más la cizaña, ó en el caso contrario probar en qué estaba equivocada; en lugar también de aceptar desde luego como buena la cita del consejo del buen propietario cuerdo, los dueños del prado tomaron el partido de ofenderse por el llamamiento que á su memoria hacía el forastero y pusiéronse á llenarle de invectivas.

Calificábanle unos de orgulloso, que se imaginaba ser en el mundo el único que comprendía las instrucciones del buen propietario. Otros le motejaban de falso intérprete, de traidor y de calumniador. Otros, sin considerar que no había dicho ninguna cosa de su propia cosecha, sino que simplemente había recordado los consejos de un hombre estimado por todos, afirmaban que era un individuo nocivo, deseoso de ver multiplicarse la cizaña hasta el punto de que el prado quedase bien pronto perdido para siempre.

—¡Pretende que no conviene dallar la cizaña!—gritaban.  
—Pues si no la destruimos, se reproducirá hasta lo infinito; y

entonces ¡adiós nuestro prado! ¿Acaso lo tenemos para cultivar en él mala hierba?

E intencionalmente pasaban en silencio que el hombre no había hablado una palabra respecto á no destruir la cizaña, sino arrancarla de raíz en vez de cortarla.

La opinión de que el hombre era un insensato, ó un intérprete embaidor, ó un monstruo que sólo tenía por mira el daño ajeno, afirmóse de tal modo, que quien no se mofaba de él, colmábale de denuestos. Y, á despecho de todas sus explicaciones (á saber, que lejos de desear la multiplicación de la cizaña, por el contrario, estimaba que su destrucción es uno de los principales deberes del poseedor de tierras, pero que comprendía esa destrucción como la había comprendido el propietario bueno y prudente y no hacía sino recordar los consejos de éste), á pesar de todo cuanto se le ocurrió decir, no se le hizo ningún caso, pues era cosa definitivamente resuelta que estaba loco de orgullo, era infiel á la palabra del cuerdo y buen propietario, ó un malvado de tan negras intenciones como para invitar á las gentes á no destruir la mala hierba, antes por el contrario, cuidarla y favorecer su reproducción.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS DEL

Lo mismo me ha sucedido á mí cuando he abogado en defensa del precepto evangélico de no combatir el mal con la violencia. La regla fué formulada por Cristo, y todos sus discípulos la han repetido después de El en todos tiempos y lugares. Pero sea por no haberse fijado en ella, sea por no haberla comprendido, sea por parecer harto difícil seguirla, es lo cierto que cuanto más tiempo pasa, más se desatiende y más se aparta de ella el método de vida de los hombres. Al cabo ha acontecido lo que hoy vemos: que empieza á presentarse ante los ojos del mundo como una cosa nueva y desconocida, cuando no extrambótica y hasta insensata.

Hame acontecido á mí como al forastero que recordaba á

los dueños del prado el antiguo precepto del bueno y prudente propietario, en virtud del cual no conviene segar la mala hierba, sino arrancarla con raíz y todo. Los poseedores del prado calláronse de intento que la prescripción recomendaba, no que se dejase de destruir la cizaña, sino que no se destruyese de una manera irracional, y declararon:—«Este hombre es un insensato que nos aconseja, en vez de segar la cizaña, volver á sembrarla ó poco menos.» De igual modo, cuando afirmé que para abolir el mal basta conformarse con el precepto de Jesucristo que nos enseña á no oponerle la violencia, sino extirparlo por medio del amor, exclamaron:—«No escuchemos á este insensato que nos incita á no luchar contra el mal, para que el mal nos ahogue bien pronto».

Decía yo que, según la doctrina cristiana, el mal no puede desarraigarse por el mal; que luchar con el mal por la violencia, es sencillamente aumentar su fuerza; y que Jesús ha manifestado formalmente que el mal se extirpa por el bien: «Benedicid á quienes os maldicen, rogad por quienes os ofenden, amad á vuestros enemigos y *no tendréis un enemigo.* (*Doctrina enseñada por los XII Apóstoles.*) Decía yo que el Evangelio afirma: que la vida entera del hombre es *una lucha con el mal*; que con la espiritualidad y con el amor es como el hombre vence al mal; y que, de todas las armas utilizables contra el mal, Cristo excluye el arma imprudente de la violencia, el devolver mal por mal.

Y de estas palabras mías sacóse la consecuencia de que prestaba yo á Jesucristo una doctrina en virtud de la cual no debemos resistirnos al mal. Y todos aquellos que fundan su vida en la violencia y que por ende gustan de ésta, se apresuraron á adoptar tan falsa interpretación de mis palabras (que son las mismas de Jesús), y proclamaron que la doctrina que enseña á no oponer la violencia al mal, es una doctrina embustera, insensata, sacrílega y nociva.

Y, con pretexto de destruir el mal, siguen tranquilamente los hombres reproduciéndolo y multiplicándolo.



## II

## LOS FALSIFICADORES

Unos mercaderes comerciaban en harina, manteca, leche y otros géneros alimenticios. Iban á cuál de ellos realizaría mayores «beneficios», á quién se enriquecería con más rapidez. Llegaron á mezclar con sus mercancías materias cada vez más diversas, poco costosas y muy perjudiciales para la salud. Ponían en la harina cal, en la manteca margarina, en la leche agua y creta.

Mientras los artículos no llegaban á manos del consumidor todo iba á pedir de boca. Los almacenistas en grande escala vendían á los comerciantes medio al por mayor, quienes provisionaban á los tenderos revendedores al por menor. Había allí muchos almacenes y tiendas, y el comercio parecía muy próspero. A lo menos, los comerciantes dábanse por muy satisfechos.

Pero los consumidores de la ciudad, que no podían producir ellos mismos sus alimentos y se veían constreñidos á comprarlos, esos experimentaban sumo disgusto y harto daño. La harina era detestable, y detestables eran la manteca y la leche; pero como en los comercios de la ciudad no había otros géneros sino los adulterados, los consumidores no tenían más remedio que seguir comprando aquella harina, aquella manteca, aquella leche; y acusábanse á sí mismos del mal sabor, de las indisposiciones, de los malos guisos. Y no pensando nadie en quejarse de los comerciantes, éstos añadían á las sustancias alimenticias una cantidad cada vez mayor de ingredientes heterogéneos, baratísimos y muy nocivos.

Así continuaron las cosas por largo tiempo, y ninguno de los consumidores que sospechaban el origen de sus males, ninguno se decidía á manifestar su descontento.

Pues bien: hubo de acontecer que una campesina, que hasta entonces había alimentado siempre á su familia con alimentos preparados en casa, fué á vivir en la ciudad. Guisaba desde muchos años atrás; y aunque no fué nunca una cocinera emérita, sabía cocer un pan en su punto y combinar una comida apetitosa.

Así que arregló la casa, fuese á comprar por la ciudad sus provisiones de boca y en seguida se puso á tostar, hervir y asar manjares. Y cátrate que los panes en vez de cocerse se deshicieron en migajas; los buñuelos, fritos en la margarina, no tenían buen sabor; la leche hacía posos y no se formaba crema ninguna en ella.

La hacendosa mujer adivinó en el acto que los géneros estaban adulterados. Los examinó y confirmóse en su idea, pues halló cal en la harina, sebo en la manteca, agua y tierra blanca en la leche. Al ver esto, volvióse al mercado y acusó en voz alta á los tenderos, diciéndoles que tuviesen en sus establecimientos artículos sanos, nutritivos y sin falsificar, ó de lo contrario dejasen el comercio ó cerrasen sus tiendas.

Los comerciantes encogieronse de hombros y contestaron: que sus géneros eran de primera calidad, que toda la ciudad se proveía de ellos en sus casas desde luengos años, y que además tenían medallas. Y en efecto, exhibían premios en sus rótulos.

—¡Una higa se me da á mí de vuestras medallas!—exclamó la buena mujer casera.—Yo no quiero más que alimentos sanos y tales que, después de tomarlos mis hijos y yo, no tengamos dolores de estómago.

—Preciso es, buena mujer, que jamás hayas visto verdadera leche, verdadera manteca, ni verdadera harina—protestaron los comerciantes, enseñándola, dentro de recipientes barnizados, harina absolutamente pura en apariencia, dorada

manteca puesta en hermosas bandejas con flores, y una leche deslumbradora de blancura dentro de unos cántaros con tanta limpieza bruñidos que podía verse la cara en sus paredes.

—¿Cómo queréis que yo no entienda de esto—replicó la mujer casera,—si en toda mi vida no he comido ni hecho comer á mis hijos nada que no hubiese preparado yo misma con mis propias manos? Vuestras mercancías son malas. Y en prueba de ello, ved los panes desmigajados y la margarina donde he frito los buñuelos, y el poso que he encontrado en la leche en vez de nata. ¡Todo lo que tenéis en vuestros comercios debieran tirarlo al río ó quemarlo, y ser reemplazado por géneros verdaderamente buenos!

Y así permanecía delante de las tiendas, vociferando siempre en el mismo tono; y como se aproximasen unos chalanes, también á ellos les gritó cuanto tenía en el magín; y los chalanes mirábanse unos á otros, ya turbados.

Viendo que si no la paraban los pies aquella mujer les perjudicaría en su comercio con tales gritos, dijeron los comerciantes á los chalanes:

—Buenas gentes, mirad á esta loca que quisiera que todo el mundo se muriese de hambre. Para darla gusto, sería menester tirar al agua ó al fuego todas las sustancias alimenticias. ¿De qué viviríais si la creyésemos nosotros, es decir, si dejásemos de venderos el alimento? No la hagáis caso: es una pobre lugareña que no sabe jota acerca de los alimentos de la ciudad. Por envidia la emprende contra nosotros: como está en la miseria, querría que todo el mundo estuviese en la misma situación.

Así hablaron los comerciantes á la multitud congregada; callando de propósito que la mujer había pedido, no que se destruyera toda clase de alimentos, sino que se reemplazaran los malos por buenos.

Precipitóse entonces la muchedumbre hacia la mujer y la insultaron. Por más que la infeliz afirmase que de ninguna manera quiso la destrucción de los alimentos, puesto que ella

misma había preparado durante años y más años con sus propias manos todo cuanto su familia necesitó para alimentarse, sino que sencillamente reclamaba que las personas que habían tomado á su cargo el proveer á la alimentación de la humanidad dejaran de envenenarla con cosas que sólo tenían de alimentos las apariencias; por más explicaciones que quiso seguir dando, nadie le prestaba ninguna atención, pues era asunto concluido que sólo quería ver privados á los hombres del indispensable sustento de su vida.

Lo mismo me ha pasado á mí al estudiar el arte de nuestro tiempo. Toda la vida di pasto á mi cerebro con el arte verdadero, y bien ó mal habíame esforzado en alimentar con él cerebros ajenos. Y como para mí el arte es un alimento y no un objeto de comercio ó de lujo, sé reconocer perfectamente cuándo es alimento y cuándo no es más que un simulacro de alimento.

Así que ensayé el alimento que hace algunos años ha comenzado á venderse en nuestro comercio intelectual bajo la forma de la ciencia y del arte contemporáneos, y que lo ensayé en las personas á quienes quiero, me convencí de que la mayor parte de este alimento dista mucho de ser puro. Y declaré que la ciencia y el arte con los cuales se comercia actualmente en nuestro mercado intelectual son una falsificación, ó á lo menos unas mezclas donde entran por mucho sustancias extrañas á la verdadera ciencia y al arte verdadero; y estoy de ello segurísimo, puesto que los productos por mí adquiridos en el mercado intelectual fueron indigestos para mí y los míos; y amén de indigestos, enteramente dañinos.

Al punto se pusieron á gritar contra mí, afirmando que ese mi parecer proviene sencillamente de que yo no sé gran cosa y soy inepto para comprender las cuestiones un poco elevadas.

Entonces acometí la prueba de que los tratantes que comercian en esos artículos alimenticios de la inteligencia se acusan ellos mismos de engaño los unos á los otros; que en to-

dos tiempos se han ofrecido á los hombres, so color de ciencia y de arte, cosas muy embaidoras y muy nocivas; que es naturalísimo que semejante peligro se presente también en nuestra época; que aquí no se habla en son de broma, y que el envenenamiento del alma es más temible que el del cuerpo; por consiguiente, que es preciso examinar con el más vivo celo los artículos que se nos ofrecen para nuestra alimentación intelectual y rechazar con energía todos los falsificados ó dañosos.

Y así que hablé de esta manera, no hubo un hombre, ni uno solo, que objetase cualquiera cosa en artículos ó libros á mis afirmaciones. Y desde todas las tiendas empezaron á gritarme, como á la mujer de mi cuento:

—Es un loco, que quiere abolir la ciencia y el arte, de los cuales vivimos. No le hagáis caso, apartaos de él. Venid á nuestra tienda y ved nuestros mostradores y escaparates: tenemos géneros fresquitos... del extranjero.

### III

#### LOS VIAJEROS

Unos viandantes iban de camino y hubo de acaecerles que se extraviaron de él; de suerte que tenían ya que andar, no por la amplia y llana carretera, sino por barrancos y malezas. Desgarrábanse ropas y carnes en los zarzales, y tropezaban entre el ramaje seco; obstruíase cada vez más el paso, y muy pronto se hizo casi imposible el avance.

Entonces, se dividieron en dos partidos. Persistían unos en proseguir sin descanso en derechura, en la misma dirección en



que iban desde tiempo atrás; y sus secuaces se empeñaban en persuadir á los demás y á sí propios de que no se habían apartado del buen camino, ni perdido la orientación precisa para el término del viaje. Los otros, con el convencimiento de que la dirección seguida en la actualidad no podía ser la verdadera, pues de serlo habrían llegado ya al fin de la caminata, resolvieron que era preciso ponerse en busca de la buena senda, y que para dar con ella no había como separarse en el acto y avanzar en todas direcciones á la vez.

Todos los traginantes se adhirieron á uno de estos dos pareceres, decidiendo unos caminar siempre en derecha y dispersarse otros en todas direcciones.

Sin embargo, hubo un hombre que no se afilió á ninguno de los dos bandos. Dijo que antes de seguir la marcha con el rumbo llevado hasta entonces ó de apresurarse á explorar todos los demás rumbos con la esperanza de topar así con el verdadero, lo importante con urgencia era detenerse, darse cabal cuenta de la situación, y no adoptar tal ó cual partido sino luego de reflexionarlo con madurez.

Pero hallábanse tan excitados por su larga jornada los caminantes, enloquecíales de tal modo su situación, deseaban tanto el tranquilizarse con la idea de que no se habían perdido, ó á lo menos que sólo por un momento se habían separado del buen camino y no tardarían en dar con él de nuevo, y sobre todo, aspiraban tanto á reprimir su miedo con el movimiento, que el parecer de aquel hombre se acogió con gritos de indignación, acusaciones y burlas, igual por una que por otra banda.

—¡Consejos de la debilidad, de la cobardía y de la pereza! —clamaban éstos.

—¡Buen medio de llegar al término del viaje, quedarse quietos en un sitio! —prorrumpían los otros.

—¡Somos hombres y se nos han dado las fuerzas para poner nuestro empeño en superar los obstáculos, no para resignarnos á ellos con vileza! —exclamaban los de más allá.

Por más que el hombre discorde con la mayoría de sus compañeros, afirmaba que obstinándose en no cambiar la falsa dirección seguida hasta entonces jamás llegarían á la meta, antes por el contrario apartaríanse cada vez más y más de ella; que tampoco se aproximarían á la misma explorando el terreno por una y otra parte; que el único medio de alcanzar el fin del viaje era orientarse por el sol ó las estrellas para encontrar de nuevo el mejor camino, y que una vez reconocido éste, entonces podrían volver á ponerse en marcha con la certidumbre de ir donde era preciso; pero que para ponerse en el caso de discernir ese camino, convenía ante todo pararse, no para estar siempre inmóviles, sino para tener tiempo de calcular en qué dirección se podría ir nuevamente á pie firme; por más ahinco que tuvo en explicarles de mil maneras que para llegar donde se pretendía ir es preciso haberse orientado, y que para orientarse es menester pararse un momento, nadie quiso escucharle.

El primer partido continuó andando en la dirección seguida con anterioridad, y el segundo comenzó á desparramarse á izquierda y derecha. Y ni los unos ni los otros se aproximaron al fin de su jornada; ni salieron de hoyas y matorrales, y aún van errantes por el mundo.

---

Lo mismo exactamente me ha acontecido al atreverme á emitir el parecer de que el camino por donde nos hemos extraviado en esta selva oscura que se llama «cuestión obrera» y en esa páfida marisma del «ejército armado», cuyo fin no llegan á ver los pueblos; que tal camino, repito, no es de ningún modo aquel que debiéramos seguir; que, según todas las probabilidades, hemos marrado la buena senda, y que, por ende, es preciso suspender por algún tiempo un movimiento de una falsedad tan evidente, con el fin de recogernos dentro

de nosotros mismos y buscar una orientación según las bases que nos han sido dadas por la Verdad universal y eterna.

—¿Vamos positivamente en la dirección que nos habíamos propuesto?—preguntaba yo.

Nadie ha respondido á mi pregunta, nadie ha dicho:

—No hemos equivocado el camino, y no vamos errantes: estamos convencidos de ello, por tal ó cual razón.

Ni un hombre aventuró la idea de que acaso estábamos realmente extraviados, pero que teníamos un medio infalible de rectificar nuestro error sin interrumpir la marcha.

Ni un hombre dijo esto ni nada, sino que todos se sublevaron como si yo les hubiese ofendido personalmente, y apresuráronse á apagar con sus clamores solidarios mi voz solitaria.

—¡Harto flojos y perezosos son ya de por sí los hombres, para venirles aún con una doctrina de dejadez, indiferencia y quietismo!

Algunos hasta añadieron: *de inacción*.

—¡No le hagáis caso y seguidnos á nosotros! — gritaron quienes estiman que sólo podemos salvarnos no cambiando la dirección elegida, sea cual fuere, y también aquellos que piensan que sólo puede conseguirse eso vagando á derecha é izquierda.

—¿Para qué sirve retardarse y recogerse? ¡Vamos adelante, siempre adelante! ¡Todo se arreglará por sí mismo!

Los hombres han extraviado el camino, y sufren por ello. Parece que el primero y principal empleo de su energía que debieran intentar, consiste, no en acelerar el movimiento que nos ha arrastrado á la lastimosa situación en que hemos caído, sino en suspenderlo. Parece que sólo parándonos es como podríamos examinar esta situación y volver á tomar la dirección que debemos seguir para llegar al verdadero bien, no de un hombre ó de cualquiera fracción de la humanidad, sino al verdadero bien del conjunto de nuestra especie, fin al que tendemos todos en general y cada uno en particular.



¡Cómo! Los hombres inventan todo lo que es posible imaginar, menos lo único que pudiera salvarles, y cuando no salvarles, por lo menos aliviar sus males: lo cual consistiría en detenerse, aunque sólo fuese un instante, para no acrecentar esos males por la continuación de una falsa actividad. Comprenden todo lo deplorable de su situación, y hacen lo imposible para remediarla; pero por nada del mundo quieren hacer uso del único medio eficaz para el comienzo de su liberación, y cuando se les aconseja eso les irrita más que nada.

Si aún fuese imposible dudar de que estamos extraviados, la actitud adoptada por los hombres ante el consejo de recogerse, probaría con una claridad sin igual cuán apartados estamos del buen camino y cuán desesperada es nuestra situación.

Traducción del

LICENCIADO PERO PEREZ,

LA LITERATURA  
CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

La última edición, de 1764, contiene tan sólo ocho romances viejos menos que aquélla, uno más sobre Carlos V y algunas poesías en estrofas redondillas. Sólo tengo á mano el ejemplar de *la última* edición de Madrid, de 1764, perteneciente á la Biblioteca imperial de Viena; en el cual se hallan en todo 42 romances, 22 de ellos del ciclo de leyendas carolingias (todos en el «Cancionero de romances», en las diversas ediciones de la «Silva» y en Timoneda, hasta los siguientes *cinco* de la «Flor de varios romances», y, por lo tanto, ya artísticos: «Gran estruendo de campanas», el entierro de Valdovino; «Por la parte donde vide»; «Por el rastro de la sangre»; «En Francia estaba Belerma»; «Sobre el corazón difunto», los últimos cuatro de Montesinos, Durandarte y Belerma); y además 10 romances de Carlos V y de sucesos contemporáneos de él, de la guerra contra los turcos, berberiscos, etc. (casi todos en Timoneda y en las ediciones posteriores de la «Silva», y uno que se halla también en el «Cancionero de romances»:

«Triste estaba el Padre santo»). Siguenlos tres viejos romances del rey Rodrigo (del «Cancionero de romances» y de la «Silva»); tras de ellos se colocan los viejos romances del conde de Barcelona (de la «Silva»); uno más del siglo xvi de la toma de Túnez (en las ediciones posteriores de la «Silva»); el único que aquí se nos presenta, pero famoso y viejo romance del Cid; «Helo, helo por do viene»; otra vez dos del siglo xvi (ambos de la «Silva»); otro viejo después (el famoso: «Miraba de campo viejo», de Alfonso V de Aragón, que se halla también en el «Cancionero de romances»); finalmente, del duque de Alba (también en las ediciones posteriores de la «Silva»). Con este romance y la pág. 356 se cierra el texto, sin que siga *ninguna* poesía en estrofas redondillas, sino dos hojas no numeradas, que traen un índice (pero no tabla alfabética). En general, todos los romances tomados de las antiguas colecciones están notablemente modernizados en el lenguaje y arreglados artísticamente en la versificación y los enlaces (esto quiere decir, el «corregidos» de Tortajada) (1).

Con esta colección se cierran las que conozco de aquellas emprendidas propiamente *para las necesidades del público que cantaba y leía romances*; el período de casi un siglo que separa ésta de la sucesiva *nueva* colección de romances, prueba ya que ahora entraron intereses totalmente diversos, que estaba destinada á otro círculo de lectores, y que debe ser juzgada desde otro punto de vista. El pueblo, que cuanto más se separaban de él los cultos, se veía limitado á más estrecha y más baja esfera y que llegó á ser casi sinónimo del populacho, no había, es cierto, perdido en el siglo xviii el gusto por los romances, como tampoco lo

(1) Ya de esta descripción se deduce que la impresión de Rodd *no* reproduce *todos* los romances de la «Floresta», como ha afirmado Depping; pues contiene tan sólo 23, á saber, 22 del ciclo de leyendas carolingias y uno del Cid. Acaso haya una impresión más nueva de ellos: «Romances de Carlo Magno»; Xátiva, 1842, en 4.º, con grabados en madera.

perdió por el canto; pero como cada vez crecía su falta de participación en toda vida nacional pública y política, por la rudeza y exclusivismo que se acrecentaban en él con su separación y hasta oposición respecto de los doctos, no tenía ni fuerza ni resorte para producir de sí *nuevos cantares nacionales*, ni siquiera sentía la necesidad de conservar los ya hechos, y como desde la guerra de sucesión ningún odio al extranjero había agujoneado el orgullo nacional ni ninguna lucha de partido los instintos de burla y de venganza, hasta hacerle prorrumper en cantos de victoria ó de vituperio, contentábase el pueblo con entonar canciones de amor y hasta de danza, y con escuchar historias de pueblos y ciudades, romances de milagros y de bandidos (1), y á las veces alguno de los viejos tradicionales cantado por ciegos ó cantores de feria, los cuales se vendían en forma de pliegos sueltos. Pero entre los cultos, habían, por una parte, caído en descrédito los romances como cosa del populacho, y, por otra, había jugado caprichosamente la moda con la forma de ellos convertida en algo huero; la poesía artística, bajo el influjo de la escuela clásica francesa desdeñaba más cada vez las antiguas formas nacionales populares, y rechazó sobre todo la de los romances como inservible para la expresión de lo serio y de lo digno, esto es, propiamente de lo patético retórico (2), de tal

---

(1) Alcalá Galiano cita en las «Notas» á la introducción de Depping (pág. LXXIX) como romances de bandidos que habían llegado entonces á ser tan gustados entre el pueblo como desacreditados por la rudeza de su contenido y estilo entre los doctos, los del bandolero Francisco Esteban y los de la asesina y ladrona doña Josefa Ramírez.

(2) Así es que D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, en el prólogo á sus «Romances históricos» (París, 1841, 8, pág. 9), dice, hablando del menosprecio en que por entonces tenían los cultos la forma del romance: «Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podía permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzarle á asquearlo y á desdeñarlo.»

modo, que ni volvieron á nacer nuevos géneros de romances ni fué tenida en estima la imitación de los antiguos. De aquí el que no se sintiera la *necesidad* de preparar nuevas colecciones de ellos, ni para el pueblo ni para los cultos, y el que las reimpressiones de las antiguas fueran cada vez más raras. Al final del siglo xviii fué cuando por primera vez se produjo una *reacción nacional* en la poesía española, consecuencia de haberse robustecido y despertado de nuevo por motivos políticos la conciencia nacional y á la vez el sentimiento empequeñecido por trabas de escuela, que por la pobreza extraña había dejado olvidar la propia riqueza. Limitáronse en un principio á admitir y cultivar de nuevo en la poesía artística algunas de las antiguas formas nacionales, y entre ellas la de los romances, pero sólo en géneros del más humilde estilo, imitando, como es natural, los de los más antiguos modelos, que tuvieran la mayor perfección técnica y la más elegante forma, pues todavía se dirigía la principal mirada á lo formal. Así es que los corifeos del partido nacional, Huerta, Moratín el Viejo, Meléndez Valdés, Quintana se atrevieron á componer romances moriscos y pastoriles, Iglesias y Moratín el Joven, burlescos y satíricos, siguiendo el patrón de los de Quevedo y Góngora. De esta manera se volvió á despertar el interés aun hacia los más viejos romances; pero sólo un interés *literario-estético* y sólo hacia aquellos géneros que habían alcanzado un cultivo el *más artístico* (1). Desde este punto de vista y para *estos* intereses se emprendió la siguiente nueva colección de romances:

---

(1) Con qué prejuicios, á pesar de esto, tenía que luchar hace todavía una década el poeta que quisiera servirse para asuntos serios de la forma popular romancesca, y cuán poco, por lo tanto, había sido ésta restablecida en su antiguo derecho, como forma *viva*, por lo menos entre los cultos, lo prueba precisamente el prólogo tan armado de punta en blanco, que pone Saavedra á sus «Romances históricos», en el que estima necesá-

\* 20) «*Poesías escogidas de nuestros Cancioneros y Romanceros antiguos. Continuación de la colección de D. Ramón Fernández (Estala). Tomo xvi: contiene el Cancionero, y los Romances moriscos y los pastoriles. Tomo xvii contiene los Romances heroicos, los jocosos y las Letrillas. «Madrid, 1796, en 8.º».*—Ya por la mera enumeración de los géneros de romances admitidos en ella se ve cuál fué su principio de selección: aceptar tan sólo lo más perfecto *técnicamente*. De aquí el que no estén tomados de *ninguna* colección *más antigua* que el «Romancero general», y que entre los «moriscos» y «heroicos» no haya uno solo antiguo y legítimamente popular. El editor, el célebre poeta D. Manuel José Quintana, procura, es cierto, en el prólogo volver á restablecer en su honra á los romances; pero su misma alabanza (por ejemplo, páginas xiv-xv: «fueron propiamente nuestra poesía lírica, etc.»), muestra ya, cuán preocupadas estaban aún sus opiniones, cómo desconocían aún el principio propio y la verdadera naturaleza de los romances. De aquí el que diga, con razón es cierto: «Ya se los mire por la parte del lenguaje, ya por la poesía, los Romanceros encierran una muchedumbre de preciosidades que no debían quedar olvidadas en las rarísimas colecciones que casi nadie lee ya.» Pero buscó estas preciosidades donde la mayor parte eran *ilegítimas*, dejó las piedras preciosas porque estaban aún sin pulimento, escogiendo las ya arregladas, y permitiéndose además, según la moda de entonces, limpiarlas y limarlas («limpiarlas de las infinitas mentiras en que abundaban, y corregirlas á veces de los lunares que el mal gusto del siglo imprimía

---

rio defender tal empresa nacional con todo lujo de erudición y elocuencia; lo prueba el que un poeta, por otra parte de tanto talento, como D. J. J. de Mora, en el prólogo á sus «Leyendas Españolas», presenta como indigna de la poesía artística de nuestro tiempo la «humilde trivialidad del Romance».

en ellas, tal ha sido el trabajo que los editores han hecho»). El «Romancero» que se halla en las «Poesías selectas castellanas» de Quintana (Madrid, 1807; última edición de 1830, 12.º Tomo II, páginas 117 á 279), es la quinta esencia de la colección precitada (1). El que durante tan largo tiempo no pudieran libertarse por completo en España de estas opiniones artísticas menguadas y francesas y que, por lo tanto, siguieran inestimados los legítimos tesoros de la antigua poesía *épica popular* de los romances, lo prueba el que hasta nuestros días se contentaran con esta colección y que fueron *extranjeros* los primeros que llamaron la atención hacia esa riqueza del suelo español. *Alemanes*—que buscaban el porvenir en el pasado—fueron los que primero enseñaron á los españoles que no en los modernos jardincillos franceses, sino en sus viejas «selvas» y «florestas» patrias (Silvas y Florestas) habían de buscar las «frescas rosas» y las «fuentes refrescadoras» de la poesía popular. De aquí el que tengamos que volvernos de España á Alemania.

\* 27) «*Silva de romances viejos, publicada por Jacobo Grimm, Vienna de Austria*», 1815, en 16.º Como es de esperar de un tan gran conocedor de la poesía popular, ofrece esta «Silva» legítimas flores silvestres, verdaderos romances populares antiguos escogidos, hasta dos del «Cancionero de romances», 29 del ciclo de leyendas carolingias, otros 40 romances épicos, impresos todos en *líneas*

---

(1) Como es natural, aquí sólo podemos tomar en consideración las nuevas colecciones de poesías españolas en cuanto contengan exclusiva ó preferentemente romances; debo, sin embargo, mencionar que Böhl de Faber en su «Floresta de rimas antiguas castellana» da una notable selección de la mayor parte de los romances populares, pero sólo de los géneros más líricos (parte II, núm. 122 á 165, y 319 á 328; parte III, núm. 845 á 849, 858, 859, 955 á 957, entre ellos muchos de pliegos sueltos muy raros, como por ejemplo, el núm. 15 de más arriba), puesto que tenía el propósito de editar un Romancero cronológico-histórico, que de seguro, hubiera sido tan magistral como la «Floresta».

*largas* (los de versos octosílabos del romance en uno) con un glosario. Elección y ordenación anuncian al maestro, siendo en este respecto la *primera* verdadera *colección modelo*.

\* 28) *Samlung der besten alten spanischen historischen Ritter—und maurischen Romanzen. Geordnet und mit Anmerkungen und liner Einleitung versehen von Ch. B. Depping. Altenburg und Leipzig, 1817, 8.º*

*Colección de los más célebres romances antiguos españoles, históricos y caballerescos, publicada por C. B. Depping, y ahora considerablemente enmendada por un español refugiado (Vicente Salvá), Londres, 1825, 2 vols. 8.*

*Romancero castellano, etc.* (véase el título completo de esta última edición de la colección de Depping entre las obras que van expresadas á la cabeza de este ensayo, núm. 4).

Depping ha alcanzado por la primera edición el mérito de haber sido el *primero* en dar un romancero completo, ordenado y que abarca todos los géneros principales, habiéndola hecho más accesible á un más amplio círculo de lectores por su introducción y sus notas. Sería injusto denunciar las faltas de la misma, después que han aparecido ediciones nuevas. Pero que aún entonces correspondía muy bien á los fines propuestos, lo prueba el que un español preparara otra edición, y el que éste, el Sr. Salvá reconociera expresamente en su prólogo (pág. xii) que, «A pesar de las mencionadas imperfecciones, todavía es la colección de Depping en el día la más estimada, etc.» (1). Limitóse,

(1) Con esto concuerda también el autor de la muy digna de ser leída reseña de esta nueva edición en los «Ocios de Españoles emigrados», Londres, 1825, 8.º, tomo iv, pág. 1, sig., diciendo: «Comoquiera que sea, y á pesar de los defectos de la colección de Depping, reconoce el editor español, y en ello no se equivoca, que es la más apreciable de cuantas hasta ahora se han hecho, si se atiende á su riqueza, á la clasificación en que está distribuida, y al orden de colocación guardado en las piezas que la componen, etc.»



por lo tanto, el Sr. Salvá á dar un texto de los romances históricos y caballerescos más purificado de muchas erratas y faltas, á ordenar conforme al sentido la división de los romances en estrofas de cuatro versos, que Depping consideraba como esencial, pero que en realidad era tan sólo imaginaria («sus imaginados cuartetos»), y á añadir un par de notas de rectificación á las de Depping. Soa más notables las mejoras de la nueva edición, la que va citada á la cabeza de este trabajo, preparada por el mismo Depping, aumentada casi en una mitad, y la más rica colección de romances que hasta ellá se poseía. Contiene también los mayores y tan importantes romances caballerescos del ciclo de leyendas carolingias, que faltaban en la primera edición, y da, además un notable apéndice de los «Romanceros», sobre todo de la «Flor de enamorados», y muchos sacados de las «Comedias» del siglo xvii. Introducción y notas están en gran parte arregladas y traducidas al español por el famoso publicista y orador español el Sr. Alcalá Galiano, y completadas con notas suplementarias (volveré sobre esto en las ulteriores divisiones de este ensayo), siendo de alabar en general la elección, división y ordenación, en cuanto tenía preferentemente por fin una relativa integridad del *material romancesco*. Es sobre todo de aprobar que haya ordenado los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, *no* entre los «moriscos» sino entre los «históricos» (1), mos-

---

(1) Es cierto que en mi edición de las «Rosas» de Timoneda he separado los romances que tratan de asunto morisco de los «históricos», colocándolos bajo la rúbrica de «moriscos», pero por una parte no podía fuera de eso, hallarse confusión alguna con los romances pseudo-moriscos, puesto que no los hay tales en Timoneda, y por otra parte Timoneda mismo había ya agrupado la mayor parte bajo el título de: «Cosas de Granada». Por otra parte, pueden llamarse algunos de ellos, si no moriscos, no tampoco propiamente históricos, de modo que yo podía—sin ocasionar mediante una confusión una mala inteligencia respecto al origen y al modo de ser tratados los de diferentes géneros—reunir estos romances homo-

trando así en la aplicación un tacto más seguro que en la teoría, puesto que, como demostraré más adelante, en la introducción participa aún de todas las opiniones erróneas respecto á los romances moriscos. Pero sin caer en aquella crítica al menudeo y de los detalles que en ninguna parte es más fácil que en colecciones semejantes, no puedo menos de vituperar el que haya más de una vez recogido el oropel y dejado el oro (1); que haya estado demasiado desdeñoso con los todavía populares romances históricos de los siglos xvi y xvii (por ejemplo, en la «Silva» y en los «Romances varios», v. núm. 23), y que la última sección, «Romances sobre varios asuntos», sea demasiado abigarrada y demasiado incompleta respecto á las demás, pues podía haber introducido más orden y una disposición de conjunto mejor, introduciendo en ella sub-divisiones (como las ya tradicionales de: doctrinales, amatorios, jocosos, satíricos, etc.) Entonces no irían juntos romances tan diversos en cuanto á su principio y su tiempo, como por ejemplo: «La moza gallega», é inmediatamente después: «Rosa fresca», «Fontefrida», y luego otra vez: «Una zagaleja», etc., entonces habría ganado espacio para algunos géneros de romances suprimidos sin razón (como por ejemplo, las «xácaras») suprimiendo para ello las *letrillas*, que no son del todo pertinentes en un Romancero (y las cuales, si quería aceptarlas

---

généos en cuanto á su materia bajo el título de «moriscos» á falta de una denominación más adecuada.

(1) Así, por ejemplo, de aquel tan cantado suceso del obispo de Jaén, no da más que las versiones mutiladas é interpoladas de Hita (tomo 1, páginas 370 á 371) al paso que ha pasado por alto los preciosos y legítimos romances viejos populares del «Cancionero de Romances» (Día era de San Antón); los que se hallan en Argote de Molina (Nobleza de Andalucía, lib. II, pág. 206) y Ortiz de Zúñiga (Discurso genealógico de los Ortizes, páginas 89-90). Así, tampoco ha recogido uno de los más antiguos y más genuinos romances populares, el del «Prior de San Juan», que está en la «Silva» y en Timoneda (v. «Primavera», núm. 82 y núm. 69 y 69 a.)

podía haberlo hecho en un apéndice dando una selección más rica de ellas). Tampoco puedo aprobar el que haya excluido totalmente y de propósito deliberado los romances idílicos, pastoriles y piscatorios (v. la Introducción, pág. XLIX), pues por mucho que participe de su repugnancia hacia esas lamentaciones pastorales y las considere tan impopulares como los romances moriscos, han jugado sin embargo en la historia de la poesía romancesca—en cuanto debe tenerse también en cuenta la más artística—un papel importante, y en más de un respecto pueden tener tantas pretensiones como los moriscos para entrar en una colección, cuando menos por algún que otro modelo, á la vez que satisfacen el interés *literario-histórico*. Me apresuro á advertir, como es justo, que el Sr. Depping tuvo presente ante todo lo *primero*, pues si la colección hubiera sido emprendida desde el punto de vista *literario-histórico* y destinada *preferentemente* á uso *científico*, debería en general haber llenado otros requisitos. Entonces se debería exigir una *separación crítica* según un *principio* (el popular ó el artístico), una selección determinada sólo por este y por el valor *literario-histórico* (es decir, de los viejos romances populares *todos*, de los más nuevos populares y artísticos sólo los *modelos característicos* de cada género); una ordenación lo más estrictamente cronológica según el momento genético, el *tiempo de su composición*, y no según condiciones meramente externas, como el curso de las historias tratadas en ellos, en que se reúne lo más heterogéneo (los *coetáneos del mismo origen* pueden en general agruparse según géneros, materias y ciclos de leyendas, y dentro de esto según las asonancias semejantes); una exacta comparación de las diferentes versiones y redacciones, y un texto depurado conforme á fundamentos filológicos y lo más ceñido que sea posible al originario, y sobre todo la *indicación de las fuentes*. Como el Sr. Depping ha descuidado en gran parte esto

*último* y no ha agregado á su edición un índice, ni alfabético siguiendo los versos iniciales, ni clasificado por materias (no ha hecho más que poner á la cabeza de cada tomo un índice en que se ordena el contenido según las divisiones capitales y los versos iniciales de los romances, tal como se siguen unos á otros en la colección), esto dificulta el uso *científico* de su colección, tanto más cuanto que no se puede siempre contar con su corrección. En compensación ha tenido cuidado de la comodidad de los aficionados, poniendo argumentos á la cabeza de los romances y notas que los aclaran mucho (notas que si se introducen en un texto crítico necesitan múltiples rectificaciones, que han recibido ya en parte en las que les añadió el Sr. Alcalá Galiano). También en esta nueva edición, por lo demás más hermosamente dispuesta, están los romances impresos divididos en estrofas de cuatro ó seis versos, lo cual creo, en los no artísticos por lo menos, que trastorna el sentido y malgasta espacio (más adelante he de tener ocasión de tratar más por extenso de la necesidad ó rectificación de esta división estrófica).

Y aún en este campo, *dos alemanes* son los que pueden considerarse como modelo, gracias á ventajas genuinamente nacionales: el uno por su delicado sentimiento de todo lo popular, y el otro por su leal diligencia de coleccionador y por su instinto poético. Veamos ya cómo este ejemplo ha obrado sobre otras naciones, sobre los españoles mismos. Los franceses, que en los tiempos más recientes se han curado por fin algo de su manía clásica, gracias sobre todo á la influencia de la crítica alemana, y han llegado á tomar sentido de lo popular y de las nacionalidades extrañas, además de algunas traducciones de los romances del Cid, Rodrigo y otros (1) han añadido á la serie de los Ro-

---

(1) La traducción francesa más fiel y que mejor ha penetrado en el espíritu del original aun cuando se halla en prosa, y que contiene una se-

manceros en su lengua original tan sólo el siguiente librito:

\* 29) *Romancero é historia del rey de España D. Rodrigo, postrero de los Godos. En lenguaje antiguo; recopilado por Abel Hugo, Paris, 1821, 8.*—El editor, hermano del renombrado poeta Víctor Hugo, dice en el «Aviso al lector»: «En esa recopilación no van solamente los buenos romances de Rodrigo, sino todos»; pero no sólo no da todos, sino que precisamente un par de los mejores más antiguos que están en las principales colecciones, en el «Cancionero de romances», y en la «Floresta» no los da (á saber: «En Ceuta está Don Julián» y «Los vientos eran contrarios»).

\* 30) I. *Romancero de romances moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en 1614, por D. Agustín Durán. Madrid, 1828, 8.*

II. *Romancero de romances doctrinales, amatorios, festivos, jocosos, satíricos y burlescos, sacados de varias colecciones generales, y de las obras de diversos poetas de los siglos xv, xvi y xvii, por el mismo. Madrid, 1829, 8.*

lección hecha con grande conocimiento y despreocupación, es la siguiente: *Romancero espagnol, ou Recueil des Chants populaires de l'Espagne, romances historiques, chevaleresques, et moresques, traduction complète avec une introduction et des notes, par M. Damas Hinard: Paris, 1844, 2 vols., 8.* El traductor, tan ventajosamente conocido ya por sus versiones de los dramas de Calderón y Lope de Vega y su tan á menudo alabada y notable obra sobre el «Poema del Cid», ha dado nuevas pruebas de su hondo conocimiento de la lengua y la literatura españolas en esta obra, premiada por el real Instituto, y sobre todo en la introducción y las notas. Entre los italianos se ha hecho acreedor á los mayores méritos, por lo que hace á los romances españoles, el ya distinguido igualmente por sus traducciones de comedias de Calderón y Lope de Vega, Pietro Monti, mediante su *Romancero del Cid, traduzione dallo spagnuolo, con illustrazioni, Milano, 1838, 8,* y *Romanze storiche e moresche e poesie scelte spagnuole tradotte in versi italiani. Con prefazioni e note. Milano, 1850, 8.* Conocidas son las traducciones de los ingleses Lockhart, Bowring, etc.

III. *Cancionero y Romancero de coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, romances cortos y glosas, anteriores al siglo xviii, pertenecientes á los géneros Doctrinal, Amatorio, Jocosos, Satírico, etc.* Por el mismo. Madrid, 1829, 8.

IV, V. *Romancero de romances caballerescos é históricos anteriores al siglo xviii que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Infantes de Lara, etc., ordenado y recopilado por el mismo.* Madrid, 1832, 2 vols. 8 (todas las cinco partes tienen como título de cubierta: Colección de Romances Castellanos anteriores al siglo xviii). Una segunda edición, «nueva edición», como la llama el autor muy modestamente, pero en realidad una obra nacional completamente nueva y genuina, apareció bajo el título de: *Romancero general ó Colección de Romances castellanos anteriores al siglo xviii, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por D. A. Durán.* Madrid, 1849 á 1851, 2 tomos, en 8.º (forman los tomos x y xvi de la «Biblioteca de autores españoles», de Rivadeneyra).—Después que las opiniones de la crítica alemana sobre el elevado valor de la poesía popular y sobre todo de los romances populares españoles, pasando por Francia penetraron en la misma España; después que en esta progresó tanto la reacción nacional, que ya no se consideraban las obras de Lope de Vega como monstruosos engendros, ni los romances como trivialidades populacheras, sino que se miraba la propia literatura nacional con despreocupación y hasta con orgullo, podía una colección de romances emprendida, no ya desde el punto de vista meramente estético y en este sentido unilateral, sino desde el popular, contar con un público que tomaría parte en ella. Y en realidad, con un Romancero semejante se presentó don Agustín Durán, que se había ya distinguido en otro res-

pecto como propugnador del partido nacional. Ante todo, Durán, con la noble ingenuidad de un investigador tan leal como hábil, reconoce en el prólogo á la nueva edición de su «Romancero general» la no desatendible influencia de la crítica alemana (1). Pero á él le corresponde, en todo caso, la honra de haber sido el primero que en España ha puesto por fin en claro y ha expresado osadamente lo que muchos con él habían sentido oscuramente hacía largo tiempo, no atreviéndose á confesarlo por prejuicios y miedo de ser tachados de herejía por los pseudo-clasicistas que seguían dando el tono. Esto es lo que indicaba modestamente y con circunspección en los prefacios de la edición primera, y esto lo que expresó con nobleza y abiertamente, aunque sin ocultar la inseguridad de sus primeros pasos, en un pasaje del prólogo á la nueva edición, pasaje tan interesante para la historia del libro y de la literatura española en general, que voy á insertarlo aquí (páginas VI-VII):

«Después de mediar el siglo XVIII, fué moda en Europa y más en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Hacíase un vanaglorioso alarde de preferir lo extraño á lo propio, y se tenía por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era más cómodo traducir que inventar; porque costaba menos imitar lo hecho que reformar lo pasado y conformarlo á las variaciones que debía tener. En tal situación, apenas hubo quien saliese al encuentro de tan extraviadas ideas, siquiera para dis-

---

(1) Dice (pág. 5): «Los trabajos de los escritores alemanes que me precedieron han influido en los míos...» y en la pág. 8: «Por eso las primeras antologías de romances regularmente concebidas y bien pensadas se han hecho en Alemania. Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro; los que sabia y filosóficamente han reimpresso, comentado y juzgado algunas de nuestras crónicas.»

cutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los países donde nació, mas que entre nosotros no podía producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra, aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamás tiene el carácter de originalidad.

»También participé del mismo error general; también sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me tuviese por necio y ridículo; también tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba. Pero llegó el tiempo de madurez y de reflexión, y conocí que la red que circuía al ingenio nacional era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipación literaria; el de atreverme á romper la primera malla de la red que la impedía, y en fin, el de arrojar en el suelo ya preparado la semilla que debía brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad é independencia que debiera nacer de la unión de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El más arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto, y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas la quería ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad.



Deseoso de excluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndolos los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los graves yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo (1), varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos é históricos*, los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.»

No creyó, sin embargo, Durán prudente en el año 1828 empezar la edición de su *Romancero* con los primitivos y populares, los antiguos históricos y caballerescos, pues su ingenua sencillez y frescura hubieran sido tomadas como trivialidad y rudeza por el gusto afrancesado de los españoles de entonces. Empezó, por el contrario, muy prudentemente con los que mejor se ajustaban á ese gusto, con los romances artísticos, más perfectos en lo técnico, más elegantes, los que bajo disfraz moro cantaban las intrigas de los galanes y damas de la corte de Felipe III, los llamados moriscos. A éstos hizo que siguieran en el año 1829 otras dos partes con romances líricos, igualmente artísticos en su mayoría, mezclados con otras poesías del mismo género como coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, etc., y en 1832 cerró su colección con las dos partes de los romances caballerescos é históri-

---

(1) «Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro antiguo español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar. Por D. Agustín Durán (Madrid, 1828). Ha ayudado considerablemente á Durán en esta saludable reacción nuestro compatriota Böhl de Faber. Véase sobre todo el proceso evolutivo de la nueva literatura y crítica españolas la Introducción á mi «Floresta de rimas modernas castellanas» (París 1837); sobre todo acerca de la participación de Durán, I, 24.

cos, que contenían junto á muchos artísticos los antiguos populares en su pureza desprovista de adorno sin afeites de moderno retoque, sin artificios estéticos. En la introducción mencionada expresó sin ambajes ni rodeos sus opiniones respecto á los rasgos preeminentes de la antigua literatura nacional española y al inimitable encanto de la poesía popular. En esta introducción (que ha sido reimpressa en la nueva edición con algunas notas y adiciones rectificatorias) mostró claro su punto de partida, y reveló—después que había ganado un público que se interesaba en el objeto y fin de su empresa—los motivos por los que había entrado en aquel camino, que él mismo designa como el opuesto al que entonces era corriente, diciendo:

«Teniendo que transigir con una generación educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los romances moriscos, antes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballeros é históricos que ahora publico... Si acabo, pues, mi tarea por donde pudo empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginación de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que, ofreciendo rosas antes que espinas, no rechace los ánimos ni los retraiga de la lectura.»

Y de hecho este era el camino más prudente; así ha alcanzado Durán el gran mérito de provocar una apreciación de la literatura nacional libre de prejuicios, volver á despertar el amor á la poesía popular y volver á poner en honor los romances. Pues su colección, no sólo fué leída y apreciada en el interior y en el extranjero, como lo prueban las reimpresiones de la misma (bajo el título de «Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles», de Ochoa), en París (1838) y Barcelona (1840), sino que también los más distinguidos entre los modernos poetas artísticos

como Lista, el duque de Rivas, Roca de Togores, Romero y Larzañaga, Zorrilla, Serafín Calderón y otros, cultivaron con más ó menos fortuna, pero con creciente aplauso del público esta forma por tan largo tiempo desdeñada, y cantaron otra vez más en el viejo tono romancero como en un tiempo lo habían hecho Góngora y Lope de Vega á porfía con los ciegos, las leyendas nacionales y los grandes hechos de la historia patria, que poco tiempo antes no hubieran osado tratar sino en epopeyas de largo aliento y con las *ottave rime* de escuela. Hasta el famoso poeta dramático Hartzenbusch editó una edición de lujo, ilustrada, de los mejores romances antiguos (1).

Sólo á seguida de tal revolución en la dirección del gusto en España pudo un librero emprendedor, como Rivadeneyra en Madrid, atreverse á dar á luz una obra nacional tan considerable y costosa como la «Biblioteca de autores españoles», insertando en dos tomos de esta la nueva tirada del «Romancero» de Durán.

Al decir «nueva», se hace propiamente gran injusticia al editor, aun cuando él mismo abra su nuevo prólogo con esta modesta denominación; puesto que es más bien una nueva obra, rico fruto de perseverante estudio y colección favorecida por la fortuna, á la que la antigua sirve tan sólo de núcleo, y con la cual no se la puede comparar ni en capacidad, disposición y dimensiones (el primer tomo en grande octavo y á dos columnas, tiene xvi y 600 páginas, el segundo xii y 736) ni en integridad (la antigua edición contiene en sus cinco partes 1.150 piezas, muchas entre ellas que no pertenecen por su forma á los romances; la nueva da 1.901 romances).

---

(1) «Romancero pintoresco, ó Colección de nuestros mejores romances antiguos» (Madrid, 1848), con ilustraciones tomadas de las de la conocida traducción inglesa de Lockhart.

Merece antes que todos este «Romancero» el apelativo de «general», pues es entre todas las colecciones que hasta ahora han aparecido la más completa de los romances notables en cualquier respecto pertenecientes á épocas diversas hasta fines del siglo xvii. Diferénciase de todas las restantes por la riqueza y multiplicidad de las fuentes; pues no sólo se han utilizado para llevarla á cabo casi todas las antiguas colecciones impresas (1), las más de las cuales pertenecen, como es sabido, á los libros más raros de la literatura española, no sólo colecciones manuscritas de las bibliotecas privadas y públicas de España, sino también la tradición oral y en gran extensión los pliegos sueltos, que son las fuentes más antiguas y legítimas de los romances. Tales fuentes están descritas con toda exactitud en la introducción y los apéndices, dándonos así la más completa é imprescindible bibliografía de los romances, citadas las fuentes concienzudamente en cada romance, lo cual es capitalísimo para el uso científico. Pues esta es la segunda ventaja capital de este «Romancero», á saber que su colector no se propone tan sólo intereses meramente estéticos, sino también y muy principalmente los científicos; que satisface perfectamente á los fines literario-históricos, y que de ella se puede sacar una historia genético-pragmática de este género poético hasta fines del siglo xvii. Es cierto que sería de desear—si se quisiera ver tomado en cuenta y facilitado exclusivamente el fin antedicho—que hasta la ordenación y el agrupamiento de los romances en general y luego en detalle y tomados ais-

---

(1) Tan sólo las dos más antiguas y más raras, la primera edición del «Cancionero de romances» sin año, y la primera de la «Silva de varios romances» (Dos tomos, Zaragoza, 1550), han sido inaccesibles para Durán, de donde se ha de concluir que ni aun en la misma España queda ejemplar alguno de ellas. Tampoco de las «Rosas» de Timoneda ha hallado Durán ejemplar en España, incorporándose, por lo tanto, á su colección y en el lugar correspondiente una selecta (Leipzig, 1846) hecha sobre el único ejemplar conocido, que se halla en la Biblioteca de la Corte de Viena.

ladamente, estuvieran determinados por criterio científico, mientras que en esta nueva edición en gran parte sólo ha predominado la división y clasificación por materias; pero por una parte, una clasificación estrictamente científica hubiera ofrecido gran incomodidad á la gran masa del público, y esto no debe perderse de vista; y por otra parte, no sólo está expuesta y desenvuelta sistemáticamente esta clasificación en un apéndice (1) á propósito del nuevo prólogo, sino que además todos y cada uno de los romances se hallan ordenados según las ocho clases establecidas en un sistema que se da en la «Indicación» (2) especial que va al final del segundo tomo, de tal manera que aun al investigador científico más acostumbrado á tales tareas se le procura una ojeada que corresponde á sus fines y en gran parte se le satisface. Esta clasificación, llevada hasta tal extensión la considero, aun cuando se pueda objetar algo en contra en cuanto á detalles, como el mayor, y más privativo mérito de esta colección, mérito por el cual puede aspirar al nombre de *primera colección científica*, y debe servir de fundamento y base á todas las sucesivas.

En la obra misma han seguido siendo, como ya se ha dicho, la ordenación y coordinación de los romances en total casi las mismas que en las anteriores ediciones, es á saber, con preferencia basadas en el contenido y la disposición material, y sólo secundariamente tomando en cuenta la antigüedad, el principio de origen y la producción for-

---

(1) «Apéndice sobre la clasificación de los romances considerados relativamente á las épocas á que se atribuye su composición, y al enlace que forman entre sí las diversas modificaciones que experimentaron en la tradicional y en la astística.»

(2) «Indicación por números de los romances ordenados según las ocho clases características en que se han intentado establecer.» Además de esto, en la tabla alfabética según el principio de cada romance se hallan caracterizados estos por un número de clase que se les agrega, añadiéndoles también aquí una exacta indicación de sus fuentes, de tal manera, que estas tablas dan ya de por sí una notable guía al investigador científico.

mal (1). Con exclusión de los romances de contenido religioso (composiciones místicas y devotas), que Durán se proponía tratar en una obra á propósito, ordena toda la rica provisión que da bajo tres títulos principales: los *fabulosos* ó *novelescos*, los *históricos* y los romances de contenido vario, *varios*. Se ve ya en esta división capital donde está su flaco, puesto que, por ejemplo, entre los fabulosos y los históricos á menudo apenas se halla línea divisoria, siendo los legendarios populares históricos en sentido más elevado que los que están hechos á manera de crónicas, por lo cual el mismo Durán coloca entre los históricos, con razón, aunque no muy consecuentemente, los romances fabulosos que tratan de personas y hechos históricos de la historia patria (como los de *Los Siete Infantes de Lara*, del Cid, etc.). Y la clase de los romances varios ó mixtos es en realidad una verdadera clase de desecho, en cuyo caos, aun él mismo no ha sabido poner, como veremos, algo de orden y regular arreglo, sino mediante subdivisiones, tomadas ya del contenido, ya del origen y aun de la forma; desechos que si hubiera seguido la ordenación científica, la genético-cronológica, hubieran desaparecido.

(1) Durán, que reconoce por sí mismo las objeciones que desde el punto de vista científico podrían hacérsele contra esta conducta, procura justificarla desde un punto de vista práctico, diciendo en el nuevo «Prólogo»: «Bien quisiera ordenar los romances por su antigüedad, pero es casi »impracticable, puesto que en general se ignora la fecha de su composición, y sólo puede vagamente conjeturarse observando su lenguaje, sus »modismos y el carácter de sus narraciones. Un plan así concebido diera »márgen á graves yerros, y excluiría la posibilidad de cualquiera otro »método, que por su sencillez, ya que no por su erudición, fuese claro y »practicable. En estas razones me he fundado para clasificar los romances »por series de materias y asuntos, en vez de hacerlo sobre otros datos »vagos é inciertos. No obstante, á riesgo de mil errores fáciles de cometer »y difíciles de evitar, en un apéndice que seguirá á este prólogo, adoptaré »por vía de ensayo un método, que aplicaré á cada romance en el índice »de materias, designándole la clase y épocas á que presumo puede pertenecer, atendiendo á su espíritu, carácter, construcción y lenguaje.»

En la primera clase (la de los fabulosos ó novelescos) cuenta los llamados moriscos, los caballerescos y algunos de los vulgares (1); en la segunda (de los históricos) «los de historia verdadera ó tradicional», y en la tercera todos los restantes romances subjetivo-líricos «de asuntos amorosos, satíricos y burlescos».

Así es que empieza Durán esta nueva edición con los llamados romances moriscos novelescos, no ya con el mismo fundamento de la primera, porque es su opinión que un orden estrictamente cronológico apenas es practicable, y que entre estos romances moriscos los hay tan antiguos, legítimos y populares, como entre los históricos y caballerescos (2).

(1) Más adelante veremos lo que entiendo por romances vulgares, limitándome aquí á hacer notar que, desviándose de esta división capital establecida en la Introducción, en la obra misma los ha colocado después de todos los demás en una sección especial.

(2) «Algunos pensarán que, no por los romances moriscos, sino por los históricos ó caballerescos, debería haber comenzado este Romancero, suponiendo á estos más antiguos que los otros. No lo he ejecutado así, porque aunque es cierto que el mayor número de los históricos sea más de época remota y tradicional, entre los moriscos se hallan algunos de igual clase y época. Así, pues, y como cada uno de los romanceros que componen la obra contiene romances viejos de tradición y genuinamente nacionales, era indiferente, respecto á este punto, el comenzarla con uno ó con otro.» Pero la ordenación genético-cronológica le hubiera convenido de que nada más que muy pocos de los romances moriscos aquí ordenados pueden equipararse efectivamente en antigüedad y popularidad á los históricos y caballerescos del mismo origen, y que esos pocos, no solamente por el origen y la forma, sino también por el espíritu, tono y hasta asunto, en una palabra por su carácter todo, pueden referirse más ajustadamente á aquellos históricos ó caballerescos que á los llamados moriscos, de los cuales se diferencian característicamente en más de un respecto. No es, empero, «indiferente» de ningún modo para el punto de vista científico, y aun para el aspecto meramente estético, que se agrupen productos procedentes de tan heterogéneos elementos, oscureciendo así sin necesidad alguna la historia del desenvolvimiento del género todo, puesto que en vez de empezar con los más sencillos, más antiguos y más populares, está á la cabeza la clase que, en su mayor parte, consta de mejores productos artísticos pertenecientes al punto culminante en que, lle-

Ha realizado Durán todavía más el valor de esta nueva edición por medio de *cuatro apéndices*. Los tres primeros contienen los romances contruidos en alguna de las usuales formas divergentes (en versos anacréonticos, romances cortos, romancillos; romances... hechos en versos pareados). El cuarto da una reimpresión de la «Crónica rimada» del Cid (esta no fué, sin embargo, impresa por primera vez en París como indica Durán, sino, como ya se ha dicho, en los *Wiener Jahrbüchern*, tomo 116, como apéndice á este mi ensayo presente), con una introducción muy preciosa y notas críticas, en que en parte procura contradecir ó modificar las opiniones de Dozy, sobre todo respecto al carácter histórico y poético del Cid. Volveré más adelante sobre esto.

31.) «*Primavera y Flor de Romances, ó Colección de los más viejos y más populares rom., castellanos publicada con una introducción y notas por F. J. Wolf y C. Hoffmann.*» Berlín, 1856, 2 vols., 8.º

Ya el título denota suficientemente cuál era el fin que nos proponíamos. Si fué alcanzado éste y hasta qué punto lo fuera es cosa que debe quedar á que lo juzguen otros (1).

---

gando hasta la más refinada afectación, se acercaban á la época de la decadencia. Tanto como en la primera edición disculpé este comienzo y lo hallé justificado porque era prudente, tanto hubiera deseado que en esta nueva, suprimidos en gran parte los motivos que en aquélla le movieron á obrar como lo hizo, hubiesen sido dispuestos los romances moriscos inmediatamente después de los caballerescos é históricos, tanto más, cuanto que aun aceptada como la más práctica la ordenación por la materia simplemente, serían mejor comprendidos los moriscos si hallara su fingida objetividad fundamento de origen y explicación en la real y efectiva de los romances históricos de guerras fronterizas con los moros (*fronterizos*) y su máscara ideal-caballeresca en los romances caballerescos inventados en tiempo que todavía era efectivamente caballeresco por su espíritu.

(1) Además de los juicios más detallados, que citamos más arriba, han llegado á mi conocimiento las reseñas críticas que van á continuación, todas las cuales estiman la empresa de un modo muy favorable y amistoso: *Allgen. Augsb. Zeitschr.*, 1856, suplemento á los números 109 y 200;



Mientras estas colecciones prueban que las personas cultas en España volvían á conceder un interés estético y literario á los romances, y esto, no sólo á los modernos artísticos, sino hasta á los antiguos populares; mientras algunos de los poetas más recientes y de más talento (1) se han ensayado en tratar asuntos serios en el viejo tono romancesco, los romances de las más bajas clases populares, que quedaban por sí abandonados á los ciegos y cantantes de feria, se diferencian muy poco en nuestro siglo de los romances de los dos precedentes, siendo mirados con el mismo desprecio por los cultos y doctos. Pueden muy bien—como afirma Depping con un poco de demasiada precipitación (tomo I, pág. xxxiv-xxxv), que Alcalá Galiano ha moderado considerablemente (pág. lxxix)—haber nacido en el pueblo ó llegado hasta él romances históricos y políticos en la guerra de la Independencia y posteriormente en la civil; pero tomados en conjunto los romances del siglo xix, son iguales en materia y tono á los más antiguos, siendo en su mayor parte devotos, burlescos, amatorios ó de bandidos, compuestos en el tono de

---

—*Ausland*, 1856, núm. 20;—*Magazin für den Litteratur des Auslandes*, 1856, números 67 y 68;—*Heideblb. Jahrb.*, 1856, núm. 6, pág. 470-473;—*Lit. Centralblatt für Deutschland*, 1856, núm. 32;—*Archiv für den Studenten der neueren Sprachen und Litteraturen*, 1856, tomo xx, pág. 103-104;—*Blätter für litterarischen Unterhaltung*, 1857, núm. 4;—*Münchener Gelehrte Anzeige*, 1857, núm. 38;—*El Español*, 1856, Octubre;—*Athenæum français*, 1856, núm. 28;—*Bulletin du Bibliophile français*, 1856, pág. 845;—*Correspondance litteraire*, 1856 57, pág. 150;—*Revue des sociétés savantes*, tome I, 1856, pág. 460;—*The Athenæum*, Novemb., 1856, núm. 1515, pág. 1368.

(1) Uno de estos poetas, D. Manuel María del Mármol, que dedicó á la Academia de Buenas Letras de Sevilla y puso bajo su égida su *Romancero* (Sevilla, 1837, 2 vols. 32.º), creyó necesario disculpar á la Academia y disculparse á sí mismo, alabando á aquella porque no se espanta con el nombre (de romance) y da como uno de los motivos capitales que le movieron á componer romances, el que por el cultivo de ese género poético, el más acomodado á los indoctos, es como mejor y más fácilmente se puede elevarlos hasta los más altos grados de la poesía artística.

los cantantes de feria. Aún hay más, y es que no pocas veces los pliegos sueltos «impresos este año», no son otra cosa que reimpressiones de los más antiguos, puesto que el pueblo, si se le deja abandonado á sí mismo, lo mismo que en el traje en el gusto se aferra tenazmente á las antiguas tradiciones. Nos autoriza por lo menos á suponer esto una colección de casi trescientos de semejantes pliegos sueltos, los más impresos en Córdoba (también en Madrid, Valencia, Barcelona, Valladolid, etc.), en la imprenta de Rafael García Rodríguez», en la segunda década de este siglo (1822 y siguientes), que posee la Biblioteca de la corte imperial de Viena, encuadernados en dos tomos en cuarto. La mayor parte de estos romances son *burlescos* (como las *Relaciones burlescas*, compuestas por D. Agustín Nieto; un par de ellos están en el dialecto popular de los campesinos andaluces (gansos) (1); historias aventureras de

(1) Se presentan en muchas versiones los romances, que también nos da Depping, tomo II, pág. 477, de la *Isla de Jauja ó Tierra de Tartanea*. También una relación *El Molinero de Arcos*, según un fabliau francés, aun cuando el autor dice al final:

Y ahora Pedro Marín,  
advierte que no es novela  
que por testigo de vista  
pone al ciego de la peña.

En general, estos juglares del siglo XIX, han conservado la costumbre, de dirigirse al empezar ó al acabar á sus oyentes, rogarles al principio atención y al fin indulgencia, nombrándose á menudo aquí. En los romances devotos sobre todo, invocan al comienzo las más de las veces la ayuda de la Virgen María, para narrar dignamente el milagro.

La arenga al público es según el asunto de su cometido, si es serio dicen, v. gr., Audite, señores míos: Atención, noble teatro; si son de las hazañas heroicas de un bandido, se dirigen á los *jaques* ó *guapos*, por ejemplo, en la siguiente entrada característica al «Romance, en que se declaran los hechos, valentías y arrojos del andaluz más valiente llamado Francisco Correa:

«Oid, mancebos valientes,  
los que blasonáis de guapos,

enamorados (entre éstas, muchas de esclavos cristianos que seducen y convierten princesas moras, nombrándose al final, lo más á menudo, como autor de ellas á Alonso de Morales); romances devotos de santos y de milagros, romances gitanescos, pero sobre todo de historias de bandidos y criminales. Estos héroes populares de nuestro siglo,

los que andaís con bizzarrías,  
ocupados todo el año  
con la espada y la rodela,  
armados de punta en blanco.  
Calle aquí Francisco Esteban  
aunque fué tan alentado,  
y don Agustín Florencio  
no blasone de bizarro,  
cuelgue Romero la charpa,  
las escopetas y frascos,  
mientras paso á referir  
los hechos y los estragos  
del más valiente andaluz,  
y del tigre más bizarro.»

Los aquí nombrados, á todos los cuales sobrepuja «el más valiente andaluz» son los bandidos de más fama.—En los romances burlescos esta arenga va unida á las veces con una irónica alabanza que á sí mismos se dirige el autor, como en el siguiente, que nos indica á la vez las capitales propiedades de un cantante de feria, en la «Relación burlesca intitulada del caballo, compuesta por D. Agustín Nieto:»

«Una vez que ustedes quieren,  
que en esta sala me plante  
á divertir las madamas,  
y alegrar á los galanes,  
ya estoy puesto en pie derecho,  
como palo de estandarte;  
dispongan de mi persona  
lo que quisieren mandarme,  
¿canto, bailo ó represento?» etc.

Igualmente característica es la conclusión, en la cual, según es uso y costumbre, pide perdón por las faltas y torpezas del autor ó relator:

«Perdonadme, señoritas,  
la porrería tan grande,  
que si estoy un poco más  
en caballo he de tornarme.  
Con que así, abur madamitas,  
caballeritos, mandarme;  
con vuestra grata licencia  
lo mejor será sentarme.»

apenas dejan un poco de espacio á los de los precedentes, y como *rari nantes* se hallan entre la masa de estos romances de que hablamos, un par de Garcilaso de la Vega, Hernando del Pulgar, «Doña Inés de Castro, cuello de garza de Portugal», Griselda, estando en la misma relación, respecto á los antiguos romances populares, que los miserables grabados en madera de estos pliegos en que nos ocupamos, á las preciosas miniaturas de la Edad Media.

Pero, por otra parte, estos pliegos nos han dado á conocer una nueva y notable manifestación de la poesía popular, es á saber, *la reacción de la poesía dramática sobre la popular de los romances*, viendo en estos ejemplos, cómo precisamente la parte de la poesía artística española moderna que arraiga más profundamente en lo popular, que estaba unida estrechamente desde un principio con los romances, que derivó tan á menudo sus asuntos de las leyendas y los romances del pueblo, y que hasta ha adoptado y cultivado persistentemente la forma romancesca (1), ha vuelto de nuevo á ser popular y se ha amalgamado con los romances. Una buena porción de los pliegos en que venimos ocupándonos, no es otra cosa más que una impresión en la forma y tono romancescos de los pasajes de las *comedias* más famosas, y no tan sólo de los relatos en estos contenidos, sino hasta de los diálogos. Los primeros llevan el título de «Relación», y según que en la pieza son recitadas por un hombre ó una mujer, llevan el añadido: «de hombre», «de galán», ó «de mujer»; así, v. gr.: «Relación de la comedia: *La vida es sueño*, de Calderón. De galán» (la relación de Basilio en la jornada 1.<sup>a</sup>: «Ya sabéis, estadme atentos»); «Relación de

---

(1) Compárese con esto lo que dice Depping, l. c., tomo 1, páginas XXI-XXII.—V. Schack «Historia de la literatura y del arte dramático en España», Berlín, 1845. (Traducida directamente del alemán al castellano, por Eduardo de Mier. En la «Colección de escritores castellanos», Madrid, 1886-88, cinco tomos.)

hombre. *El mayor monstruo los celos*, de Calderón.» (El discurso del Tetrarca, jornada 2.<sup>a</sup>: «Si todas cuantas desdichas»); «Relación de mujer.» *El Maestro de Alejandro*, de D. Fernando de Zárate («Escúchame atentamente»). Si son diálogos, llevan el título de «Pasillo»; v. gr.: «Pasillo del Cid Campeador. Personas; El Rey, El Cid» (de la Comedia. *Vida y muerte del Cid Campeador, y noble Martín Peláez*, citada por Depping, tomo 1, pág. 273, presentándonos el pliego precisamente el pasaje que Depping señala como popular); Pasillo de la comedia intitulada: *El animal de Hungría* (de Lope de Vega); *Pasillo de la prudente Abigail*, por D. Antonio Enríquez Gómez. También los hay de «autos», v. gr.: Relación del Auto sacramental intitolado: *El veneno y la Triaca*, por Calderón. También tenemos semejantes «relaciones» y «pasillos» compuestos por poetas populares, como: Relación nueva de mujer *La Vengada Madrileña*, compuesta por Juan García Valero, vecino de la villa del Arahal. Pasillo *El Moro y el Crhistiano* Pasillo *Juan Rana y Antón Rapao*. Ambos con indicaciones para el que los había de relatar, y el último con esta conclusión: Y yo suplico rendido, un vitor para los dos: esto, es un aplauso para los dos relatores.)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

---

**Tratado de Sociología.**—*Evolución social y política*, por Manuel SALES Y FERRÉ, profesor en la Universidad de Sevilla, tres volúmenes, 1889-1895. Madrid, librería de Victoriano Suárez.

**E**L *Tratado de Sociología* del Sr. Sales y Ferré es sin duda una obra de grandes alicios por su índole comprensiva y sistemática. Por su corte científico, es una *sociología* de corte que podíamos llamar *spenceriano*.

Para que se pueda apreciar la importancia de la labor sociológica del Sr. Sales, haré ante todo un breve resumen del contenido del *Tratado*. Se han publicado de éste, hasta hoy, tres volúmenes. En el primero conviene señalar ante todo el criterio general filosófico del autor, especie de profesión de fe francamente positivista (ver especialmente el prólogo), la definición de la sociología (capítulo primero) y la investigación de las condiciones de la sociedad primitiva, ó sea del estado social de la humanidad en los primeros tiempos—hetairismo, matriarcado.—En el segundo volumen se comprende como investigación general, el paso del hetairismo al patriarcado, abarcando el estudio de las sociedades comunistas y del matriarcado. Es el más interesante de los tres volúmenes, aun cuando me parezca el que contiene más hipótesis criticables. En el volumen tercero se estudia el paso del patriarcado á la ciudad (muy bien hecho), y de la disolución de la ciudad. En el cuarto volumen estudiará el Sr. Sales la nación.

Ahora bien; ¿cómo desarrolla el Sr. Sales su investigación sociológica? El Sr. Sales, positivista evolucionista, concibe la historia real-ideal de la humanidad produciéndose según un proceso evolutivo, en el cual se concretan los estados y situaciones humanas, progresivas, estacionarias y á veces regresivas. Para el Sr. Sales, la ley del progreso indefinido no rige la vida humana. (Vol. I., cap. II.) En cuanto á la concepción unitaria de la evolución social, el Sr. Sales pretende investigar la marcha total de la humanidad sobre la tierra, indicando al efecto sus fases universales, y elevándose ante todo, á la reconstrucción imaginativa del primitivo estado social del hombre. Al efecto, el Sr. Sales acepta, casi sin reservas, ciertos postulados, incompletos á mi ver, del positivismo evolucionista. Así es para él cosa admitida: 1.º, el estado rudimentario de la humanidad primitiva; 2.º, la representación de este estado por los salvajes modernos; 3.º, el carácter uniforme universal, de las fases de la evolución social. A partir de aquí, y tomando como base fundamental de sus construcciones los hechos del pasado, más ó menos remoto, y del salvajismo moderno, el Sr. Sales concibe y describe la humanidad desenvolviéndose á través: 1.º, de un primitivo «estado confuso, indistinto, homogéneo, de relaciones vagas, generales, no personales» ó sea de *hetairismo*; 2.º, una fase de «*matriarcado*, en el que no había más vinculo personal que el de la madre»; 3.º, una fase de *patriarcado*; 4.º, una fase representada por la *ciudad*; y 5.º, una fase constituída por la *nación*.

\*  
\* \*

¿Y qué juicio nos merece el *Tratado* del Sr. Sales? Hay que hacer un distingo capital para que las cosas queden en su punto. Es preciso consignar ante todo que se trata de una obra seria, científica, sólidamente trabajada, digna de figurar

en la biblioteca de cuantos se interesan por la formación de nuestra *ciencia nueva*: la sociología. No es la obra del Sr. Sales una obra vulgar; revela el talento reconocido por todos á su autor, y demuestra una preparación acabada, y un buen conocimiento de las mejores fuentes acerca de la historia de la humanidad, salvaje, bárbara y civilizada. Ninguno de los trabajos de los Bachofen, Mac Lenan, Morgan, Starcke, Hearne, H. Maine, Spencer, Lubbock, Fison y Howit, Tylor, Westermarcke, etc., etc., es ignorado por el sabio maestro de Sevilla. Por otra parte, el Sr. Sales ha investigado, no sólo sobre los datos de los teorizadores, sino sobre los datos de los historiadores mismos y de los viajeros.

Pero prescindiendo de esto, la crítica en lo que se refiere á las ideas y opiniones sustentadas por el Sr. Sales, tendrá mucho que oponer. Al menos, por lo que á mí toca, estimo que la construcción sociológica de mi querido amigo, no está tan sólidamente cimentada como su autor, naturalmente, cree. No me es posible discutir aquí con el detenimiento que merecen las ideas del Sr. Sales, así que, para no salirme de los límites propios de una reseña bibliográfica, voy á resumir y enumerar los principales reparos que *desde mi punto de vista* cabe oponerles. Helos aquí:

1.º Considero que el Sr. Sales se ha colocado en un positivismo demasiado estrecho; se atiene muy exclusivamente á los *hechos históricos*. ¿No representan papel alguno las ideas? ¿Cree el Sr. Sales que las investigaciones sociológicas pueden quedar reducidas al limitadísimo horizonte del saber histórico? ¿Es el Sr. Sales de los que no ven que la misma ley de la evolución de Spencer (exacta ó no) no está fundada en el puro saber experimental? No debe olvidarse que hay un positivismo, compatible con las grandes concepciones generales, que no nos ata al *terruño*, cual siervos de la gleba..., de la experiencia de cortos alcances.

2.º El Sr. Sales al exponer las diferencias entre la moderna sociología y la antigua (?) filosofía de la historia, quizá se



excede en el desprecio de ésta. En mi opinión (y creo haberlo demostrado alguna vez) (1), la actual concepción sociológica es inexplicable sin los antecedentes de la filosofía de la historia. Hegel, Krause y Schelling, vislumbraron y formularon por intuición genial la concepción evolutiva spenceriana y el carácter orgánico que por doquier se afirma en la realidad (2).

3.º La definición de la sociología del Sr. Sales y Ferré (vol. I, cap. I) paréceme muy vaga y muy incompleta. Sin duda la sociología es «ciencia que se refiere á la vida humana»; pero, ¿en qué respecto? ¿de qué manera? ¿á toda la vida humana? ¿nada más que á la vida humana? ¿qué lugar ocupan respecto de la sociología las sociedades animales? Valía la pena de haber tratado sobre todo esta última cuestión, al definir la sociología. El objeto de la sociología, según se induce de lo que el Sr. Sales dice, es la *evolución (?) humana, total y especial* (político-social, religiosa, moral, etc.). Ahora bien; en primer lugar, esta definición da como evidente la *evolución*, hoy tan en tela de juicio. Además, ¿puede circunscribirse el objeto de la sociología al estudio de la evolución social? ¿No es de la sociología el conocimiento de la estructura social? ¿La vida humana actual, los problemas sociales actuales, el ideal de las sociedades mismas, no tienen su aspecto sociológico? ¿No es de la sociología (primer problema, anterior á la investigación de la sociedad primitiva) la determinación del fenómeno social, del *quid* social? En las obras de los sociólogos contemporáneos como MM. Tarde, Greef, Durkheim, Giddins, y tantos otros, empieza á interesar más, pero mucho más, el problema de la determinación de los objetos de la sociología y de la naturaleza del fenómeno sociológico en sí mismo, que el mismo de la evolución social, que algunos estiman como una expresión inexacta,

(1) *La literatura de la sociología*.—En LA ESPAÑA MODERNA, 1890.

(2) V. *La Ciencia social contemporánea* de M. A. Fouillée. (Trad. prol. y notas de A. Posada, publicada por la ESPAÑA MODERNA.) *Les sociétés animales*, de M. Espinas y *La philosophie de l'histoire en Allemagne*, de R. Flint.

en cuanto por ella se significa la idea de un proceso universal uniforme de la humanidad terrena. De otro lado, por grande que sea la importancia del elemento histórico ó filosófico-histórico, y del problema de orígenes, de formación y de desarrollo de las sociedades humanas, no lo es menos el de la estructura de las sociedades, el de la composición elemental de los hechos sociales, todo lo cual constituye para mí el corazón mismo de la ciencia sociológica.

4.º Consecuencia de todo lo dicho es el predominio excesivo del aspecto histórico en la investigación sociológica del Sr. Sales y Ferré, y el olvido de ciertos datos positivos, tan de experiencia como los hechos humanos sucedidos, aunque de una experiencia, ó mejor, de una observación más compleja y aguda. En mi concepto, y así lo he procurado demostrar en otra ocasión, siguiendo en esto las inspiraciones de Mr. Lubbock (1), pero más especialmente las enseñanzas de Starcke (2) y Espinas (3), el problema sociológico de los orígenes de la sociedad, y en general de las instituciones sociales fundamentales (sociedad, familia y Estado), no puede resolverse con los datos históricos directos, ni con la ayuda de las investigaciones acerca de los salvajes modernos. Toda prudencia en este punto, como advierten MM. Lubbock y Starcke, y como demuestra M. Westermarck (4), es poca. Es muy fácil generalizar con demasiada precipitación. Además, es quimérico pretender subir directamente á los orígenes de la historia. Un pueblo que tiene historia no es primitivo ya. Hay que acudir á otras fuentes, y esas fuentes son las sociedades animales, y el conocimiento de las necesidades fundamentales de la vida humana, concebida en sus condiciones más elementales. Esto es lo que han hecho Starcke, y sobre todo Wester-

---

(1) *Les origines de la civilisation.*

(2) *La familia primitiva.*

(3) *Ob. cit.*

(4) *Origen du mariage humain.*

marck. El Sr. Sales (tomo II, pág. 16, nota 4) considera el procedimiento peligroso; pero no lo es menos el procedimiento que consiste en construir la humanidad primitiva, con los datos del salvajismo moderno.

5.º Refiriéndonos ya á la concepción sociológica del Sr. Sales considerada en su desarrollo, esto es, refiriéndonos á la marcha evolutiva que nuestro amigo señala á la humanidad, habría mucho que decir. Paréceme, en primer lugar, artificioso ese escalonamiento serial de las etapas universales, que el Sr. Sales señala á la evolución social-política. La misma idea de la evolución, no exige esa uniformidad del proceso. Por otra parte, dado el estado de controversia en que se encuentra el asunto, no creo que es prudente resolver tan de plano: *a*) la existencia necesaria del comunismo primitivo promiscuo; *b*) la ausencia total en el origen de las formas patriarcales, no al modo bíblico, sino como manifestación del imperio del varón en la familia; y *c*) la existencia de un período ó etapa universal de matriarcado. Es preciso tener en cuenta que la concepción de la humanidad primitiva, no puede circunscribirse á las dos hipótesis patriarcalista y matriarcalista, con el supuesto de un comunismo primitivo. Caben otras soluciones, que se imponen desde el momento en que se tiene en cuenta que la humanidad, por rudimentaria que haya sido en su origen, debía ser superior á los animales superiores, y que por tanto, los primeros grupos humanos no debieron vivir bajo la preocupación exclusiva, ni siquiera predominante del instinto sexual y de la procreación. El hecho de la simple convivencia es sin duda primitivo, y este hecho tuvo que ejercer un influjo poderoso sobre la vida social, determinando formas de vida que no serían el patriarcado ni el matriarcado, sino la comunidad tribal en que el varón predominaría probablemente. Si se admite que la evolución humana es siempre una resultante del encuentro y composición de un factor intrínseco y del medio, es necesario concluir que á variedad de factores intrínsecos y á variedad de medios, tuvieron que corresponder formas sociales diferentes,

que además no pudieron seguir evolución igual, porque los factores del proceso persistirían como distintos.

Pero preciso es que termine este artículo.

Baste lo dicho para dar una idea, imperfecta y pobre sin duda, de la importante obra del Sr. Sales. Las críticas que dejo apuntadas, no deben tomarse como censuras, pues sería injusto. Ya lo he dicho, y no tengo inconveniente en repetirlo: la obra del Sr. Sales es la obra de un hombre devoto de la ciencia y de sus progresos; en sus resultados es una de las pocas obras de que en España podemos disponer como muestra de que nos preocupamos en serio con los graves problemas de la ciencia desinteresada é ideal. Mis reparos, pues, han de tomarse como manifestación amistosa de opiniones distintas sobre puntos que el Sr. Sales no puede estimar como indiscutibles é intangibles, dado que son y serán todavía por mucho tiempo, objeto de rudo debate en la ciencia.

Y termino, deseando que el Sr. Sales y Ferré nos dé pronto á conocer el volúmen que tratará de *La Nación*.

ADOLFO POSADA.

---

**Del Estado.**—*Tendencias socialistas*, por LAUREANO TENREIRO.

Obra es el folleto que tenemos ante nuestros ojos, de un católico monárquico-conservador-socialista, y si añadiéramos, de un enamorado del absolutismo ilustrado de Cárlos III, no diríamos cosa que pugnara con el espíritu que domina en todas sus páginas.

En el artículo que titula *la Iglesia*, canta las glorias de León XIII y se extasía ante su Encíclica *De conditione opificum*, si bien «echa de menos al sencillo, al humilde, al siervo,

al iluminado que de pueblo en pueblo vaya cantando en vulgar romance, las alabanzas del Dios de bondad, vaya señalando el cielo á las muchedumbres, las conmuevas y domine y salgan ellas afanosas á su encuentro con músicas, mirtos y flores cual con San Francisco acostumbraban—allá por el siglo XIII—los habitantes de las tierras de Umbría», no sabemos si por falta de un San Francisco ó si por falta de las muchedumbres que se dejen entusiasmar.

Complácese el escritor en su estudio sobre la *Monarquía*, en pintar con vivos colores las delicias de que gozaron los pueblos en los tiempos de los reyes absolutos, tratando de probar que éstos se pusieron siempre de parte del pobre y del humilde, en su lucha con los grandes de la tierra, si bien «días vinieron en que el despotismo vertió sus hieles; días en que el alto solio se hace guarida de mancebas y cortesanos, momentos en que el rey toma la soberbia frase famosa *el Estado soy yo* en tanto que los señores palaciegos saludan al Rey-sol.» Extrema sus sentimientos monárquicos el ilustrado publicista, en el capítulo dedicado á Carlos III, y canta en sonoro himno, reformas civilizadoras, que inspiradas en la *opinión pública*, llevaron á cabo los Ensenada y Campomanes, los Florida-blanca y Carvajal, los Aranda y Moñino, y entre las cuales se encontraba la expulsión de los jesuitas, que es *casi* la única medida de importancia de aquel reinado, olvidada por el señor Tenreiro.

En el artículo titulado *Doctrinas conservadoras* revélase el autor del libro que examinamos, como panegirista convencido del *verbo* de la escuela, del Sr. Cánovas del Castillo, cuyas doctrinas sobre el Estado, el derecho de propiedad, y lo que el presidente del Consejo y el Sr. Terrero llaman *Política economista*, considera punto menos que incontrovertible (1).

Dedica el Sr. Tenreiro el quinto de sus estudios á la *De-*

---

(1) En otra ocasión ha dicho el autor de estos renglones lo que se le ocurría acerca del *saber económico* del Sr. Cánovas. De entonces acá no ha habido motivo para rectificar, al contrario.

*mocracia* (Demócratas individualistas, demócratas socialistas) y como personaliza el catolicismo en León XIII y la monarquía en Carlos III y las ideas conservadoras en Cánovas, presenta á Castelar como tipo del demócrata individualista y á Pi y Margall como modelo del demócrata socialista. No hemos de reñir por esto; pero conste que Castelar quiere hoy un gobierno fuerte con mucha infantería, mucha caballería, mucha artillería y mucha guardia civil, lo cual no se compadece muy bien con los *instintos libertarios* de que le supone poseído, y que el sistema de las autonomías de Pi y Margall imitado de Proudhon, más que en el socialismo dá en el anarquismo, tal como lo entienden muchos de sus defensores de ahora.

Cierra el libro en que nos ocupamos un trabajo sobre *Francia y los Estados Unidos*. Encariñada la primera, y á punto de ser varias veces víctima de sus arrebatos amorosos por la gloria militar, en sentir del autor, duda hasta de que haya logrado siquiera *su república* elevar un punto la pública moralidad, y esto á pesar de los escándalos del pequeño y del grande Trianón y de las miserias de la corte de Napoleón III, que pasaron sin más que la protesta de las gentes honradas. ¿Por ventura los panamistas han quedado sin su merecido? ¿No ha ido un ministro á presidio? Para el Sr. Tenreiro, convicto y confeso *laudator temporis acti*, los Estados Unidos de América son una mezcla informe de adoradores de Manimón y de anarquistas de Chicago. Lástima que no se acuerde de que *esa república* es la que más gasta en instrucción pública; que en ella hay más de un filántropo que da millones de duros para fundar Universidades; que ha sacrificado millares de millares por abolir la esclavitud del negro, y que es la patria de tan ilustres regeneradores del catolicismo como Gibbons é Ireland.

Por lo demás, el Sr. Tenreiro en su libro luce vasta erudición de primera mano y se recomienda por su brillante estilo, un tanto declamatorio á veces.

ADOLFO A. BUYLLA.

**La Legislación penal comparada**, publicada por acuerdo de la Unión internacional de Derecho penal, con el concurso de eminentes penalistas, por el Dr. FRANZ VON LISZT, profesor de Derecho penal en la universidad de Halle. Tomo I: El derecho criminal de los Estados europeos, traducido de la edición francesa por D. ADOLFO POSADA, profesor de Derecho en la universidad de Oviedo. Madrid, administración de la Revista de Medicina y Cirugía prácticas, 1896. Van publicados tres cuadernos de 128 páginas cada uno, en 4.º mayor, al precio de tres pesetas.

Así como el movimiento contemporáneo de investigación realista se proyectó inmediatamente, y antes quizá que en otra esfera alguna de las llamadas «ciencias morales» en la esfera penal, donde los resultados de la indagación antropológica, sociológica y psicológica produjeron desde luego una profunda revolución, que ya está comenzando á dar sus frutos en la práctica, así también las fuertes corrientes internacionalistas, cuya labor amenaza cambiar tan radicalmente el medio social, y con él nuestras mezquinas *chauvinistas* concepciones actuales, han invadido el campo penal, han abierto grandes portillos en las murallas que separaban unas de otras las naciones, han establecido infinitos puntos de comunicación entre los estudiosos y entre los legisladores de asuntos criminales de los diferentes Estados y vienen preparando el camino para que en lo por venir pueda hablarse de un derecho penal unificado, de un derecho penal aplicable á todos los pueblos que se llaman, con razón ó sin ella, civilizados, y acaso acaso de un derecho penal universal.

Y es que los dos movimientos, el de investigación positiva y el internacionalista, proceden, aquí, como siempre, de una misma fuente, de unas mismas necesidades, marchan paralelos, auxiliándose y empujándose recíprocamente, y vienen á

parar al mismo resultado. Demostrado que el delito, como todo acto y como todo ser, no es más que un producto de causas perfectamente naturales, y demostrado que en el Universo no hay nada absolutamente espontáneo, que es tanto como decir aislado del resto de las cosas, sino que todo está determinado y encadenado por todo y con todo, ha tenido que venirse á reconocer que las causas de la delincuencia no pueden ser (como no lo son, quizá, nunca las de una enfermedad), puramente locales, y que, por lo mismo, para combatirlas se hace indispensable una acción general, la cooperación de muchos que en los distintos países se consagren á estudiarlas, á descubrir sus raíces, á sorprender sus conexiones, á ensayar los medios más idóneos de lucha contra las mismas.

Para satisfacer tales exigencias es para lo que se ha fundado la *Unión internacional de Derecho penal*, á la que pertenecen penalistas de los diversos países y de las más opuestas procedencias é inclinaciones filosóficas, pero todos los cuales comulgan en una común aspiración: atajar el incremento de la criminalidad y luchar contra ésta sin perdonar medio alguno.

En los pocos años que la *Asociación* lleva de vida ha dado ya muestras de lo mucho que de ella puede esperarse, entre otras, la elaboración de un proyecto para la formación uniforme y acertada de la estadística de la reincidencia; proyecto destinado á ser presentado á los gobiernos de los diferentes países para que lo acepten y se acomoden á él en la confección de la estadística referida, con lo que podrá el estudioso de ese grave fenómeno social, la reincidencia, encontrar las facilidades indispensables que no halla hoy, porque cada Estado tiene un concepto legal de la reincidencia distinto de los demás y cada uno tiene su modo singular de hacer las estadísticas, de lo que resulta la gran heterogeneidad de éstas.

Pero el servicio de mayor trascendencia que la *Unión internacional de Derecho penal* está prestando consiste en la publicación de la obra, que quizá no tiene hoy igual, titulada



*La Legislación penal comparada.* El iniciador de la idea de hacer esta publicación, y director de la misma, el Dr. Francisco de Liszt, explica en la interesante introducción que precede al primer tomo, cómo ha ido madurando dicha idea, qué modificaciones ha sufrido desde su aparición primitiva en 1890, cuál es el carácter, sentido y alcance de la *Legislación penal comparada*, medios con que se cuenta para llevar á cabo el pensamiento, etc., etc.

El propósito fundamental á que obedece la publicación de que se trata es echar las bases sobre que se ha de levantar el edificio penal internacional futuro, elaborar los materiales que han de utilizarse para la formación de un Código penal que, en sus bases cardinales, pueda servir para todos los países, lo mismo para Francia que para España, Alemania, Austria-Hungría ó los Países Bajos. Tal elaboración será á la vez práctica y científica, de derecho positivo y doctrinal. A este efecto, el tomo primero y la primera parte del segundo se consagran á exponer en un completo resumen (encomendado por lo general á persona competente del mismo país á que el resumen se refiere) los precedentes históricos y la legislación penal (tanto la común como la especial) vigente en todos los pueblos del globo, y en los volúmenes restantes (hasta cinco que comprenderá la obra) se hará un estudio comparativo, á la vez de derecho vigente y teórico, ó, como suele decirse, de derecho *constituído* y de derecho *constituyente*, de las dos partes en que el derecho penal suele dividirse, ó sea parte general (fuentes del derecho penal, la ley penal y su fuerza obligatoria con relación al tiempo, al lugar y á las personas, teoría del delito, sus elementos, etc., teoría de la pena), y parte especial (delitos en particular y sus penas respectivas). En el volumen primero, pues, y primera parte del segundo se contendrán las bases de hecho, los datos para un estudio comparativo del derecho penal de todos los países; el resto de la obra se consagrará á hacer ese estudio, á exponer las reflexiones y consideraciones que tales datos sugieren.

La empresa, como se ve, es casi gigantesca, y si llega á ejecutarse tal y como está proyectada, será una empresa de trascendencia inmensa.

Hasta el presente no se ha publicado más que el tomo primero, el cual contiene el derecho penal vigente en los Estados europeos. A ese tomo pertenecen los cuadernos que han visto la luz en castellano, y á los que seguirán otros hasta completar el tomo.

Dada la innegable importancia de la obra, no puede menos de alabarse al traductor y editor que, vertiéndola al castellano, la han puesto al alcance de nuestros estudiosos de cosas penales.

P. DORADO.

---

CLOVIS BEVILAQUA.—*Direito das Obrigações*.—Bahía (Brasil); Fonseca Magalhaes, editor, 1896. Un vol. de 444 págs., en 4.º

El presente libro del distinguido catedrático de la facultad de Derecho de Recife es un tratado completo sobre el derecho de obligaciones, tratado que aventaja á todos los escritos hasta la fecha sobre la materia: á los antiguos, incluso al de Savigny, por haberse aprovechado el autor para escribirlo de los resultados de las modernas investigaciones biológicas, sociológicas é históricas, así como por haber tenido presentes multitud de legislaciones positivas; á los recientes, por su amplitud, por la competencia, orden, claridad y abundancia de doctrina con que están tratadas las cuestiones. La monografía de Bevilaqua es juntamente una filosofía del derecho de obligaciones, una historia de ese mismo derecho y una exposición muy nutrida de datos de legislación comparada sobre el asunto.

La obra está dividida en dos partes: 1.<sup>a</sup> *Teoría de las obligaciones*; 2.<sup>a</sup> *Causas generadoras de las obligaciones*. En aquélla estudia el autor, á la luz de la psicología, de la sociología y de la historia, el concepto (romano y moderno) de la obligación, el fundamento de ésta, la evolución de los derechos de obligaciones, desde las primeras obligaciones colectivas de la infancia de las sociedades hasta las obligaciones en el Derecho romano, en el germánico y en el moderno, las especies de obligaciones (positivas, negativas, de dar, de hacer, puras, condicionales, divisibles, etc.), los efectos de las obligaciones, las causas de extinción de las obligaciones (pago, etc.), y las consecuencias de la inejecución de las obligaciones; y en la segunda parte trata de los contratos, teoría general de los mismos (función social de los contratos, noción de éstos, condiciones para su validez, momento en que se forma el vínculo obligatorio, vicios redibitorios, pruebas de los contratos, interpretación de los mismos, clases de ellos, etc.), de la promesa unilateral y su valor, de los actos ilícitos y de cada uno de los contratos en particular (donaciones, préstamo de mutuo y de comodato, depósito, mandato, gestión de negocios, compraventa y permuta, locación, contrato de edición, sociedad, seguro, renta, juegos y apuestas, y fianza), determinando su fundamento, historia, condiciones para la celebración, clases y legislación de los diferentes países sobre el particular.

P. DORADO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Abadia Méndez (M.)—Nociones de prosodia latina. Bogotá (Colombia), Imprenta de Medardo Rivas. En 8.º, VIII-136 páginas: 2 pesetas.
- Aduanas (D. G. de.)—Resúmenes mensuales de la estadística del comercio exterior de España. Enero de 1894, 1895 y 1896. En 4.º, 39 páginas.
- Aguilar (V.)—Ofilia, novela americana. En 8.º mayor, 320 páginas: 3,50 pesetas.
- Anales hidrográficos.—Primer volumen. Enero de 1895. En 4.º, 488 páginas y 3 láminas: 4,50 pesetas.
- Idem. Segundo volumen. Enero de 1896. 315 páginas y 3 mapas: 4,50 pesetas.
- Antich é Izaguirre (F.)—Nerviosas. En 8.º, 106 páginas: 0,50 pesetas.
- Asmarats (J.) y Alonso (R.)—Aucells de jardí; comedia en un acte y en vers. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Idem. A ca la modista; comedia en un acte y en vers. En 8.º, 21 páginas: 1 peseta.
- Aza (V.)—La Praviana; comedia en un acto, prosa. En 8.º, 48 páginas y 2 páginas de música: 1 peseta.
- Banco de España.—Memoria leída en la Junta general de accionistas. En 4.º mayor, 39 páginas y 19 hojas de cuadros estadísticos.
- Barado (F.)—Sitio de Amberes 1584-1585. Antecedentes y relación crítica, con el principio y fin que tuvo la dominación española en Estados Bajos. En 8.º, 488 páginas, un retrato de Cervantes y 10 láminas: 4 pesetas.
- Biblioteca arábico-hispana. Tomo x. En 4.º, XII-51 hojas, numeración arábica: 4 pesetas.
- Biblioteca Peruana. Apuntes para un catálogo de impresos. I. Libros y folletos peruanos de la Biblioteca del Instituto nacional. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1896. En 4.º, VIII-558 páginas: 20 pesetas.
- Botet y Sisó (J.)—Sarcófagos romanos, cristianos esculpturados, que se conservan en Cataluña. En 4.º, 99 páginas: 4,50 pesetas.
- Camino (A.)—Poesías gallegas. En 12.º, 66 páginas: 0,75 pesetas.
- Castellanos (Fr. M. P.)—Apostolado seráfico en Marruecos, ó sea historia de las Misiones franciscanas en aquel imperio desde el siglo XIII hasta nuestros días. Primera parte. En 4.º, XVI-752 páginas: 7 pesetas.
- Catálogo de los cuadros, esculturas, grabados y otros objetos artísticos de la colección de la antigua Casa ducal de Osuna. En 8.º, VIII-128 páginas.
- Ceballos y Cruzada (C. G. de.)—El imperio del Jesuitismo. Revelaciones, acerca de la «Asociación de padres de familia». En 8.º mayor, 205 páginas: 1 peseta.

- Cervantes.—Raconet e Talladell. (Rinconete y Cortadillo.) Novela exemplar (de Miguel de Cervantes Saavedra) fidelment traduïda e apropiada á la llengua catalana per A. Bulbena-Tusell, Barcelona. En 12.º prolongado, VIII-67 páginas. Tirada de 125 ejemplares. En papel de hilo: 3,50 pesetas.
- Civera (R.)—Carmelo el tonto   tots d'un ventre... comedieta de costums valensianes, en un acte y en vers. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Cobles   la Perla de Catalunya Nostra Senyora de Montserrat. Tirada de 200 ejemplares sobre papel antiguo de hilo: 0,50 pesetas.
- Codera (F.)—Miscelánea de agricultura   higiene alimenticia. En 12.º, 77 páginas.
- Proyecto de apéndice de Código civil para Cataluña. En 4.º, 134 páginas: 2,50 pesetas.
- Codina Umbert (J.)—Versos. En 8.º, 96 páginas: 2 pesetas.
- Colección de libros españoles raros   curiosos, que publica el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tomo xxiv. En 8.º, xvi-300 páginas: 10 pesetas.—Contiene: Obras de Lope de Rueda. Tomo II.
- Coll y Vilades (T.)—Idaura   el peine de oro, zarzuela de aparato, en tres actos en prosa y verso. En 8.º, 76 páginas: 2 pesetas.
- Contreras López-Mateos (L.)—Consultor de los generales, jefes y oficiales del ejército, destinados   los distritos de Ultramar. En 4.º, xi 119 páginas: 2 pesetas.
- Danvila y Collado (M.)—Reinado de Carlos III. Tomo v. En 4.º, 547 páginas: 20 pesetas.
- Farinelli (A.)—Baltasar Gracián y la literatura de corte en Alemania. En folio, 23 páginas.
- Feli  y Codina (J.)—María del Carmen, comedia en tres actos y en prosa. Segunda edición. En 8.º, 84 páginas: 2 pesetas.
- Fernández Vaamonde (E.)—Cuentos amorosos. En 12.º, 191 páginas: 0,50 pesetas.
- Figueras y Ribot (F.)—Lo marit de la difunta, joguet catal  en un acte y en prosa. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Figuerola Aldrof u (M.)—Cataclisme! Drama en un acte y en vers. En 8.º, 16 páginas: 0,50 pesetas.
- Fola It rride (J.)—La Pilarica, drama en tres actos. En 8.º, 71 páginas: 2 pesetas.
- Gaspar Remiro (M.)—Gramática hebrea, con ejercicios de lectura, análisis y traducción. En 8.º, xi 252-66 páginas: 8 pesetas.
- Gestoso y Acosta (L.)—Apuntes de derecho mercantil internacional. En 8.º mayor, 104 páginas: 2,50 pesetas.
- Gispert y de Ferrater (J.)—Una nota d'arqueologia cristiana, la indumentaria en los Crucifix. En 4.º, 91 páginas con ocho fotografados: 3 pesetas.
- Goncourt (E. y J.)—Historia de la Pompadour. En 4.º, 292 páginas: 6 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía   Historia.
- Gra n n (R. M.)—  Hora aciaga!, monólogo dramático. En 8.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Guerra y Mota (D.)—Para las  nimas, comedia en un acto y en prosa. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Guía comercial de Madrid, publicada con datos del «Anuario del Comercio». Año XII de la publicación. En 4.º, mayor 640 páginas: 5 pesetas.
- Labayru y Goicoechea (E. J. de.)—Vida del Dr. Fr. Juan de Zum rrega, segunda edición. En 4.º, 235 páginas y un facsimile: 6 pesetas.
- Laguna (M.)—Viaje de los Señores Duques de Madrid   Egipto y Palestina. En 8.º, 187 páginas y 2 láminas: 2 pesetas.
- Linares Diez (M. de.)—Derecho civil transitorio, primera parte. En 4.º, 204 páginas: 4 pesetas.
- Lorenzo Aleu (M.)—Elementos de matemáticas. Algebra, primera parte. En 4.º, VIII-161 páginas: 4 pesetas.

- Lorenzo Coria (M.)—1895-96. El año que muere y el año que nace. En 8.º, 56 páginas: 1 peseta.
- Manjarrés de Bofarull (R.)—El aceite de oliva. Su extracción, clasificación y refinación. En 4.º, XVI-390 páginas: 8 pesetas.
- Martinez Alcubilla (M.)—Apéndice al diccionario de la Administración española. En 4.º mayor, á dos columnas, 994 páginas: 12 pesetas.
- Martinez Angel (M.) y Oyuelos y Pérez (R.)—Legislación de construcciones. En 4.º, VIII-524 páginas: 7,50 pesetas.
- Martinez y López (G.)—Lágrimas y suspiros. Poesías. En 8.º, 103 páginas: 1 peseta.
- Martrus (J.)—La festa major: comedia de costums manresanas en un acte. En 8.º, 56 páginas: 1 peseta.
- Mitre (B.)—Horacianas. En 8.º, xv-441 páginas: 7 pesetas.
- Montero (A.)—Romances y coplas. En 4.º, 88 páginas: 1,25 pesetas.
- Novo y Colson (P. de.)—Altezas del honor; drama en tres actos y en prosa. En 8.º, 63 páginas: 2 pesetas.
- Obarrio (M.)—Estudio sobre las quiebras. Buenos Aires. Imprenta y Litografía de Mariano Moreno. 1895. En 4.º, VIII-454 páginas: 15 pesetas.
- Ojea y Márquez (S.)—Maravilla divinas, declaradas al mundo por la Iglesia católica. Dos tomos. En 4.º, XLV-1.029 páginas: 8 pesetas.
- Oller (N.)—Cuentos y novelas. En 8.º, XVI-125 páginas: 0,60 pesetas.
- Palacio Valdés (A.)—Los Majos de Cádiz (novela de costumbres). En 8.º, XXXVI-287 páginas: 4 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Hombres y mujeres de antaño. (Semblanzas). En 12.º, 191 páginas y retrato de la autora: 0,50 pesetas.
- Pérez y González (F.)—Pompas de jabón; cuentos, chascarrillos, anécdotas, sucedidos, escritos en verso. En 8.º, 301 páginas: 4 pesetas.
- Retana (W. E.)—Fiestas de toros en Filipinas. En 8.º, 31 páginas: 1 peseta.
- Rius Vidal (A.)—Los que la hacen...; comedia en un acto y en prosa. En 8.º, 16 páginas: 0,50 pesetas.
- Savi-López (P.)—Un petrarchista spagnolo (Gutierre de Cetina). En 4.º, 20 páginas: 1,50 pesetas.
- Savigny (F. de.)—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho. En 4.º, 151 páginas: 3 pesetas.
- Schopenhauer (A.)—Fundamento de la moral. En 4.º, 236 páginas: 5 pesetas.
- Segalás Font (M.)—¡Victima de la miseria!; quadro dramático en prosa. En 8.º, 15 páginas: 0,50 pesetas.
- Sermones (varios) sobre la Santa Bula. En 8.º, 83 páginas: 2 pesetas.
- Siles (J. de.)—Boda buena y boda mala. En 8.º, 77 páginas: 1 peseta.
- Simavilla y Sagastibelza (S.)—Memoria sobre el estado del Instituto provincial de segunda enseñanza de Navarra. En 4.º, 83 páginas.
- Trigueros González (M.)—De la liviandad al claustro. En 8.º mayor, 78 páginas: 2 pesetas.
- Valenzuela.—Sanatorios para tuberculosos. En 4.º, 71 páginas: 2 pesetas.
- Vasce (E.)—Valdepeñeros ilustres; apuntes bibliográficos. En 4.º, 216 páginas: 4 pesetas.
- Vega (L. de.)—Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española. Tomo v. En fol., LXXIV 773 páginas: 20 pesetas.
- Vidal (Valenciano (E.) y Roca y Roca (J.)—El cuchillo de plata, drama en cinco actos. En 8.º, 75 páginas: 2 pesetas.
- Zamacois (E.)—Humoradas en prosa. En 8.º mayor, 329 páginas: 2 pesetas.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Los Jesuitas de puertas adentro, ó un barrido hacia fuera en la Compañía de Jesús</i> , por Juan Valera.....	5
<i>Las Novelas ejemplares de Cervantes</i> , por el marqués de Casa-Torre.....	28
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	46
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	57
<i>Los salones de la condesa del Montijo</i> .....	85
<i>¡Fiense ustedes de mapas!</i> , por Antonio Valbuena.....	101
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	112
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	130
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	149
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles</i> , por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	162
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	190
<i>Obras nuevas</i> .....	204

---

## BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA E HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito Colectivo, 1,50.
- Asser.**—Derecho Internacional privado, 6 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, VVagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pts.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.
- Gladstone.**—Los Grandes nombres, 5 pts.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpłowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Kells Ingram,** Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Laveleye,** Economía política, 7 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. M. y Pelayo, 7 pesetas.